

VOLUMEN

23

Teresa de la Parra

Biblioteca
Biográfica
Venezolana

María Fernanda Palacios



EL NACIONAL



BANCO DEL CARIBE

María Fernanda Palacios

Nació en Caracas el 26 de octubre de 1945. Estudió Letras en la Universidad Central de Venezuela y cursó estudios de postgrado en Inglaterra (University College, Westfield College y Warburg Institute). Desde 1969 es profesora de la Escuela de Letras de la UCV. Fue profesora del Instituto de Diseño de Caracas (1967-73); en el Museo de Bellas Artes de Caracas fue Jefe del Departamento de Educación desde su fundación hasta 1974; en 1977 dirigió el Taller de Poesía del Centro de Estudios Latinoamericanos Rómulo Gallegos. Fue investigador invitado de la Unidad de Artes y Letras del Instituto Internacional de Estudios Avanzados, IDEA (1996-98). Entre sus publicaciones se encuentran: *Por alto por bajo* (poesía) (1974); *Sabor y saber de la lengua* (Caracas: Monte Ávila Editores, 1987); *Aproximación a la palabra escrita en Venezuela*. (Conocer Venezuela XV, Barcelona: Salvat Editores, 1986); "*Mercedes Pardo: pintura y vida*", estudio crítico del catálogo de la exposición Mercedes Pardo. *Moradas del color*. (Caracas: Fundación Galería de Arte Nacional 1991); *Ifigenia: mitología de la doncella criolla* (Angria 2001), y *El movimiento del grabado en Venezuela* (UCV, 2003). Fue editora de la *Obra Escogida* de Teresa de la Parra en 2 tomos (México: Fondo de Cultura Económica/Caracas: Monte Ávila Internacional, 1992), y de *Ana Ajmátova*, antología y traducciones. (Universidad Metropolitana, 2002). En revistas especializadas se han publicado fragmentos de libros inéditos suyos sobre García Lorca y el mundo gitano andaluz; el cine de Andrei Tarkovski y la poesía de Osip Mandelstam.

Biblioteca Biográfica Venezolana

Teresa de **la Parra**

1810 Bicentenario de la Independencia de Venezuela **2010**

Teresa de **la Parra**

(1889-1936)

María Fernanda Palacios

BIBLIOTECA BIOGRÁFICA VENEZOLANA

Director: Simón Alberto Consalvi

Asistente Editorial: Edgardo Mondolfi Gudat

Consejo Asesor

Ramón J. Velásquez

Eugenio Montejo

Carlos Hernández Delfino

Edgardo Mondolfi Gudat

Simón Alberto Consalvi

C.A. Editora El Nacional

Presidente Editor: Miguel Henrique Otero

Presidente Ejecutivo: Manuel Sucre

Editor Adjunto: Sergio Dahbar

Asesor Editorial: Simón Alberto Consalvi

Gerente de Arte: Jaime Cruz

Gerencia Unidad de Nuevos Productos: Tatiana Iurkovic

Gerencia de Desarrollo de Nuevos Productos: Haisha Wahnón

Coordinación de Nuevos Productos:

Astrid Martínez

Yosira Sequera

Diseño Gráfico y realización de portada: 72 DPI

Fotografías: Biblioteca Nacional (portada y p. 9)

Impresión: Editorial Arte

Distribución: El Nacional

Las entidades patrocinantes de la Biblioteca Biográfica Venezolana, Banco del Caribe y C.A. Editora El Nacional, no se hacen responsables de los puntos de vista expresados por los autores.

Depósito legal: If78920058004558

ISBN: 980-6518-56-X (O.C.)

ISBN: 980-6915-93-3

Conversación con el lector

La Biblioteca Biográfica Venezolana es un proyecto de largo alcance, destinado a llenar un gran vacío en cuanto se refiere al conocimiento de innumerables personajes, bien se trate de actores políticos, intelectuales, artistas, científicos, o aquellos que desde diferentes posiciones se han perfilado a lo largo de nuestra historia. Este proyecto ha sido posible por la alianza cultural convenida entre el Banco del Caribe y el diario *El Nacional*, y el cual se inscribe dentro de las celebraciones del bicentenario de la Independencia de Venezuela, 1810-2010.

Es un tiempo propicio, por consiguiente, para intentar una colección que incorpore al mayor número de venezolanos y que sus vidas sean tratadas y difundidas de manera adecuada. Tanto el estilo de los autores a cargo de la colección, como la diversidad de los personajes que abarca, permite un ejercicio de interpretación de las distintas épocas, concebido todo ello en estilo accesible, tratado desde una perspectiva actual.

Al propiciar una colección con las particulares características que reviste la Biblioteca Biográfica Venezolana, el Banco del Caribe y el diario *El Nacional* buscan situar en el mapa las claves permanentes de lo que somos como nación. Se trata, en otras palabras, de asumir lo que un gran escritor, Augusto Mijares, definió como lo “afirmativo venezolano”. Al hacerlo, confiamos en lo mucho que esta iniciativa pueda significar como aporte a la cultura y al conocimiento de nuestra historia, en correspondencia con la preocupación permanente de ambas empresas en el ejercicio de su responsabilidad social.

Miguel Ignacio Purroy

Presidente del Banco del Caribe

Miguel Henrique Otero

Presidente Editor de *El Nacional*

Sé lo que eres



“...sólo de acuerdo con la verdad se puede vivir serenamente. El aforismo *sé lo que eres* ha venido a ser casi como mi único punto de mira desde que vivo lejos del mundo. He descubierto hasta qué punto no he sido lo que era en mi vida pasada por falta de decirme la verdad.” Estas líneas las escribe Teresa de la Parra en 1932, desde un sanatorio, apenas tres años antes de morir. ¿Qué verdad es ésa que la vida no la dejó ser y la enfermedad sí? ¿Por qué sólo puede escuchar ese acorde consigo misma al final, cuando en su vida ya no pasa nada? ¿Qué la condujo, aún en contra de su voluntad, a *ser lo que era*? Esta biografía es un intento por narrar el accidentado, elusivo y doloroso despliegue de ese íntimo secreto.

Un artista trabaja toda su vida en una especie de autorretrato imposible, siempre inconcluso, siempre cambiante, que dificulta la tarea biográfica, ya que buena parte de sus vivencias están siendo absorbidas por otra existencia paralela que sólo existe en su obra. Cuando al final de su vida Teresa de la Parra aspira *ser la que es*, está reconociendo ese cauce invisible por el cual se ha deslizado y realizado su vida; observa cómo todo lo vistoso y notable exteriormente tiene una correspondencia imprevisible y secreta. El biógrafo debe entonces inte-

resarse por los cabos sueltos, las tensiones irresueltas, los cambios de humor, los ensueños, caprichos, equívocos y temores, porque es allí, mucho más que en los hechos objetivos, donde están las huellas de esa fuerza modeladora ineludible, llámese carácter o destino, que alimenta su vocación y cristaliza en sus obras.

Su vida fue pobre en acontecimientos exteriores; no inventó ni fundó nada, no rompió con nada, ni siquiera escribió mucho; su legado se reduce a dos novelas apenas, unas conferencias y un montón de cartas. Discreta, siempre esquivo a la hora de mostrarse, Teresa vivió poco y calló mucho; casi nada, pues, de lo que suele alimentar una biografía. Habrá entonces que buscarla siempre entre líneas, sabiendo que la verdad que se nos muestra no es sólo personal e histórica, sino también suprapersonal y mítica. A esta reticencia suya se añade luego la comprensible censura que impuso su familia sobre algunos de los pocos papeles personales que ella misma no tuvo ocasión de destruir. Tampoco dejó un rastro notable en la historia grande. A diferencia de la mayoría de nuestros novelistas, no escribió para hacer patria ni para hacer literatura. Su existencia se desenvuelve al margen del gran escenario colectivo: las tomas de posición, las escuelas de pensamiento, las luchas civiles y los debates intelectuales no la rozan. De modo que todo conspira para obligar al biógrafo a buscar el hecho significativo allá, con ella, “lejos del mundo”, en lo que no se deja contar, y a menudo habrá que imaginar o sugerir para tratar de adivinar.

Para narrar su historia no queda otro camino que acercarse a esa verdad sólo suya que la llevó a escribir. Pero acercarse a un secreto obliga también a mantenerlo para no perderlo, para que siga siendo secreto; la indagación biográfica antes que divulgar intimidades intenta conducirnos hasta la puerta de esa intimidad. ¿Acaso la belleza de una vida no está en ver cómo se despliega por sí misma? Ni juzgarla ni explicarla, sino contemplarla. Como decía Mamá Blanca, “la vida que es desaliñada, graciosa y torcida”, quedará luego, al transcribirla, “corregida en una forma que no la favorece”. Para devolverle su imprevisto tendremos, entonces, que aceptar su misterio.

Teresa fue una mujer de una belleza perturbadora, que la separaba del mundo. También tuvo la suerte de disponer siempre de recursos suficientes para que su vida fuera confortable, ajena a las penurias de la gran mayoría; su talento fue inmediatamente reconocido y sus obras ampliamente leídas y aplaudidas. Pero todavía falta algo para coronar una vida mortal: la gota de desgracia. Teresa muere tuberculosa a los 46 años. Belleza, fortuna, fama y enfermedad, allí está condensado el mito de Teresa. Para aproximarnos a él hay que atravesar la trama biográfica y apreciar el patrón invisible de su vocación.

La vocación: lo que hace que una persona llegue a ser lo que es, de eso se trata en esta breve biografía.

Una existencia fuera **del tiempo**

Los misterios del asma, los misterios del clima

Por el amplio ventanal del consultorio se filtra la luz espléndida de un octubre en París, el follaje dorado y rojizo de los castaños y el trajín de la calle sirven de distracción a unos cuantos pacientes deseosos ya de sumarse a la multitud que ha empezado a llenar los cafés y cumplir el ritual de la pausa al final de la tarde. Pero hoy el doctor Valery Radot se demora más de la cuenta. Lleva ya mucho rato conversando con una señora muy elegante, muy hermosa y muy demacrada, que viene desde Madrid, azotada por una tos incesante y un calvario de semanas enteras sin reposo y sin sueño. Ella es Teresa de la Parra, acaba de cumplir 46 años, la acompaña María, la menor de sus hermanas. El Dr. Radot es nieto de Pasteur y el especialista que más sabe de asma en Europa. También es escritor. Todo eso era algo sabido, pero hay algo más, Radot tiene el don de tranquilizar a sus enfermos, de saber escucharlos, y hablarles largamente de sus males, como si quisiera propiciar una amistad entre ellos y su enfermedad.

Estamos en 1935, cuando la medicina era todavía una terapéutica, un arte de curar. Para Valery Radot el “examen” es apenas el preámbulo, lo importante es la “historia” y ésta no está en las “radios” sino en

la cabeza del paciente. Qué importa que se atrase la consulta, “-esto no es una estación de trenes”, dice. La conversación es parte de la cura y su bella paciente lo siente, lo agradece. Le ha explicado la relación entre la cicatrización del pulmón dañado y endurecido y el asma que la atormenta desde hace meses. Le habla con tacto, sin engañarla y sin asustarla, de las paradojas insolubles de su enfermedad y su curación; cuánto le han hecho ya, cuánto podrían hacerle en el futuro -“puede tener pésimo efecto o estupendo efecto, según... ison los misterios del asma!” dijo finalmente, abriendo los brazos en un gesto de respetuosa impotencia, “-usted podría curarse, claro, siempre que pueda dar con el clima adecuado”. Siguió un largo silencio. Radot no decía cuál era ese clima, y ante la inevitable pregunta que ella le hace con visible ansiedad, sonríe con picardía mientras la mira con ternura: “eso no lo sé... eso también es otro misterio”. Algunos dicen que está en las altas montañas, otros lo buscan en tierras secas y asoledas, sin viento. La enfermedad es caprichosa, se cansa de un lugar, se aviva en otros. Si la enfermedad es un misterio, la curación es otro. “Entonces -responde Teresa- no existe un clima ideal y todo es cuestión de dar con el “mío”. Ella ha comprendido que es algo que debe acordarse “misteriosamente” entre ella y su enfermedad. Radot ve el reloj por primera vez, ahora sí ha terminado la consulta, atraviesa la sala y las acompaña hasta la puerta, no han de volverse a ver.

Toda su vida ella ha tratado infructuosamente de hallar “su” clima. Algo le ha impedido siempre “aclimatarse” a la vida. Es como si dentro de ella existiera una fuerza que le saboteara su conexión con el mundo. Aún en los paisajes más acogedores y gozando de plena salud, escuchaba una nota que desafinaba dentro de ella: “no estoy todavía aclimatada... a pesar de que llevamos una vida agradable, demasiado agradable quizás”. Sin embargo, esa inconformidad ha sido también el colaborador involuntario de su obra. En *Ifigenia*, por ejemplo, tomó el aspecto casero del fastidio, un humor que invita a la fantasía novelesca y la impulsó a escribir. También había observado los estragos que hace la inconformidad en nuestras sociedades, *bovarismo hispa-*

noamericano lo llamó, y con intuición premonitoria, su imaginación lo diagnostica como una enfermedad que sobreviene por “cambio brusco de temperatura y falta de aire nuevo en el ambiente.” Con el correr de los años, lo asfixiante que había proyectado afuera, en el ambiente, terminó por oprimirla dentro. Así, su exilio voluntario, su errancia, su soltería, su “misticismo sin fe”, sus amores, sus pesares, su vocación hasta, finalmente, la tuberculosis, serían distintas manifestaciones y mutaciones de un evasivo agente, responsable por cuánto hay de fatal en una vida: algo tan propio y recalcitrante como el carácter y tan ajeno y poderoso como el destino.

De manera perversa la tuberculosis le había otorgado al principio la felicidad de sentirse a tono con la vida, pues, a pesar de todo, en los años de sanatorio se dejó llevar por una nueva y honda conformidad que expresa muy bien en esta carta que le escribió a Gonzalo Zaldumbide desde allá: “a pesar de lo que te digo sobre este ambiente de tristeza (hoy estamos en plena niebla) estoy muy avenida con él, feliz como las hierbas y las ramas de los árboles que aguantan lo que venga sin protesta ni queja. El verdadero espíritu cristiano. ¿Por qué necesitará uno que *lo serio* llame a la puerta para ser resignado y sencillo?” Pero ya no es posible ese acuerdo, la bronquitis asmática, literalmente, le impide *estar* en el mundo: “Sin poder acostarme, cabeza apoyada en la mesa y sentada en una silla, paso noche y día. La sensación de asfixia por espasmo de la tráquea es horrible, peor que todo dolor, creo que si se prolongara podría llevarme a la locura.” Ni siquiera puede ya “sentirse” enferma y avenirse con su mal, y así se lo dice a Gonzalo: “cómo he echado de menos los años de Leysin cuando me amenazaba la muerte, traidora y silenciosamente sin nunca molestarme, sino dejándome al contrario sumida en aquella continua euforia que parecía ya una antesala del cielo.” Esta nueva y última fase de la enfermedad ya no le permite idealizar nada. El clima romántico del sanatorio suizo ha desaparecido: “Tengo la impresión de haberme hundido por primera vez en las regiones del sufrimiento que no conocía sino en forma abstracta [...] me parece haber *descubierto* el dolor y estoy espantada”; “he sufri-

do muchísimo [...] hasta ahora no sabía a qué abismos puede llegar el sufrimiento [...] Siento toda mi personalidad como un libro desencuadernado cuyas hojas anduviesen revueltas.” Si bien las intervenciones al pulmón han sido clínicamente exitosas, las lesiones, al cerrarse y endurecerse, comprimieron el aire provocando una auténtica tempestad interior que le impide exhalar con naturalidad: “no tengo sino un quinto de mi conciencia y personalidad, todo lo demás se lo lleva esta especie de huracán y vivo *sin saber qué quiero ni dónde estoy*.” Como la presión del pulmón también obstruye el paso de la sangre, el corazón es quien más sufre a la larga y se descompensa hasta tal punto que Teresa no morirá de asfixia sino de insuficiencia cardíaca. Ya el célebre Dr. Kindberg, uno de los “ases” tisiólogos de la famosa clínica del Doctor Edouard Rist, le había declarado que “las causas de este *ciclón* no hay que buscarlas en motivos x, y o z, como tanto le gusta hacer a la gente... no hay que buscarle *causa* a su estado, usted está así, *porque sí*, porque así es el asma.”

Después de hablar con Radot, Teresa se siente reconfortada, piensa que los días de otoño están por terminar: “ya no es posible que siga tanta belleza...” y como no hace nada de viento, se detiene con María en un café: “hace tanto tiempo que no me doy este gusto”. Desde que llegó, en agosto, apenas ha realizado algunas lentas caminatas frente a su casa: “he pasado esta vez por París como cuando se atraviesa un país en coche-cama. Apenas me llegan los rumores de lo que ocurre”. Desde que salió del sanatorio de Leysin, en septiembre de 1934, Teresa no ha parado en ningún sitio: primero fue París, luego intentó Barcelona y al mes el clima la corrió; en Madrid estuvo tres meses hasta que resolvió volver a París “definitivamente” para que ahora el clima la eche nuevamente de aquí. Mientras apura el fondo de su copa, le dice a María que lo dicho por Radot le cayó “*a pic*” para su plan de volver a Madrid. Una vez en casa, gasta sus pocas energías en una nueva mudanza, y en tres semanas ya está en camino. A los del asma y el clima habrá que añadir también los misterios del carácter.

Los misterios del carácter: Madrid, 1936

Teresa llega a Madrid a comienzos del año 36. ¿Será necesario recordar que en enero, con el llamado a elecciones generales, la mecha de la guerra civil ya estaba encendida y que el 16 de febrero, con el precario triunfo del Frente Popular, el reestablecimiento de la constitución del 31 y Azaña como jefe de gobierno, el golpe militar parecía inevitable? Y más acá de la política, recordemos también las balaceras callejeras, las cotidianas palizas y asesinatos políticos, las huelgas, los incendios de las iglesias, y el odio creciente que dividía a las familias y separaba a los amigos. Cualquier libro de historia dirá que así era la vida en esos días, cuando Teresa de la Parra baja de la sierra de Cercedilla, después de pasar dos meses en el sanatorio de la Fuenfría. Sin embargo, nada de esto perturba su rutina ni la inquieta ni despierta su interés. ¿Sería sólo su proverbial indiferencia por la política? Su diario de Madrid da la impresión de un desapego mayor; ella ya no tiene que subir a la montaña para estar por encima de lo que ocurre alrededor suyo. Así lea la prensa y escuche la radio diariamente, así toda conversación termine hablando de lo mismo, nada externo se abre paso hasta ella. Esta actitud podría llevarnos a indagar en una zona fundamental del carácter antes de empezar a contar su biografía.

El 10 de enero Teresa llega a Madrid, con el permiso del Dr. Tapia, para llevar una existencia *casi* normal. Veremos que la prescripción no podía ser más ambigua, tratándose de alguien que parece haber rehuido siempre la normalidad. La acompaña su amiga Lydia Cabrera. Su madre y dos de sus hermanas, María e Isabel, están por llegar. Se hospeda unos días en casa de sus amigos Luz y Fernando Ojeda mientras alquila un lugar por 210 pesetas, en Mario Roso de Luna, cerca del barrio de Rosales, donde ya había vivido el año anterior. El sol y la alegría bullanguera de Madrid la ponen de buen humor. Come con apetito, duerme bien, llena de flores la casa. Pero estas bodas con el clima y el lugar son apenas el preludio de otras más sombrías que están por llegar.

El 15 de enero comienza la penosa faena de “instalarse”. Nunca le ha gustado ser “ama de casa”: cocinar, decorar, recibir no es lo suyo; las insignificantes contingencias cotidianas se convierten en algo pesado y mecánico:

*Día triste, continúa el desorden de la mudanza, pues no acaban de traer los muebles ni de instalar los que ya están, lo que contribuye a aumentar mi mal humor. Vicenta, la criada, no parece desenvolverse en la cocina y nos da tarde y mal de almorzar. Estoy con ella algo dura y llora. El desorden y los detalles de la casa invadiendo mi vida interior, sin resultado práctico ninguno, me hace daño. Traen el resto de los horribles muebles lo que acaba de implantar en mi espíritu un *caffard* negro...*

Discutir con el carpintero y el empapelador, darle instrucciones a la nueva criada, le resulta penoso y agotador. Definitivamente, ella no nació para esas cosas: “después de comer sigo con impresión neurastenia; todo me agobia, el mal tiempo, la casa y los muebles feos; la falta de libertad, la diaria presencia de F para lo que nos resta de vida en Madrid”. La alegría con que llegó ha durado muy poco. A los quince días, el lugar es un infierno:

Termino el día con sensación de malestar por el arreglo de la casa, Lydia quiere mudarse pero me parece un disparate antes de abril. Es lo cierto que con este frío el único lugar potable es el comedor, allí trasladamos los muebles, lo que aumenta el desorden. Entre los muebles feos, el mosaico manchado, el pipí de la Raty [la perrita de Lydia] que todo lo ensucia, el olor de cocina, etc., esta casa es todo lo contrario de lo que me gusta, de lo que hubiera necesitado mi espíritu tan sensible al orden, al confort, a lo arreglado y bonito.

Desde que se fue de Suiza su neurastenia la sofoca tanto como el asma. Al leerlo, su diario madrileño produce una dolorosa impresión de vacío, como si viviera al compás de una música desanimada y cansona.

Hasta ahora he leído mal, sin fijar la atención, con el espíritu lleno de pensamientos y preocupaciones que lo hundían en la más lamentable realidad. Comprendo hasta qué punto se atrofia la parte del alma cuando es menester luchar con el ménage; si a las preocupaciones de la comida y la compra se añade la de los hijos, ino se diga entonces nada!...

En medio de esta retahíla de quejas resalta un rasgo de carácter que ayuda a comprender su perenne desadaptación: Teresa sufre desproporcionadamente con la cotidianidad; esa sensación de “hundirse en la más lamentable realidad”, supone un alma que no tolera “descender” y descalifica como *lamentable* el plano ordinario de la vida.

El diario madrileño desmiente la imagen que divulgan sus comentaristas de una Teresa llevando una intensa vida intelectual en Madrid, rodeada de artistas y escritores famosos. Con excepción de Gabriela Mistral, con quien hizo amistad desde París, en 1927, y que ahora vuelve a ver; de su primera y única visita, el 26 de mayo del año 35, a Juan Ramón Jiménez; de su amistad con el historiador Manuel Ballesteros y con un pintor que hoy pocos recuerdan, Beltrán Masses; y de dos breves encuentros con Rómulo Gallegos, a comienzos del año 35, sus relaciones se limitan a un reducido grupo de venezolanos exilados, de cubanos amigos de Lydia y de algunos españoles, amigos de sus amigos. Lo importante de sus últimos días en Madrid no está, entonces, en lo que hace ni en las personas que frecuenta, ni siquiera en lo que lee, porque ya no podía leer mucho. Lo interesante está en sus humores contradictorios, en lo que ella misma llama su “neurastenia”.

Madrid exacerba sus rasgos montunos; se descontrola e impacienta con facilidad; el humor español, los chismes y los chistes, la conversación trivial y, sobre todo, las visitas, prueban su incapacidad para sobrellevar la vulgaridad, grosera y terrenal, de la vida:

Me fastidia el desorden en que me encuentro y la conversación general estilo “bromita” sembrada de cuentos verdes y malas palabras sin ton ni son me enerva. Pienso como de costumbre en lo chocante del tono humorista sostenido a la fuerza cuando no lo anima

la gracia. ¡Cuánto más agradable la conversación que no pretende ser graciosa! Casi me alegro de no tener gracia o esprit natural, así no me expongo a caer en estos simulacros, tan contrarios al verdadero ingenio.

Siente que vive “sin la influencia saludable de espíritus afines más avanzados que sirvan de iniciadores” y que “el andar eternamente con gente frívola o de tendencias sectarias opuestas deja no sólo la impresión de haber perdido lamentablemente el tiempo, sino la de una extenuación que mata a la larga la personalidad.” Sin duda, Teresa ha observado con agudeza el mecanismo disolvente de la vida social, ve cómo arrastra a las personas hasta anularlas en un mar de necesidades, cómo el opinar a diestra y siniestra termina en una histeria que corroe el tiempo desde dentro, haciéndonos creer que vivimos, e incapacitándonos para la soledad: “Si no se quiere discutir hay que hacer creer que se está de acuerdo, reír, sonreír sin ganas y es este remontar de corriente lo que a la larga extenua.” Aun los amigos que tanto la acompañan, “siendo amables, simpáticos y buenos amigos, representan para mí este mundo de influencias negativas y de tiempo gastado en vano”.

No es la primera vez que Teresa resiente el vacío de la vida social, pero nunca como ahora se había sentido tan expuesta a su efecto disolvente. Más que a los remedios, los desvelos y el agotamiento físico, esta enfermedad la somete a la tiranía de las visitas. Ya no escribe ni estudia ni lee, ni siquiera puede estar sola. Tan sólo puede hacer o recibir visitas, esa perenne ocupación de los desocupados. No importa quiénes eran las visitas o los visitados, si eran o no tan triviales o fastidiosos. Pero importa, y mucho, la distancia que se ha creado entre ella y los demás. De nuevo un rasgo de carácter que asoma en su diario resulta revelador. El 21 de enero anota: “Pienso en la felicidad del hedonismo y del ideal epicúreo del que puedo gozar en lo que me queda de vida, sobre todo si las circunstancias me lo permiten: yo me siento mal entre la gente y encuentro bienestar con la independencia y soledad.” ¿cómo podría alguien sobrellevar la existencia cotidiana sin contar con los

demás? La enfermedad no ha hecho más que agravar esa penosa convivencia forzándola a depender cada vez más de la “gente”.

Creyó que en Madrid podría rehacer su engranaje con el mundo, pero apenas se instala, los compromisos la abruman, la libertad se le convierte en dispersión y los amigos la aburren. Una anotación del domingo 2 febrero deja ver que no es la enfermedad lo que le impide aclimatarse: “Si viviera en una casa agradable, sin nada que me molestara, acabaría por tener la impresión de Leysin: serenidad y *don de existir fuera del tiempo*.” Entonces, la enfermedad habría servido de escudo para no ser “molestada” por la temporalidad de aquí abajo. Como el diario se interrumpe tres días después, estas líneas contienen, como última imagen, la de una existencia fuera del tiempo. Vista retrospectivamente, su vida parece haber sido un forcejeo constante con esta fuerza que busca expulsarla de la vida y conducirla a un ideal de armonía que ella confunde a veces con hedonismo y otras con una suerte de misticismo.

Su desinterés por lo que ocurría alrededor suyo no sería entonces indiferencia o mero desdén egoísta y tendría su raíz en ese afán de existir fuera del tiempo. Esto es algo que Teresa ha tenido que pagar con un vivir desencajado, a contracorriente del clima que la rodea. La serena conformidad del que vive fuera del tiempo desprende a la persona de sus contingencias: es un alejarse del mundo que se traduce en un estar por encima del mundo. Y esta inclinación ya se acusaba en ella antes de enfermarse: “A mi me es muy difícil asistir al espectáculo de la vulgaridad social sin ponerme a su nivel de vulgaridad y lo más triste es que para llegar a ese nivel tengo aún que hacer un esfuerzo; el de bajar que es en mí menos natural que el de subir.” Esta inclinación terminó por fundirse en un ideal de serena autorrealización espiritual que, aliándose a la enfermedad, postula una meta “fuera del mundo”.

Ese ideal que presidió los altos y bajos de su vocación y sombreó su vida sentimental la lleva a añorar, como una bendición, su reclusión en el sanatorio de Leysin: “siento pasar aquellos dos años, sobre todo

los meses del Grand Hotel, como un ensueño lleno de encanto y posibilidades poéticas.” En Teresa se cumple el programa romántico de su enfermedad: el enfermo es un elegido que se siente marcado para sufrir un destino más alto, distinto al de los demás, condenados a *hundirse* en esta lamentable realidad.

Esa patria que es **la infancia** (1890-1908)

Un dios silvestre

Seguimos en Madrid, Teresa hace maletas para internarse de nuevo en el sanatorio de Fuenfría; quiere disfrutar del atardecer y deja que la penumbra invada la sala. Todos han salido y aprovecha estas pocas horas de bienestar, sin tos, sin gente y sin ruido, para limpiar sus gavetas. Montones de cartas, postales y fotografías, pasajes de tren o de barco; tarjetas, telegramas, y cuentas, facturas y récépés, muchos récépés... Se demora en una vieja y maltratada fotografía donde ella, tendría dos o tres años, está en las rodillas de una mujer joven con un largo delantal de tira bordada, es Mademoiselle Valentine Orichioni, la institutriz; a su lado, de pie, están sus hermanos: Miguel, el mayor, fusta en mano, con aire retador, y Luis el menor. Junto a la foto hay una carta de Miguel para su madre, agradeciéndole que le cedieran para vivir la casa de las Mayas, la antigua pulpería de la hacienda. Teresa lo recuerda cuando tenía veinte años y andaba por Tazón con sombrero de pelo guama, unas polainas y su chucho: “era una misma cosa con el caballo; parecía un producto natural del lugar, una especie de dios silvestre que hubiera salido de los tablones de caña y del cafetal.” Miguel tenía una novia en el Valle, su prima Luisa Amalia.

Recuerda que ella, Luis y su hermana Isabelita, como creían representar el espíritu culto de la ciudad, lo criticaban: “a quién se le ocurría enamorarse en El Valle de una gente tan pobre... se necesita estar loco...” Pero en el fondo era que Miguel “no le tenía miedo a nada y Luisa Amalia era como el potro o como el río crecido que se pasaba nadando a caballo, como si tal cosa”... Su madre, Amalia Espelozín, era “la prima pobre, a la que se le morían los hijos tuberculosos y todavía encontraba manera de remediar a los demás... y ahora Miguel tiene que cargar con la pobreza de su familia política y todavía se siente dichoso como un rey: habla de las cascadas como si viviera en Versailles”. Ella siempre se ha preguntado si no será Miguel quien de todos ellos ha conocido, de verdad, la vida en su sentido trágico... Miguel, el que no se fue... el que se quedó... Recuerda que hace casi tres años, cuando leyó esta carta, quería escribir sobre mujeres como Amalia, mujeres “hechas todas de piedad y a quienes el sufrimiento se les transforma en generosidad”. Sería como volver a escribir sobre su mismo tema, el de *Ifigenia*, pero ahora sin ironía, buscando la poesía secreta que se esconde en gentes como Amalia.

Teresa se acerca al ventanal, ya es casi noche cerrada, y sigue viendo a Miguel desde el corredor de la casa, lo ve a caballo alejándose por el callejón hasta perderse de vista y atravesar el río, el río crecido... y el chaguaramo, el único superviviente... “entre chaguaramo y corajo está toda mi infancia,” lo dice en voz alta, como para que la escuchen allá.

Ese dios silvestre, el de los tablones de caña y del cafetal, que es una misma cosa con el caballo y se aparea con el río crecido, ése es el dios de Teresa, el que vio por un momento encarnar en su hermano Miguel... el dios del lugar... bravío y salvaje como un potro, dulce y aromoso como la caña y el café. Allá tiene que estar todavía, sacralizándolo todo sobre aquella bendita tierra de la infancia. Allí donde “lo que ha sido es para siempre”. Porque lo primero es la tierra, luego se hará paisaje y sólo después una casa, los nombres, las familias.

Los misterios del lugar

Ana Teresa del Rosario Parra Sanojo Hernáiz nació en París, el 5 de octubre de 1889. Muchos años después, en una nota autobiográfica, Teresa de la Parra afirma que nació en Venezuela. Las dos cosas son ciertas, pero la verdad histórica no coincide con la verdad afectiva. Entre una y otra está el secreto que oculta su biografía: el de una existencia a dos aguas, entre dos mundos. Al decir que nació en Venezuela pone en primer plano un vínculo anterior; es como si dijera que allí donde está la tierra de mis antepasados, donde están mis muertos, que son mis raíces, allí donde se amasó la lengua con que hablo y se tejieron los cuentos de familia que forman la trama dentro de la cual inevitablemente he nacido, allí donde está mi origen, ése es mi lugar. Pero esto es algo que sólo pudo comprender después, cuando ya ha escogido vivir en Europa; cuando la añoranza aprieta y el alma idealiza lo perdido es cuando tiene la certeza de ser hija de este lugar. En esa orfandad que llamamos exilio, desarraigo o simple inconformidad, la tierra natal aparece como un sentimiento de patria indestructible, más real que aquella de la que cree haber huído.

En 1924, después de haber publicado su novela *Ifigenia*, Teresa escribe desde París a su amigo Rafael Carías lo siguiente: “no pienso instalarme en Caracas, ni pienso tampoco desarraigarme por completo. Si sigo escribiendo quiero que mi literatura tenga siempre sus raíces en Caracas.” Allí está de nuevo ese ambiguo patrón que arrastra desde que nació. Ni instalarse ni desarraigarse: es decir, una parte de su existencia se mantendrá suspendida, llenándola de ansiedad, tratando inútilmente de aclimatarse a un lugar; mientras la otra estará sembrada aquí, en una Caracas mítica, sin la cual no podría haber escrito nada verdadero. Si Teresa aspira oscuramente a *ser la que es*, tendrá que conformarse, con dolor, a esta casa pobre y a la vida chata y ordinaria de esta ciudad aldeana, como lo es en última instancia cualquier tierra; un lugar donde no sólo están los recuerdos amables de su infancia, sino toda la ingrata herencia de mezquindades y reclamos, de desaciertos, ridículo y fracaso que forman parte de nuestra histo-

ria. Una realidad con la que resulta tan peligroso identificarse como nefasto desentenderse y de la que tendrá que alejarse para entrañarla. Cuando, en otra carta a Carías, ella escribe como en una plegaria, “el concepto de patria, como los recuerdos de infancia, como la armonía de los paisajes en el recuerdo, como las sombras de los antepasados,” estaba invocando esos misterios del lugar como la fuente perenne de todo lo que podía escribir.

El fundo de Tazón era una hacienda modesta, propiedad de los tres hermanos Parra Hernáiz. Miguel y Rafael, el padre de Teresa, se ocupaban de administrarla; Antonio, que era hombre de mundo, guapo y seductor, entró al servicio diplomático, gracias a los avatares de la política y los buenos amigos, y fue cónsul en Londres y en París. Rafael, por razones de salud, también se vio obligado a buscar un nombramiento en el exterior y lo envían de cónsul a Berlín, donde podía tratarse un mal que había cogido en el campo. Lo acompaña su mujer, doña Isabel Sanojo Ezpelosín, hija del prestigioso abogado Luis Sanojo, “padre de la jurisprudencia nacional”. Su vida de cónsul no fue muy larga. Podemos imaginar el apremio de don Rafael cuando, estando su mujer embarazada, llegan las noticias de la crisis política venezolana que había empezado en 1887 por las pretensiones de Guzmán Blanco de seguir gobernando desde París, mientras en Caracas, Rojas Paúl trata de mantener la presidencia rompiendo con la “causa de abril”. Cuando en 1889 las estatuas de Guzmán son derribadas y se prepara una nueva reforma constitucional para favorecer el continuismo, lo que a su vez precipitará el cínico “legalismo” de caudillos como Crespo, Rafael Parra comprende que su carrera diplomática había concluido. Resuelve esperar en París, junto a su hermano Antonio, a que Isabel de a luz. El 5 de octubre de 1889 nace su primera hija y en febrero del año siguiente la bautizan como Ana Teresa del Rosario, en la iglesia de La Madeleine. Su madrina fue Lola Reyes de Sucre, una prima muy querida de doña Isabel, y su padrino, el encantador tío Antonio, que tanto parecido tendrá con el personaje del tío Pancho en *Ifigenia*. Al año ya están de regreso en Venezuela, de vuelta a la vida de

campo, mientras el país sigue marchando al ritmo de las ambiciones y delirios de sus caudillos. Después de Miguel, Luis Felipe y Ana Teresa, llegaron tres hijas más: a Isabelita, la más tremenda, le sigue Elia, que será la más mansa o la más bella, seguida a su vez por María, la menor, la más responsable y organizada, que terminó por convertirse en custodio de la memoria familiar y los papeles de Teresa. Rafaelito, el último hijo de los Parra, murió antes de los tres años.

Como era usual, los hijos se educan en la casa, con la ayuda de una institutriz. Luego, los varones tendrán que encaminarse hacia una profesión, mientras las niñas se preparan para casarse “bien”. Hasta los ocho años Ana Teresa es sólo un miembro de ese ser colectivo llamado “las niñitas de Tazón”. “Ojo de gato”, la llamaban sus hermanos, porque tenía esos extraños ojos verdes y una mirada fija, quieta y penetrante; también le decían “boquiabierta” porque se la pasaba en la luna, como ausente. De niña no tenía nada especial: “era común y corriente”, “nada genial”, “más bien pecaba de ingenua”, eso dijo María en una entrevista para *El Nacional* en 1947.

Una hacendosa colmena donde reinan las mujeres

Allá, entre las quebradas de Piedra Azul y Turmerito, más allá de El Valle, al suroeste de Caracas, quedaba Tazón. Había que llegar en carreta, en burro o a caballo. Es decir, había que retroceder en el tiempo y darle la espalda al progreso que ya empezaba a transformar Caracas. Para ir a Tazón había que remontar el siglo hasta la Colonia y aprender a vivir fuera del tiempo, porque en la hacienda no hay historia.

La historia está por fuera, aunque a veces pasa por el cerro, con sus revoluciones, y se lleva a los peones y se pierden las cosechas y se arruinan los dueños. Dentro de la hacienda no hay historia, el tiempo no pasa, pero la historia acabó con la hacienda. Lo mismo pasa con la infancia: cuando empezamos a tener una historia, es porque se acabó. En la hacienda y en la infancia parece que las cosas no cambian nunca. Como en los mitos, sólo existe la primera vez: la primera vez que monté a caballo o que me caí, la primera vez que ordeñé una vaca o

que me picó una avispa. Es como mito que la infancia perdura, indestructible, en la memoria.

Teresa dijo que todas las anécdotas de su infancia “se perdieron ya para siempre”, que las escuchaba “como cosas de viejo: como quien oye llover” y confiesa que tenía una “memoria deplorable”: “leo y olvido todo en seguida” pero añade que cuenta “para más adelante, con la otra memoria, la subconciente, que a veces nos reserva grandes sorpresas en lo que se refiere al ambiente imposible de anotar”. Esa *otra memoria* fundirá las vivencias de su infancia en Tazón con su visión de la Colonia, en una sola imagen de felicidad intemporal. Cuando exclama “qué carácter la de nuestra Colonia, tan sobria, tan noble, como todo lo que vive sin esforzarse, de acuerdo con la naturaleza y con el clima” no hace sino proyectar en ella su niñez, moldeada como estuvo dentro de ritmos y hábitos coloniales. Inseparables, la Colonia y la infancia se conjugan para formar lo que ella llamó “el reino sin fecha de las mujeres”, su metáfora favorita para aludir al fundamento originario y colectivo del vivir. La Colonia no será para ella un período histórico sino parte de su geografía anímica, una de las claves más hondas de su forma de ser. Un molde invisible que la sostiene hasta convertirse en un estilo que impregna cuanto piensa, hace y siente. Toda su virtud aristocrática, su humor criollo, su respeto por las jerarquías, esa peculiar desgana o distancia interior que la hizo impermeable a las influencias de la moda, tiene su origen en la patria colonial de su infancia.

En una de sus conferencias de 1930 hablará de la Colonia con la intuición de quien habla desde una profunda conexión con sus complejos históricos y puede apreciar su poderosa actualidad:

Ese pasado nos lo ofrece nuestra época de brusca evolución no sólo en los libros y en las viejas ciudades, sino en los sentimientos, en las expresiones y hasta en las indignaciones de ciertas personas, quienes, sin darse cuenta, se hallan todavía dentro de un aura de otros tiempos ¿Quién de nosotros no ha vivido un poco en la Colonia gracias a tal amigo, tal pariente o tal vieja sirvienta milagrosamente inadaptados al presente? (...) La Inde-

pendencia como toda revolución o cambio brusco, sólo alteró cosas exteriores. El espíritu colonial siguió imperando a través de todo el siglo diecinueve hasta alcanzarnos.

Las jerarquías naturales, la *autoritas* ancestral y anónima que rigen la vida de la hacienda, le enseñaron a reverenciar la fuerza modeladora de lo femenino. Ese frágil paraíso, azotado desde afuera por la plaga de las revoluciones y la arbitrariedad de los caudillos, encuentra en la mujer el elemento capaz de sostener, cuando el hombre falta, el funcionamiento de la vida en todos sus órdenes: es ella quien recorre las siembras, quien recibe las cuentas del capataz, quien pide prestado o vende sus prendas cuando ya no hay cómo pagar las deudas; es ella quien sabe cómo esperar al marido, criar a los hijos y enterrar a los muertos. Con el correr de los años esto trae consigo una peligrosa idealización de la mujer y la consiguiente desvalorización de los hombres.

Desde el reino autosuficiente de estas recias mujeres ellos aparecen como intrusos, a punto de marcharse siempre, o deambulan derrotados, como cosas sobrantes y sin lugar, mientras la mujer domina doblemente, por su poder y su sacrificio. La devoción, la perseverancia y el sufrimiento de estas santas mujeres será el trapiche sentimental donde el alma criolla ha idealizado sus miserias, anestesiado sus dolores y dulcificado sus rabias, en aras de una felicidad idílica hecha de sacrificios heroicos, no siempre tan desprendidos, donde las sublimaciones y los resentimientos van de la mano. Teresa no fue la única intérprete, pero sí la más sutil, de estos complejos tan venezolanos. De allí surge el doble fondo de su primera novela. Toda la ironía con que retrata en *Ifigenia* la rebeldía de su protagonista, proviene de su admiración ilimitada por el temple de estas venerables mujeres. Pero de allí procede también su resistencia virginal para acercarse a las zonas más oscuras del alma; como ella misma dice: “La concordia, obra casi siempre de mujeres [...] carece de elementos trágicos”.

La buena crianza

Buena crianza no es, todavía, buena educación. Teresa y sus hermanos se crían, un poco salvajes, en un mundo aún libre de especialistas, cuando el niño todavía podía vivir su imaginación, aprender de sus miedos y derrochar su energía sin emplearla en mezquinas metas de desarrollo o atrofiarla en estúpidos juegos de video. Teresa y sus hermanos conocieron quizá la única libertad que tiene el hombre cuando nace: la de jugar con el misterio de la vida. Aprendieron sin palabras, en la inmediatez de las acciones más simples o indirectamente por el ejemplo y la costumbre. Siguiendo un ritmo cósmico, sin horarios, el día transcurría regularmente pero lleno de sorpresas. Teresa, boquiabierta, se inicia desde niña en los misterios del habla casera y en la elocuencia simbólica de los gestos. Sin necesidad de argumentos, traduce y acata la autoridad silenciosa de unos brazos cruzados, un templón de orejas, o la mirada severa de papá. Mucho antes de ir al colegio su oído se había entrenado en la retórica complicadísima de las sobremesas de familia y el arte de los regaños y los recados. *Boquiabierta*, Teresa deja que su *otra memoria* vaya almacenando las pausas, las entonaciones y los sutiles matices de las palabras de todos los días, y así, por ocho años cursó, sin saberlo, su primer taller de lenguaje y literatura oral. Por supuesto que llegó el día de aprender a leer en una vieja cartilla desencuadernada: “mi mamá me ama”, “ese oso es mío”; practicar la letra en los cuadernos de escritura inglesa; aprender a contar, sumar y restar y a cantar y recitar una fábula en francés. Después quedaban libres para correr por el campo, machacar insectos, jugar con tierra o fastidiar a los peones del trapiche.

Al atardecer, Mademoiselle las “arrea” hasta la casa, con las uñas sucias, los pies inmundos, las crinejas deshechas y los brazos picados de mosquitos. Pero la vida tiene sus momentos amargos, como la cucharada de Emulsión de Scott & Browne, “la legítima”, que mamá comparte solidariamente tomándose ella también el “depurativo y fortificante” vino Nourry, de F. Comar & Fils que, como dice la etiqueta, es buenísimo para la anemia, las enfermedades del pecho, excita

el apetito, y es el mejor remedio contra unas misteriosas “enfermedades de las mujeres”.

A medida que crece, la niña Teresa se aparta del reino salvaje y misterioso de la infancia para entrar en el album de familia. Allí la espera el prestigio de las genealogías, la historia de unos clanes familiares que se remontan a los fundadores de estos pueblos. Ya no sólo es parte de un lugar sino de un gran cuento que comenzó hace mucho, se prolonga hasta ella y no termina nunca, al que llaman la Historia. Cuando mirando los retratos de familia, pregunta “¿quién soy yo?” comienza el drama de toda biografía: el forcejeo con otra voz que le susurra “sé la que eres”. Nacida de un tronco ancestral, ella es parte de un nudoso entramado de seres y de historias, pero la nueva rama debe crecer buscando su propia forma, única, incomparable y distinta a todas las demás.

Su árbol se remonta al siglo XVII, cuando llegaron a estas tierras los primeros portadores de los apellidos familiares. Por parte de padre, Teresa es descendiente de los Soublette. El general Carlos Soublette casó con una descendiente del Conde de Tovar y era bisabuelo de Teresa. La madre de Teresa, Isabel Sanojo Ezpelosín, era hija, como ya se dijo, del doctor Luis Sanojo, y de Mercedes Ezpelosín, quien a su vez era hija de doña Francisca de Tovar, descendiente del Conde Martín de Tovar y Blanco, leal súbdito del Rey de España y de Don Manuel Felipe Tovar, su hijo, uno de los primeros en sumarse a la causa de Bolívar. Sería demasiado largo y confuso intentar ofrecer el cuadro completo de sus ancestros. Lo dicho basta para saber que Teresa es parte de una prestigiosa trama de complejos familiares e históricos que pesarán de manera decisiva en su sensibilidad, haciéndole más difícil dibujar su propio contorno.

Gracias a esto, la historia de Venezuela, y en particular, los episodios de la Independencia, no le llegan a través de las racionalizaciones y abstracciones de los manuales de historia sino como un cuento de familia, lleno de imágenes, anécdotas y sentimientos. Decantados por los filtros de la memoria y la fantasía, los hechos mantienen un cla-

roscuro, una vivacidad y un humor que escapa a la historia oficial. Esta es la historia que ella recrea en sus conferencias del año 30 sobre “La influencia de la mujer en la formación del alma americana”.

El país de Vicente Cochocho

Desde 1890 hasta 1897 Teresa y sus hermanos crecen en Tazón al margen de un *país de opereta*: la “política criolla” serpentea entre los pasillos del Capitolio, el Club Venezuela y la Casa Amarilla, vocifera de vez en cuando en las tribunas y en las calles, o baila al son de las fiestas y más fiestas del presidente Andueza Palacio. Pero en marzo de 1892, partidas armadas vuelven a recorrer el campo, esta vez al servicio del general Joaquín Crespo que se hace de nuevo con el poder. Como siempre, los períodos de paz sirven para enconar los odios y preparar la revancha; y el espíritu de tolerancia se debe más al desprecio que al respeto de la opinión pública.

El gran temporal de 1895 “que arrancó puentes como si fueran plumas y devoró sementeras enterrándolas en la arena de los ríos”, parece abonar el terreno para el vendaval que pronto iniciará el “Mocho”. Tanto en los corrales, entre los peones, como en los corredores, entre los jóvenes de buena familia, crece la simpatía alrededor de este hombre carismático que encarna por un tiempo la frustración del país. Desde la hacienda la patria es así, un temporal, más o menos largo, más o menos destructor, que pasa arruinando las siembras, estropeando las cosechas, llevándose el ganado y arrebatando a los hombres. Como un temporal, hay que esperar a que pase. Esta sencilla filosofía campesina es la que practica don Rafael, la moral de aguantar, perseverar y volver a empezar. Para los siete años de la niña Ana Teresa, el país, como la historia, es algo que está fuera de los confines de Tazón, algo que no podía tocarse ni tenía sabor; algo que “sólo sirve para darle dolores de cabeza a tu papá”.

Detrás de las puertas, seguramente escuchó las discusiones con sus tíos en la sala: “este país es un horror”, “esto no es un país, esto es el caos”. Pero, por más que lo intenta, no se imagina lo que es “el país”.

Nada le permitía relacionar esa palabra con la tierra que pisaba todos los días, de donde salía esa caña tan dulce. Sabía que un “horror” es algo que da miedo y un “caos” es algo así como el reguero que deja en el cuarto cuando termina de jugar. Sabía que el país era algo que su papá iba a “palpar” cada vez que subía hasta Caracas, “a ver como andan las cosas por allá”. Otras veces “el país daba lástima” y todos se ponían a despotricar de “lo que le estaban haciendo al país”, y esto le resultaba muy confuso, porque un día el país era una cosa horrorosa, de la que había que irse, y al otro, una pobre víctima que había que salvar. Treinta años después todavía le costaría entender que era las dos cosas al mismo tiempo y que el horror y el caos lo ponían sus salvadores. Teresa revive en *Memorias de Mamá Blanca* el espíritu de estas conversaciones en las visitas del primo Juancho, que llegaba quejándose de todo y prodigando consejos impracticables; Juancho, que no podía gobernar nada, “no por falta de aptitudes sino por exceso de pensamientos” y que era incapaz “de crear nada que no fuese el caos”, quedará consagrado como el símbolo eterno de la Venezuela ilustrada, conservadora, honrada y progresista.

Pero si bien el país, o la historia, no llegaban hasta la hacienda, la revolución sí. Era algo que podía verse “allá en lontananza, como procesión de hormigas, brillando machetes y rebrillando fusiles, en lo alto de la montaña, bajo el magnífico sol meridiano, pasaba durante un rato la revolución”. Tal como se describe en las *Memorias de Mamá Blanca*, la revolución llegaba de improviso como “una verdadera peste”: llegaba con las desapariciones súbitas de Vicente Cochocho, llevándose con él a diez o quince peones, mientras le advertía a su patrón: “mañana al mediodía pasa la revolución por el cerro. Ya me dieron palabra de que no bajarían a perjudicarle la hacienda, pero por sí, o por no, mejor será que mande a esconder el ganado.” Esto era mucho más fácil de entender que el “país”: revolución y gobierno son como perro y gato, los gobiernos cambian, pero Vicente seguiría siempre “emboscado, como un mismo león: iacabando con las fuerzas del gobierno!”

La felicidad se acabó en Navidad

Desde el sanatorio de Leysin, Teresa le escribe a Gonzalo Zaldumbide el año 1933 una hermosa y triste carta de navidad:

... no sé si alguna vez te conté que fue en un día como hoy, un 24 de diciembre al amanecer que murió mi Padre. Yo acababa de cumplir nueve años, y las primeras horas de aquel día que me revelaron la muerte y tantas otras cosas oscuras todavía, se marcaron de tal modo en mi espíritu, que desde entonces, cada vez que llega la navidad y me quedo un momento sola conmigo misma, el recuerdo de ese día tan lejano y sin embargo tan vivo, me abre todo el pasado. Hoy veo los distintos pasados de mi vida, tan diversos y tan cerca unos de otros como los tablones de una hacienda de caña vistos desde arriba, desde la casa. Como he aprendido a verlos todos, los mejores y los peores con el mismo cariño, me parecen una especie de riqueza muy grande que hubiera heredado en estos últimos años. Rilke dice que los recuerdos de juventud y de infancia son una especie de mina inagotable para el escritor, superior a todo lo que encierran los libros y demás medios de cultura ¿será cierto? A mi me ha hecho impresión esa idea. Hoy quisiera mandarte (si es que así es) en felicidad y bienestar interior, la parte de esa riqueza que te corresponde de tablón de caña, tantas horas de amistad noble y buena que pasamos juntos, unas más felices que otras, pero todas llenas de verdadero calor de vida.

Teresa ha transformado la casa de la infancia en una fortaleza interior; a salvo de cualquier plaga, desgaste o despojo, esos tablones de caña le endulzarán para siempre la vida. Pero para que esto fuera posible, para que la memoria inicie su misteriosa alquimia, necesita un colaborador que apague las luces y condene las puertas. El hecho que clausuró para Teresa ese mundo dichoso fue la muerte de su padre. Ella casi no lo recuerda. De su padre sólo le queda lo vivo de su muerte. A partir de ese momento *se acabó trapiche* y entran en su vida las maletas, los barcos, la inconformidad y la nostalgia.

Rafael Parra murió joven, consumido al parecer por esas fiebres malignas que había intentado curarse en Alemania; al menos es lo que oyeron decir sus nietas. Su muerte, además, llegó acompañada de otra desgracia inesperada: su hermano Miguel también muere

súbitamente del corazón apenas dos días antes, esa misma navidad de 1897.

No se sabe con exactitud el año en que se marcharon a España, tampoco hay certeza de cuándo volvieron. Teresa dijo que tenía ocho años cuando murió su padre y que luego habían pasado diez años en la Península, más exactamente en Valencia. En todo caso, fue poco después de la muerte de don Rafael, quizá en 1898 o 1899. Quizá ya lo habían resuelto, durante su agonía; quizá la decisión se tomó después, cuando al dolor se le sumó la angustia de lo que estaba por venir. Porque ahora hay que imaginarse a esa mujer, a la madre, con sus seis muchachos, el mayor apenas adolescente, sin siquiera el apoyo del cuñado, con lo descuidada que ya debían estar la hacienda y los negocios por la enfermedad del esposo. No sólo eso, también la perturban sus propios recuerdos de infancia, cuando siendo una niña vivía con su madre deambulando por los pueblos de Venezuela, porque al padre lo andaban persiguiendo los Monagas, o Guzmán Blanco lo mandó a poner preso. Porque don Luis María Sanojo, “el padre de la jurisprudencia nacional” tuvo, como todos nuestros notables, una azarosa vida política. Como juez, condenó a pena de muerte nada menos que a Antonio Leocadio Guzmán, Ezequiel Zamora y Rafael Flores. Monagas lo persiguió, estuvo en el poder con Páez y conoció días de prestigio y privilegio, para luego, como era de esperar, caer en desgracia con los liberales.

Se entiende, pues, que Doña Isabel no quiera que sus hijos crezcan como unos bárbaros en un país de bárbaros; teme también que no le alcance la renta para educarlos como es debido, sin depender de favores; ella no es como su madre, doña Mercedes, que era peleona y politiquera, ella detesta la política y quiere una vida buena, tranquila, confortable, donde nada le falte, y esa filosofía es lo primero que enseña a sus hijas. Sus fantasmas y temores debieron acrecentarse ahora, cuando Venezuela parece estar a punto de recaer en uno de sus acostumbrados períodos de violencia, después de consumarse el fraude de 1898 que llevó a Andrade al poder. Hasta es posible que todavía estu-

vieran aquí cuando *salieron pa' Cojedes / gobierno y Revolución*, como dice el corrido, y fue el eco de la bala que mató a Crespo lo que desató la estampida de las Parra, rumbo a España.

La buena educación

Como ya dije, no se sabe cuándo se marcharon, pero algún tiempo tomaría vender o hipotecar la hacienda, dejar poderes, cobrar y pagar deudas y cosas así, además de escribir a los familiares que tienen en Valencia de España. Allí vivía Mercedes, una hermana de doña Isabel, casada con Juan del Llano, un próspero exportador agrícola. Quien al parecer hizo las gestiones desde aquí fue otra de sus hermanas, María Luisa de Guerola; al menos es lo que registra el biógrafo Lemaître de sus conversaciones con los del Llano. Atando todos estos cabos, he llegado a suponer que el viaje no pudo darse antes de finales de 1899. Mientras los gritos de “La Restauradora” sacuden su tierra y el tiempo de los andinos está por comenzar, doña Isabel se embarca con su muchachera, su madre y su hermana para instalarse en Godella, una pequeña aldea en las afueras de Valencia. De inmediato sus hijas comienzan su educación formal en el colegio de las monjas del *Sacré Coeur*.

Los aires que vienen del Mediterráneo, la clara luz del campo valenciano, que hasta palmeras tiene en algunos rincones, reconcilian a Teresa con el lugar, aunque no podrá recorrerlo con la libertad que tenía en Tazón. La esperan horas de encierro entre los libros, la tiza y las prohibiciones. Su transformación comienza por el cuerpo: ya no puede andar por ahí, *boquiabierta y mal fagottée*, con los bucles mal hechos y los pies descalzos. Teresa y sus hermanas llevan el pelo prensado en un circunspecto moñito, enfundadas en un traje de cuello alto con puños de encaje y zapatos de charol. Ahora sí se acabó trapi-che de verdad. Cómo no imaginar la añoranza y las rebeldías secretas por las que pasa esta muchacha en lo que ella llamará luego “el ambiente católico severo” en que transcurren su segunda infancia y su adolescencia. En *Ifigenia* evocará, con humor y sin nostalgia alguna,

estos años de internado entre las monjas. Un temperamento como el suyo, curioso y acostumbrado a decir lo que piensa y preguntar lo que se le ocurre, debió enfrentarse a menudo con el dogmatismo y la rigidez que reinaba entre las Religiosas del Sagrado Corazón de Jesús. Pero lo que parece ser una pésima educación para el alma resulta excelente para el espíritu. Teresa descubre pronto el gusto por el estudio, el amor a los libros y la literatura, así como una fuerte simpatía hacia la vertiente mística de la religión. La vida del claustro se aviene bien con su carácter soñador y distraído. Al fin y al cabo, los místicos están siempre un poco boquiabiertos ante el mundo.

Es el fin de la edad de oro: ya no habrá intimidad entre los dioses y los hombres. La edad de hierro empieza con la enseñanza abstracta y los dualismos: vida y muerte, cuerpo y alma, reinos de la naturaleza y mundo humano. Al mundo virginal de la hacienda criolla, se le sobrepone otro, más rígido, formado por la quietud y el rigor de los claustros y las monjas. Para no hablar de iniciaciones, digamos más bien que Teresa sufre en el colegio la doma de los instintos por la religión. La sensualidad natural, animista y despreocupada de la niñez, se transforma bajo la acción de la “*imitatio Christi*” en el sufrimiento de la carne y el aparecer de la culpa. Allí recibe también el ingrediente hispánico y católico que le faltaba para completar su imagen mítica de una Colonia que “se encierra toda dentro de la Iglesia, la casa y el convento.” Quizá fue entonces cuando comenzó a sentir que en la sumisión había una libertad más alta y desplaza ese ideal a la vida interior. Otra huella decisiva que le dejan sus estudios en España será su familiaridad con la lengua y la rica imaginería de la literatura de los siglos de oro. Sus auténticos santos patronos, padrinos de su escritura y su talante vital, fueron Cervantes y su tocaya Teresita, la Santa.

Teresa, sin dar muestra de ser nada especial, fue, eso sí, una muchacha estudiosa que a menudo regresaba a su casa con la medalla de “aplicación”. Sabemos que le gustaba estar sola y rehuía el barullo de las condiscípulas que no la dejaban concentrarse. En el libro de Hono-

res de 1904 figura galardonada con la imponente “cinta verde”, máxima condecoración que otorgaba el Colegio. En una oportunidad ganó un certamen de poesía promovido por las alumnas del colegio en homenaje a la Fundadora. Su hermana María apenas recuerda las primeras líneas: *Quién no levanta la serena frente/ ante la gloria de la Patria amada*. De estos versos la escritora prefiere no acordarse, los vio como una chiquillada sin valor literario.

Tenía razón. En aquellos tiempos la buena educación exigía aprender a componer un buen soneto y no era señal de estar ante la precocidad de un posible Rimbaud. Teresa, por lo mismo que fue una muy buena lectora de poesía, comprendió que no podía escribirla. Cuando en 1925 un periodista le pregunta por qué no publica más versos, respondió: “Porque sólo he hecho en toda mi vida, a costa de mucho esfuerzo, dos o tres poesías que juzgo bastante mediocres. Yo creo que en el fondo de casi toda poesía lírica, hay un impudor de alma que se desnuda, y el impudor necesita gran pureza de forma, a fin de no exponerse a ser reprochable o a ser cómico.”

Hacia 1907 su educación formal ya está cumplida o casi. Teresa tiene una formación envidiable para una venezolana de su época, sobre todo porque ha desarrollado una afición poco común a los clásicos españoles; sabe estudiar disciplinadamente y argumentar consistentemente sus opiniones, un ejercicio en que los colegios católicos siguen siendo las mejores escuelas. También tiene en su haber algo que sí era muy común en su medio social, hablaba sin acento y con corrección el francés. Pero resulta a todas luces falso pretender, como afirman algunos comentaristas, que hiciera “tres años de estudios de filosofía y letras”.

Si bien, con el tiempo ella se irá apartando de las severidades del catolicismo formal, la huella de esta educación en su sensibilidad fue decisiva. Las vivencias de los retiros, la oración de quietud y demás ejercicios espirituales, no la abandonarán nunca. De ahora en adelante se acentuará en su vida el movimiento pendular de una tensión de opuestos, siendo su primera expresión la que surge entre la niña del trapiche, libre y preguntona, amiga de los sapos, las vacas y las luciér-

nagas, con el pelo alborotado, y la niña del convento, la colegiala del pelo liso, aplicada, distante y solitaria. Pero ya sabemos que los opuestos están sujetos por una misma cuerda; entre uno y otro polo se columpia la imagen doble de nuestra alma colonial.

La casa **del regreso** (1909-1922)

¡Ay, qué triste es llegar a cualquier sitio!

¿Cuándo regresó Teresa a Caracas? ¿Habría exclamado como María Eugenia Alonso, *¡Ay, qué triste es llegar a cualquier sitio!*? En todo caso, ambas tenían dieciocho años y regresan después de educarse en un colegio de monjas en Europa. Zérega Fombona asegura que para 1910 ya tenía más de un año en Caracas. Sin embargo, en 1909 visitó la feria agrícola de Valencia. Tampoco se ha comprobado si pasó una temporada en París antes de volver, como lo afirmó su primo Luis del Llano. Aunque no parece descabellado pensar que así fue; en aquella época, una visita a París era una forma de completar los estudios formales, con un buen baño de cultura. Además, en su correspondencia de cuando viajó en el año 23, no hay huellas del estupor iniciático que deja toda primera vez en esa ciudad. También es posible que durante los diez años de residencia en España pasara alguna vacación en Francia. Hay quien supone que los Parra regresaron escalonadamente: primero los muchachos, que ya eran unos hombres; luego Teresa e Isabelita y finalmente, en 1911, su madre con el resto de la familia, tal como lo recordaba María.

De ser así, aquella inolvidable correría parisina de María Eugenia Alonso, al cuidado de unos muy liberales chaperones, sería la recreación novelesca de su propio regreso. Los acompaña también don Ramón Arroyo, a quien doña Isabel había contratado como preceptor de los muchachos. Temerosa de los rumores que corrían sobre la vida disipada de los jóvenes, quiso que un hombre de respeto supiera alertarlos sobre esas cuestiones de las que una mujer no podía hablar con sus hijos. Podemos imaginar a don Ramón tranquilizando la rígida moral de la madre, mientras dejaba que sus hijos lo iniciaran en los placeres de Caracas.

En los años que Teresa vive en Venezuela, después que regresa de España, pocos sucesos merecen narrarse; hasta 1922 su vida no está marcada por nada exterior. Sigue siendo la mayor de “las Parrita”, una más de las muchas mujeres bonitas, bien educadas y casaderas de la sociedad caraqueña. Pero dentro de ella se está dando un largo proceso de incubación que la convertirá en escritora. La novela *Ifigenia* será el fruto tardío de esta prolongada juventud.

Cuando en 1924, al año de haberse residenciado en París, le escribe a Rafael Carías para decirle que cada día creía menos “en esos espíritus que desprecian lo suyo sin llegar nunca a bien comprender lo ajeno” y “hacen el papel de intrusos, tímidos y encogidos en una casa extraña”, le está hablando de una sensación que conocía bien. Por extraño que parezca, su vida de peregrina, su desarraigo, comenzó aquí, en Caracas. Jardines de aclimatación llaman a esos grandes invernaderos donde las plantas transplantadas tratan de sobrevivir en un clima adverso. Así será la vida de Teresa en la Caracas de 1910, una muchacha que intenta “hacerse su clima dentro de otro opuesto”. A esto me refiero cuando hablo de incubación: lo relevante es lo que no hace, lo que importa es lo que no se ve. Mientras una parte de su existencia se siente como encogida e intrusa dentro de su propia casa, exteriormente, su biografía se disuelve en la monotonía y la dispersión del vivir colectivo.

Entre la buena y la alta sociedad

En la breve reseña autobiográfica de 1934, Teresa incluye una mención a sus orígenes: “Tanto mi madre como mi abuela pertenecieron por su mentalidad y sus costumbres a los *restos* de la vieja sociedad colonial de Caracas”, pero al hablar de “restos” revela estar consciente de formar parte de algo ya casi inexistente, un linaje que sobrevive en decadencia. Su apego a la tierra y sus orígenes está ahora sombreado por esta conciencia menguante. Un pasaje de *Ifigenia* deja ver lo que esta decadencia significa: cuando Abuelita, encaramándose en el árbol familiar, se remonta hasta los fundadores del valle de Caracas y ensancha la historia personal hasta sumergirla en sus orígenes míticos, su nieta, María Eugenia, al igual que Teresa, comprende el sentido de la palabra decadencia:

Sentada junto a ella, mirando las matas del patio, inmóvil, petrificada en mi desastre, me di a escuchar en silencio las viejas historias de las viejas amigas de Abuelita; escuché después las de las hijas, y escuché por fin las de las nietas. Las oí todas con resignación y con melancolía. Y es que para mis oídos, aquellos nombres eran dulcemente evocadores. Los había escuchado muchas veces, pronunciados por la boca de papá, cuando él también refería con objeto muy distinto al de Abuelita, el mismo proceso de la aristocracia de Caracas, es decir, la dolorosa historia de casi todos aquellos “criollos” descendientes de los conquistadores, que se llamaron “mantuanos” en tiempos de la Colonia, que fundaron y gobernaron ciudades, que grabaron sus escudos en las puertas de las viejas casonas; que hicieron con su sangre la independencia de media América; que decayeron después oprimidos bajo las persecuciones y los odios de partido; y cuyas nietas y bisnietas hoy día oscurecidas o pobres como lo soy ahora yo, sin avergonzarse jamás de su pobreza, esperaban resignadas la hora del matrimonio o la hora de la muerte, haciendo dulces para los bailes, o tejiendo coronas de flores para los entierros.

También la *belle époque* caraqueña será un tiempo de decadencia para la aristocracia criolla. Cuando la “buena sociedad” renuncia a la discreción y comienza a mostrarse en las páginas sociales, es porque se ha convertido en “alta sociedad”. Cambiando lo bueno por lo alto,

el espíritu de la lengua, el más sutil de los sociólogos, rinde cuenta de cómo el ingrediente moral ha sido sustituido por un afán de “ascenso” social y las altas posiciones han sustituido a las viejas jerarquías. Este fue el triunfo más duradero de los liberales. A medida que el país progresa la mayoría de las buenas familias se arruinan; es la ley de los tiempos. Pero aún venidas a menos, les quedan los nombres. Gracias a ellos seguirán deambulando por la vida, con una conciencia de su hidalguía que oscila entre la reciedumbre y lo ridículo. Sin propiedades, sin mucho sentido para los nuevos negocios, y en un país donde el ejercicio profesional obliga a estar bien con el poder, el amor propio se sostiene por el sentimiento de pertenecer a la raza de los vencedores y ser descendientes de algún prócer.

Dentro de la “alta sociedad” subsistirá entonces una tensión entre el dinero y la “clase”; entre los que ostentan un poder efectivo y los que sólo mantienen su “posición” y algunos privilegios, por el apellido; una superioridad que se alimenta de sus vínculos con el pasado y se traduce, no tanto en una mentalidad (que, como sabemos es maleable y se adapta) como en una forma de vida conservadora: una manera de hablar y comportarse, ciertas lecturas; pequeños refinamientos, como la preferencia por el francés; la devoción a los retratos, las anécdotas y las fantasías “pasadas de moda”. Teresa de la Parra pertenece a una de estas familias, y cuando regresa a Caracas vive, sufre y observa esa tensión entre la buena y la alta sociedad, para novelarla irónicamente en *Ifigenia*.

...el horrible fastidio de divertirse demasiado

Habría, pues, que imaginar qué hacía, cómo se divertía, en qué ocupaba su tiempo Teresa entre los 18 y los 33 años, un lapso que visto así parece enorme itoda una vida! Pero en medio de la monotonía aldeana de aquella época, grandes cantidades de tiempo tendían a encogerse muchísimo. Esta impresión de letargo, como todo lo nuestro, “es culpa del gobierno”. Desde que llegó Gómez, aquí no pasa nada. Pero esto es una exageración, mejor dicho, una generalización. Claro que

pasan cosas, pero no se notan, ya sea porque la censura y la adulancia se encargan de achatar y vaciar la expresión; ya sea porque los verdaderos cambios no son políticos ni tienen un ritmo “noticioso”. Es lo que pasa, por ejemplo, con el comercio, las comunicaciones, la electrificación, la modernización de las empresas, el flujo financiero y esas diminutas pero numerosas iniciativas que están formando la trama civil de la nación. Por otra parte, si bien la mirada política, como ha dicho Manuel Caballero, observa un país “mineralizado”, la vida social, el día a día de la sociedad caraqueña, que es lo que nos interesa, presenta un intenso y sostenido *vibratto*.

El ambiente de pueblo grande que tenía Caracas a comienzos de siglo había comenzado a cambiar durante el período de Guzmán. Podrán calificar de progreso de tarjeta postal sus obras de ornato, pero el espíritu moderno y europeo que animó sus cambios y la sensibilidad afrancesada que se puso de moda, consiguió afianzarse en nuestra cultura. París daba el *tono* de una sociedad caraqueña que se deshispanizaba con tanto ahínco como lo intentaban los madrileños.

El venezolano siempre ha sido muy amigo de las reuniones; para nosotros, cualquier acontecimiento merece una “reunión”: “tenemos que hablar”, “hay que reunirse”, “esto hay que celebrarlo”, es el santo y seña con que los venezolanos nos saludamos o nos despedimos. Esto a la larga cansa y deja poco tiempo para hacer lo que tenemos que hacer, o para ser lo que somos. Por el contrario, ayuda mucho a la hora de parecer lo que no somos. Ana Teresa Parra y sus hermanos tienen que incorporarse a esta interminable parranda criolla. Sobre todo las muchachas “tienen que empezar a salir en sociedad”.

Poca o ninguna influencia recibió del ambiente político e intelectual que se estaba formando bajo la dictadura y conformaría la generación del 28. Tampoco vivió la novela barojiana de las pensiones de estudiantes que describe Picón-Salas en su autobiografía. Dos fronteras insalvables se juntan para mantenerla al margen de aquella Venezuela: su posición social y su condición de mujer. Como Teresa no es ninguna escritora ni se imagina que está predestinada a serlo, si-

que las pautas que le imponen su madre, las buenas costumbres y la vida social.

Las ocupaciones de una muchacha casadera en la Caracas de 1910 no eran pocas, pero eran siempre las mismas, ajustadas a un doble calendario ritual de fiestas públicas, como los carnavales o la misa del domingo, y otro de compromisos y celebraciones privadas. De guantes, sombrero y sombrilla, acompañadas siempre por alguien de respeto, o alguno de sus hermanos, pasearían por el mirador del Calvario o tomarían un helado en la pastelería *La India* –porque ni *La Glacière* ni la cervecería de *La Torre* eran un ambiente apropiado para una señorita. Las funciones del cine Rialto, las noches de baile en el club Venezuela y la ópera, eran, al parecer, las salidas preferidas de Teresa. Hacia 1910, las reuniones todavía se desarrollaban alrededor de ramos de rosas, tazones de ponche, jarras de sangría y una pianola. Tan bonitas y recogidas como eran las Parra, seguro que recibieron innumerables serenatas de enamorados. Si el trovador era amigo de sus hermanos, se le invita a entrar y aquí no ha pasado nada. Pero si eran desconocidos, por fin un cachito de intriga romántica animaría por un tiempo la fastidiosa rutina de unas “niñas bien”. Seguro que asistían a veladas artísticas y verbenas de caridad; seguro que no se perdían la temporada de ópera en el Municipal, ni los recitadores, ni el circo que venía todos los años; seguro que los domingos iban a misa en la Catedral o en la iglesia de Las Mercedes y de allí a la plaza Bolívar para escuchar la retreta del maestro Pedro Elías Gutiérrez. Por todas partes, el misterioso enamorado estaría al acecho, daría señales, mandaría recados, enseñándoles el arte secreto de las insinuaciones.

Teresa de la Parra sólo conoció la cara amable de aquella Venezuela, y como todo lo falto de tensión carece de vida, Teresa se fastidiaba. Ya no es una muchacha, tiene ventiséis años cumplidos y está harta de salir en sociedad. Podemos imaginarla, a finales de enero de 1915, después de leer uno de los últimos números de *El Cojo Ilustrado*, con las fotografías de la gran guerra, quejándose para sus adentros, porque no es posible ni hay derecho a que, tan sólo en un mes, mientras

en Europa se están matando, ella haya tenido que hacerse dos vestidos de noche para dos matrimonios a los que “no podía faltar”: primero fue el de Diógenes Escalante, el director de *El Nuevo Diario*, con Isabel Alamo Ibarra, y unos días después, el de Enriqueta, la hija nada menos que del “Presidente” Victorino Márquez Bustillos, que se casaba con el doctor Lope Tejera. Teresa se fastidia y se queja y rehuye cada vez más la vida social. Algo le pasa.

Caracas, capital del desengaño

El siglo corre cada vez más deprisa y las maravillas mecánicas invaden la ciudad. Los pretenciosos automóviles opacan la elegancia de los coches. El Sr. Elbano Spinetti ya no vende pianos y pianolas solamente; su agencia comercial de Gradillas a Sociedad es de las primeras en traer los gramófonos de la Víctor y unas flamantes máquinas de escribir Underwood, carísimas, de 580 bolívares. La *belle époque* está por terminar y la guerra de trincheras a punto de empezar. Cuando Teresa llegó a Caracas, el pasodoble había sustituido a la cuadrilla y las mazurcas, y cuando ya estaba por irse, el *foxtrot* acaba con lo que quedaba del vals. Entre 1915 y 1920, la vida diaria ha perdido su tono sosegado de pueblo grande. No sólo “se acabó trapiche”, también murió *Primo Juancho* y, a pasos de gigante, “siempre triunfante, siempre terrible”, cerrando las puertas de todo lo amable, “en lugar de la gracia, como castigo, nos ha quedado el énfasis”.

Este duelo por la gracia ha estado tejiendo, en sordina, una extraña continuidad entre dos generaciones: Teresa de la Parra y Mariano Picón-Salas, desde ámbitos muy distantes y urgencias muy diferentes, coinciden en Caracas al comienzo de los años veinte; en 1923 cada uno emprenderá su peculiar exilio por “añorantes moradas”.

Para Picón-Salas, la Caracas del año 20 “más que capital de la República parecía del desengaño venezolano”. Recién llegado de su pueblo andino, apenas baja en la estación de Caño Amarillo, el joven se pregunta “¿Es ésta la ciudad tan ponderada?” El paisaje de “colinas ocre y casuchas proletarias trepadas sobre el barranco”, los depósitos y los

techos de zinc de las bodegas, el olor de las pulperías y, especialmente, “un Arco de la Federación en argamasa pintarrajeada para que a fines del año pasado entraran los generales victoriosos”, acaban con sus sueños. Simultáneamente, al otro extremo de esta misma ciudad, Teresa expresará un desengaño semejante en la novela que está a punto de escribir, cuando su protagonista desembarca en el puerto de La Guaira, observa el movimiento de los cargadores, inclinados y sudorosos bajo el peso de sus fardos, y siente que el cansancio que los agobia no parecía provenir tanto de la carga que llevaban sobre los hombros “como de una carga invisible, escondida en sus propias existencias. Era como si además de los fardos, la vida les pesase también.” La madura autobiografía de Picón-Salas, *Regreso de tres mundos*, y la temprana novela de Teresa de la Parra, *Ifigenia*, parten de una misma experiencia juvenil: Caracas fue la puerta del desengaño y el principio de una errancia vital.

Emilia y la gentil maledicencia de Caracas

A los veintiséis años, Teresa todavía acataba las formalidades sociales, pero cada día pasaba más tiempo encerrada en su cuarto, leyendo. De Traposos a Chorro se la veía pasar cada semana rumbo a la Librería Española. También se iba al campo, cada vez que podía, cuando la invitaban, para matar su nostalgia de Tazón y entregarse al placer de leer. ¿Qué tanto leía? Leía sobre todo literatura francesa, primero fueron las clásicas novelas rosa, “*pour jeune fille*”; luego clásicos como Flaubert, Stendhal, Maupassant, y modernos, como Pierre Loti, Maeterlink, Daudet y el entonces popularísimo Anatole France; cuando sintió la comezón de escribir, leyó con especial interés una serie de escritoras francesas de moda a comienzos de siglo, como Gyp, Tynaire, Collette y Anne de Noailles. Pero ella reconoce que en esos años, el *Juan Cristóbal* de Romain Rolland, esa novela que sirvió de iniciación a tantas generaciones, sacudió profundamente su vida interior y ayudó a orientar su vocación.

Entre sus dieciocho y sus treinta años, ya van doce años de “vida social”, el tiempo fue pasando, sus hermanas se están casando y ella no. Ana Teresa es la preocupación de su mamá. Isabel se casa con Francisco José Duarte, nuestro célebre matemático; Miguel se casa como quería, con su prima Luisa Amalia Penzini Ezpelosín y Luis, con otra prima, María Parra Salas; Elia, después de posar como María Teresa Toro para el mural de las bodas de Bolívar que pintaba Tito Salas, se casó con Guillermo, el hermano del pintor. Y hasta María, la menor, ya está casada con un ruso, el ingeniero Marc Bunimovich, a quien había deslumbrado por su belleza de tipo eslavo, cuando la vio pasar junto a él, en la puerta de su pensión. Pero Ana Teresa no se interesa por nadie. Todos sus pretendientes le resultan presumidos, chabacanos o fastidiosos, demasiado ignorantes o demasiado frívolos. Ninguno sirve. También sucede que ella, a medida que madura, los espanta: una mujer tan bella y tan culta, tan reservada e irónica, tiene algo intimidante que estimula las buenas amistades y desanima los amíos. De este modo, su biografía comienza a seguir un curso más individual, fuera del camino trillado. “No es normal -secreteaban las buenas lenguas- que una mujer tan bonita no haya conseguido un buen partido”. Tampoco les parece normal que opine tan libremente de tantas cosas, ni ven con buenos ojos que se fuera a vivir con Emilia Barrios, después que enviudó.

Emilia Ibarra Urbaneja y Rodríguez del Toro había nacido en uno de los más rancios clanes liberales de nuestra historia, era hija del general Diego Ibarra, edecán de Bolívar, y cuñada de Guzmán Blanco. Quizá por eso, la “gentil maledicencia” caraqueña la criticaba tanto como la compadecía, aunque quizá, en el fondo, la envidiaba, porque Emilia se había casado con Francisco Barrios Parejo, un hombre encantador, divertido, mujeriego y sumamente derrochador, que no tuvo suerte para los negocios o la política, pero sí para hacer de su casa, junto a Emilia, un lugar de tertulias brillantes y animadísimas, pero muy por encima de sus recursos. Fue hacia 1913 cuando comenzó a frecuentar la casa de los Barrios. Teresa ya no era aquella muchacha en flor que vemos en

algunas fotografías con amplios sombreros de paja, larga cabellera, vestidos vaporosos y una romántica guitarra o un ramo de rosas en las manos; ahora lleva atrevidos “kimonos” de seda, trajes estampados, cabello corto y fuma provocativamente en una larga boquilla.

Emilia no sólo era una belleza legendaria, también era una mujer culta, que había vivido en París y, por lo mismo, tenía una desenvoltura social moderna que desentonaba dentro de la rigidez conservadora de aquella Caracas. Pronto Teresa se convierte en su confidente y protegida, y hacia 1916, cuando Emilia enviudó, decide acompañarla mudándose a su casa. A doña Isabel seguramente no le causó ninguna gracia, pero ya no podía impedirlo. Casi podemos imaginarla reprochándole a su hija: “¡Allá te cambiaron!”, igual que Abuelita en *Ifigenia* le reclama a María Eugenia su intimidad con Mercedes Galindo. Que Emilia Barrios sirviera de inspiración al personaje de esa mujer, encantadoramente afrancesada y en bancarrota, es algo que Teresa nunca desmintió. Aunque le llevaba más de veinte años, quizá precisamente por eso, Emilia tenía cómo seducir a Teresa y atraerla hacia el mundo melancólico de los venezolanos derrotados y de sus víctimas, esas mujeres que, como ella, sacrificaron quizá una improbable y fantástica vida de triunfos mundanos, por acompañar, por decencia, a unos maridos que no las merecían.

Esta novelesca versión, fruto también de la gentil maledicencia, podría tener algún parecido con la historia de Emilia. Sabemos que pasó sus últimos años agobiada por las deudas, las malas cosechas y los peores negocios, tratando de salvar sus propiedades. Recurriendo a la dudosa generosidad de sus parientes y a mezquinas transacciones con los bancos, consiguió salvar un patrimonio, seguramente modesto comparado con lo que fue, pero más que abundante para vivir bien y dejarle un rico legado a sus herederos. Como no tuvo hijos, quiso que toda su fortuna fuera para Teresa, garantizándole así su independencia para que viviera su vida a su antojo, en cualquier parte.

Hoy no es tan fácil comprender la naturaleza de ciertos vínculos, como la intimidad entre Emilia y Teresa: amistad, devoción, protec-

ción y ternura son las palabras que empleó Teresa; y para simplificar las cosas dijo a menudo que Emilia fue “una segunda madre”. Ocho años vivió con Emilia en la casa que ésta tenía de Mercedes a Luneta. Su carrera literaria comenzó y cristalizó en ese ambiente. Si Teresa fue una suerte de dama de compañía para Emilia, ésta, por su parte, fue por encima de todo su iniciadora en una atmósfera más adulta y una sensibilidad más atrevida de la que podía hallar en la estrecha y vigilante moral de la casa de su madre. El “salón” y las tertulias que mantenía Emilia con un pequeño y escogido grupo de amigos, no de literatos, fue el estímulo que necesitaba para encaminar su inconformidad, su fastidio y sus lecturas, hacia la literatura.

¡Somos países de opereta!

Cuando el periodista Edmundo Chispa le pregunta en 1923, cuándo empezó a escribir, ella responde que fue en 1920 cuando funde literariamente las cartas que su hermana María les escribía desde el largo viaje que hizo en 1919 por Japón, China y Manchuria: “estaban en realidad muy bien. A mí me gustaron tanto que por darle a ella una sorpresa, se me ocurrió imprimirles cierta forma de crónica y publicarlas en *Actualidades*.” Este exótico viaje se explica porque a Marc Bunimovich, ya casado con María y trabajando para el City Bank en Nueva York, lo envían al Oriente, donde después de un par de meses en Japón, se instalan en Harbin, Manchuria, donde Marc debía fundar la sucursal del Banco.

Ese mismo año, y en la misma revista *Actualidades* -que dirigía Rómulo Gallegos- publicó “Un evangelio indio: Buda y la leprosa” y al año siguiente, en *El Universal*, con el seudónimo *Fru-fru*, “Flor de loto”, una leyenda japonesa. Estas dos narraciones orientales seguían un estilo muy de moda entre los simbolistas, y en modo alguno permiten suponer la originalidad y madurez de su siguiente intento. Entre sus papeles se encontraron después tres cuentos, posiblemente anteriores a los mencionados, que nunca publicó: “El genio del pesa-cartas”, “El ermitaño del reloj” e “Historia de la señorita grano de polvo, bailarina

del sol". De todos estos primeros escarceos, el más revelador es su *Diario de una caraqueña (por el Lejano Oriente)*. Allí utilizó recursos estilísticos que con el tiempo irán formando el tono característico de su escritura: la naturalidad coloquial de la narración, el humor y la ironía "de buena ley".

Al año de este *debut* literario, en mayo de 1921, ocurre en Caracas un acontecimiento digno de incorporarse al relato de las "vidas paralelas" de Teresa y don Mariano. Se trata de la "rumbosa visita del Príncipe Fernando de Baviera y Borbón, tío de Alfonso XIII, rey de España". Teresa fue un destacado actor de reparto en esta gran comedia cívica, y Mariano participó como extra, haciendo de mirón: "por más de una semana, con desfiles militares, discursos, bailes, procesiones cívicas, té y *garden parties*, Caracas vivió en el más tropical delirio monárquico". Al Príncipe lo instalaron en la entonces Plaza España, cerca del monumento del hoy descabezado Colón, en un caserón decorado a la sazón "en una especie de salón archiducal, recién vestido de espejos, alfombras, arañas y cortinajes de damasco", que bautizaron luego como "la casa del Príncipe". Todo esto lo revive Picón-Salas, con sarcasmo y buen humor, ofreciéndonos un fresco de la opereta perenne de nuestro gran teatro oficial. El Príncipe pasaba sus jornadas protocolares escoltado por el anciano señor Veloz Goiticoa, "con su emplumado tricornio bajo el brazo, a guisa de gallina muerta", recibiendo saludos y venias de los hombres más honorables del país, enfundados en sus viejas y calurosas levitas. "Metido en su uniforme, el emperifollado personaje real, de congestionado y acaso bien bebido rostro de zanahoria, extendía una mano de autómatas", mientras, a falta de un buen *brandy*, volteaba a mirar "la más florida cosecha de mujeres caraqueñas". También don Mariano estaba allí para admirarlas: "me dijeron que se llamaban Atunas y Parras, Toledos y Pulidos, De las Casas y Salicrup, Tellos, Olavarrías, Jiménez y Jahn, Blanco y Herreras, y otros nombres que ya me habían parecido de hadas y diosas en las tricromías de las revistas ilustradas [...] A mi provincial timidez ellas asemejaban inalcanzables".

El rol de Teresa fue doblemente lucido; no sólo adornó la fiesta, también la hizo hablar. Como el príncipe traía para su gira americana un Mensaje dirigido a las mujeres, de su madre la Infanta Doña Eulalia Paz, le encargaron devolver el saludo con otro Mensaje. Su escrito “La madre España” recorrió, entre elogios, los periódicos de América y la Madre Patria, siguiendo la ruta oficial de la visita. Teresa dirá luego: “a mí lo que verdaderamente me causó satisfacción fue ver llorar de emoción al general Altolaguirre, todo un veterano académico de la historia, la noche que lo leí delante del Infante D. Fernando”. Pero quién quita que esas lágrimas más que al texto se debieran, como la emoción de don Mariano, a lo inalcanzable de la belleza encarnada en una mujer como ella. El éxito de su escrito hizo que de inmediato el periódico del gobierno le encargara un artículo-reportaje para las celebraciones de la Independencia: “El día de Carabobo”, que apareció en *El Nuevo Diario*, el 10 de julio de ese año.

Pronto Teresa demuestra que tiene buen oído: en la palabrería hueca de las ceremonias públicas y sus plumíferos adulantes, resintió enseguida el mal gusto de nuestro patriotismo de charreteras y entorchados. Aunque siempre se sintió halagada por la forma en que la Infanta le correspondería luego la elegancia de su escrito, nunca más participará de ese tipo de compromisos, ni quiso recordar estos ejercicios retóricos como parte de su obra literaria.

Desde el sanatorio de Leysin, en 1932, todas estas vivencias se han convertido en un espejo para mirar su propia vida:

Los ditirambos a Bolívar publicados diariamente en los periódicos al lado de los ditirambos a Gómez amargaron de fastidio mi adolescencia y contribuyeron a desprestigiarme todo el ambiente que me rodeaba y a fortalecer mi escepticismo hacia todo lo consagrado. Sólo veía con fe Europa a lo lejos, como se ve el baño allá mismo en el trópico, cuando se está sudado, empolvado y quiere uno lavarse, refrescarse y vestirse de limpio.

Ifigenia y los misterios de **la vocación** (1922)

La brisa de Macuto al atardecer

El afán de escribir una novela empezó como un juego, dejándose llevar por la fantasía de sus recuerdos ya viejos de quince años, de cuando regresó a Caracas hecha una señorita y empezó a fastidiarse: sus días de internado, sus primeros deslumbramientos mundanos y su incomformidad con el destino colectivo que esperaba a toda mujer, le sirvió de materia bruta para su libro. El resto salió solo; lo que en principio fue un subterfugio para disfrazar lo personal de sus vivencias, terminó siendo la prueba más firme de su imaginación novelesca. Ella sólo sabe que su libro cobró aliento cuando empezó a encerrarse en la destartallada casita de los Guzmán, en Macuto, para contar todo aquello en forma de una carta y de un diario, tal como había hecho antes con el viaje de su hermana María. En una carta de abril del año 32, le describe minuciosamente a Vicente Lecuna aquellos buenos tiempos, cuando su escritura fluía sin esfuerzo, tan fresca como la brisa de Macuto al atardecer:

Me encerraba a escribir en una casita en ruina que pertenecía a los Guzmán y no tenía techos sino en el salón. Yo la hice barrer y puse junto a la ventana una mesa de pino y una silla de extensión [...] la hierba crecía hasta en la sala, veía por todos lados correr

ratas y lagartijas, el matapalo estaba lleno de pájaros y a veces corría por él alguna ardita, las ramas inmensas me velaban al cielo. Por la tarde salía de mi escondite e iba a veces a bañarme en el río con las de las Casas. Qué cosa única, inolvidable son los baños de río en tierra caliente. No puede haber un contacto más íntimo con la naturaleza, uno se siente fundido en ella, se vive en el alma universal, en pleno panteísmo.

Después, a lo largo de su vida, sobre todo en sus días de sanatorio, añoraba esta facilidad y felicidad; la de ese tiempo en que todavía *no* había escrito, cuando vivía de acuerdo con ese intenso presente del escribir, sin conocer aún el peso de lo escrito. A medida que corregía su novela, la leía en voz alta, tarde tras tarde, a los pocos amigos que formaban las tertulias de Emilia, esos primeros lectores que ella siempre recordará como sus mejores críticos: Emilia, Rafael Carías, Carmen Helena de Las Casas. Macuto del año 22 quedaría consagrado como el lugar y el tiempo ideal para escribir, y cuando llegó al sanatorio de Leysin, no dejó de recordarlo con nostalgia: “¡Qué ocasión tan extraordinaria para escribir un libro si tuviera aún alguna migajita de fe en mí misma! De aquella que tenía en Macuto en 1922.”

Teresa ya no es Ana Teresa

Cuando el N° 12 de *La lectura semanal*, revista que dirigía José Rafael Pocaterra, publica el 4 de julio de 1922, el “Diario de una señorita que se fastidia”, se ha producido un cambio notable en su relación con la escritura. No se trata sólo de progresos estilísticos. Este “Diario” no está firmado por Ana Teresa Parra Sanojo, como sus escritos anteriores, ni por aquel ridículo seudónimo de *Fru-Fru*, sino por lo que será su *nom de plume*: Teresa de la Parra. ¿Qué ocurrió entre 1921 y 1922 para que se produjera este desdoblamiento? Ella lo explica en dos ocasiones. En una de ellas menciona de dónde lo tomó:

Lo uso con especial predilección porque me viene directamente de una serie no interrumpida de Teresas y Ana Teresas, desde mi tatarabuela Teresa Jerez de Aristeguieta madre del general Carlos Soublette.[...] Decidí divorciar mi nombre del Ana (junta que

nunca fue de mi agrado) y uniéndolo al apellido antiguo me hice un pseudónimo, antifaz, bajo el cual sólo me disimulo muy a medias.

Al periodista Edmundo Chispa le aclara algo más:

Es en rigor mi propio nombre, el nombre antiguo de mi familia, que unido al de Teresa tiene cierto sabor clásico, cierta sonoridad del siglo de Oro. Ya ve usted: *Sor Juana Inés de la Cruz, Teresa de Cepeda* ¡Qué bien suenan!... Me gusta por eso, porque siendo mi mismo nombre, me permite, no obstante, desdoblarme, porque... No sé, pero pensé que de otra manera no iba a poder mantener mi personalidad social independiente de la otra, de la literaria, y la unificación me parecía un poco incómoda... Bueno... ¡una pretensión horrible! Y es que me convertí en dos: Ana Teresa Parra Sanojo, que se aburre a veces de escribir, y que no tiene entonces nada que ver con Teresa de la Parra... que hasta escribe novelas.

Como se ve, este doble literario apunta una vez más a las fuentes femeninas familiares y conventuales de su sensibilidad. También demuestra que estaba consciente de cómo surge una nueva dimensión dentro de su existencia; de cómo entre escribir y vivir media el llamado extraño de una voz distinta de la identidad habitual. Ella sabe que al “meterse en imaginación”, deja de ser quien cree ser, y se desdobra en una voz más profunda que habla a través de sí.

En diciembre del mismo año 1922 vuelve a firmar con su nuevo nombre otro fragmento de la futura *Ifigenia*: “La mamá X”, y lo envía al concurso organizado por el diario *El Luchador* en los Juegos Florales de Ciudad Bolívar de 1923. El cuento no ganó el premio, según se dijo entonces, porque no era lo bastante “venezolano”; es decir, no coincidía con los prejuicios nativistas. Al parecer carecía del paisaje pintoresco y el habla refranera. Pero el general Vicencio Pérez Soto, Presidente del Estado, en vista de su rara calidad, ofrece un inédito “Premio Especial” para su cuento. El ser reconocida como escritora, junto a nombres de cierta trayectoria local como Udón Pérez, Luis Barrios Cruz, Rafael Yépez y Pedro José Muñoz, hizo las veces de bautizo literario para su nuevo nombre.

El llamado de la vocación

Parte del encanto y vivacidad de su escritura se debe a la manera como supo aceptar los misterios de la vocación. Con sinceridad y algo de coquetería, declaró: “escribo por casualidad [...] como siempre he leído mucho y porque tenía una gran veneración por la literatura, nunca se me había ocurrido profanarla. Además me burlaba mucho de los malos escritores.” Al no tomar muy en serio las pretensiones del *oficio*, ella resalta discretamente la verdad profunda de la *vocación*: escribir es profanar lo que veneramos; y aun agrega: “escribo un libro y no sabe con qué fe y con qué entusiasmo!” Así entendida, la vocación es algo que está fuera del ámbito de la voluntad, que tan sólo se acoge y obedece.

Desde el comienzo, su relación con la escritura no fue “literaria”. Es algo que se dio *naturalmente*, casi al margen de preocupaciones estéticas e intelectuales. De allí que su obra sea también una de las poquísimas en la literatura venezolana donde se revelan complejidades psíquicas y no sólo técnicas, entre el *yo* que vive, la *persona* que firma y esas *figuras* interiores que conducen, invisiblemente, al escritor.

Ella comenzó sus conferencias colombianas hablando de su vocación literaria en estos términos:

...sólo les puedo decir, que por mucho que la busqué para estudiarla me pasó lo de siempre: no la encontré. A tal punto esa vocación literaria acostumbra perderse y desampararme, que cuando a veces, algún detractor -hay siempre murmuradores que por falta de tacto nos dicen cosas agradables- cuando algún detractor hizo correr la voz de que no era yo la verdadera autora de mis libros, fui la primera en creerlo con bienestar y alegría. Perdida la vocación, me sentía libre de una gran responsabilidad, perdiendo también los libros.

Se trata, pues, de un don impersonal que agradece sin preocuparse demasiado por retenerlo o cultivarlo tesoneramente. Que escribiera poco guarda sin duda relación con esto. Sólo tarde en su vida comprendió hasta qué punto ese don caprichoso que llaman inspiración

necesita de una voluntad que lo sujete. Seguramente fueron muchas las oportunidades que perdió. Pero digamos también que lo intermitente de su vocación la ayudó a escribir sin contradecir su naturaleza y sin dejarse llevar por innovaciones o temas que estuvieran fuera de sus posibilidades.

Ni rebelde ni sumisa

Las biografías se vuelven menos nítidas cuando tratan el tema de la vocación. Más aún cuando se trata de una mujer que se hizo escritora en los años veinte. Para los hombres, la vocación se confunde con el oficio y ambos se vuelven sinónimo de profesión. Para la mujer, la elección profesional no era todavía obligante y podía aceptar de manera más libre y consciente el llamado de su interioridad. Como la sociedad le exigía cumplirse como mujer y no como fulana de tal, gozaba de una libertad y desocupación que a los hombres les estaba, en principio, negada. Esta existencia en segundo plano favorece el contacto con esas fuerzas irracionales que obran “por razones que la razón no conoce”. A diferencia del hombre, para la mujer las trabas surgían con relación al oficio, en el terreno del ejercicio de las profesiones y del reconocimiento público.

Lo dicho permite apreciar mejor la tarea que afronta Teresa después de escribir *Ifigenia*, teniendo que pasar de una feliz obediencia vocacional a los ingratos y arduos trabajos del oficio de escritor. De allí que el aparecer de esta nueva Teresa de la Parra significa, desde el punto de vista de su biografía, un logro mayor: es la señal de cómo su individualidad se ha despegado de la figura colectiva para empezar a trazar su propio dibujo. Ya Teresa no es una de las Parra; ya no es sólo la nieta del doctor Sanojo o la descendiente de Soubllette, ha comenzado temerariamente a existir en la soledad y el desamparo, en el exilio y la precariedad de un ser humano único y singular.

Pero Teresa no llegó nunca, quizá para fortuna de su obra y sus lectores, a convertir la escritura en un oficio y ser una novelista profesional. Quizá, gracias a ello, pudo fundar un ámbito de intimidad con la

literatura misma, inédito hasta entonces en nuestra narrativa. No porque su literatura hable de cosas íntimas, sino porque surge de haber aceptado el llamado impersonal de esas voces antiguas dentro de sí. Su novela *Ifigenia* será vista de manera equívoca, como una denuncia en favor de la “cuestión femenina” de entonces. Esto es apenas uno de los hilos temáticos de la historia, pero en ningún caso agota su tema. La misma novela advierte sobre su “doble fondo” y el carácter irónico y paradójico de esa “denuncia”. No cree Teresa que para escapar de la sumisión sea necesario traicionar los rasgos pasivos, propios de la feminidad; al contrario, insinúa que cuanto la mujer aspira realizar debería hacerlo en conexión con su naturaleza más íntima. Esto la lleva a establecer una lucha con el “yo razonador” donde se localizan las opiniones, las argumentaciones y los juicios, porque sabe que es del intelecto de donde podía llegarle una peligrosa locura en forma de cordura, la sinrazón de su razón. La petulancia de Maria Eugenia Alonso, con su cabeza “llena de cucarachas”, como decía Abuelita, fue la dramatización novelesca de ese conflicto.

Quizá lo dicho nos ayude a calibrar mejor la importancia de su obra y lo interesante de su biografía. Vista en una perspectiva histórica, situándola en las limitaciones de su época, resalta como su mayor logro esa lucha por alcanzar un destino singular. Pero, hoy en día no deberíamos exaltarla por rebelde ni acusarla de sumisa; libres de perspectivismos históricos y simplismos ideológicos, podríamos apreciar cómo su fidelidad al llamado de esas voces ancestrales le permitió leer en una de las zonas mudas o más ciegas de nuestra historia colectiva: el lado oscuro de lo femenino y sus complejos heroicos.

París y esa gloria que **no sabe a nada** (1923-1927)

Vicisitudes de un premio

A finales de 1922 el manuscrito de *Ifigenia* comienza a circular entre los amigos más próximos. Teresa dirá que fueron los comentarios de estos primeros lectores, los únicos que le dejaron algo verdadero: “los demás lectores, los artículos, los elogios, me han dejado muy poco, o mejor dicho, no me han dejado nada”. La edición de seis mil ejemplares de la *Lectura semanal* se agotó enseguida consagrándola como una gloria local. Doña Isabel se enorgullece pero teme que su hija eche a volar. En efecto, a los pocos meses ya están “calentándole la oreja” con la idea de enviar su manuscrito a un concurso en París y viajar hasta allá para mover el asunto personalmente.

A los 34 años está a punto de realizar lo que su protagonista no consiguió: fama e independencia, lejos de esta mediocre realidad. Nada la sujetaba a este país; desligada de la contienda política y sin hijos que criar ni marido que la retuviera, nada le impedía marcharse, puesto que Emilia puede proveer lo que falta: dinero y relaciones para su “lanzamiento” en París. Y como las mujeres decentes no viajaban solas, Emilia va con ella para representarla. El último escollo, la aprobación de su mamá, lo consigue con una razón de peso: tenía cinco años sin

ver a su hermana Isabelita. En agosto de 1923 se embarca en el vapor “Macoris” y en septiembre ya está instalada en el Hotel Terminus, lista para darse a conocer en los ambientes apropiados.

Al parecer fue Alberto Zérega Fombona quien sirvió de intermediario, haciéndole llegar el capítulo de *La lectura semanal* al escritor peruano Ventura García Calderón, director literario de la Compañía Editorial Franco-Ibero-Americana que promovía el Concurso; como los envíos americanos no habían sido buenos, éste prorroga los plazos de admisión para dar tiempo a que lleguen *Ifigenia* y su autora. Ventura confiesa que de haber concursado el año anterior, cuando él fue jurado, su libro habría ganado fácilmente. Ella no demora en saber que de las trescientas novelas en concurso, *Ifigenia* está de finalista; pero una cierta intriga se mueve alrededor del premio. Un miembro del jurado, Gascó Coutel, le dice que “si hay” concurso puede contar con el premio.

Teresa asegura que el escritor español José Muñoz Escámez, director de la editorial y miembro del Jurado, está en contra suya y maniobra para retardar una decisión que debía haber salido en diciembre del 23. En julio del año siguiente se impacienta, siente que le han secuestrado el libro y está dispuesta a prescindir del premio de diez mil francos, siempre que lo liberen para editarlo en España. Finalmente, con casi un año de retraso, sale el veredicto otorgándole el premio. Será en agosto del año 25 cuando *Ifigenia* empieza a circular, bien recibida en el mundo literario hispanoamericano, despertando adhesiones entre las mujeres y polémicas y reproches en las mentes estrechas, misógenas y conservadoras. Como García Calderón, decidido padrino de Teresa, era también el asistente del hispanista Martinenche, director de *La Revue l'Amérique latine*, consigue publicar ese año una carta-comentario de Caracciolo Parra Pérez sobre *Ifigenia*; el cuento “La Mamá X”, traducido por Marius André con el título de “*Christine, enfant naturelle*”, y un elogioso artículo del traductor e hispanista Max Daireaux.

La traducción francesa integral no correrá con suerte, ya que Miomandre sólo tradujo y publicó un par de fragmentos y fue la propia

Teresa quien interrumpió el trabajo “profesional” iniciado por M. André para confiarlo a una “infortunada pareja”, quedando para siempre inconcluso. Años después, Teresa achacaría a la insalubre buhardilla donde vivían sus pobres protegidos el origen de su tuberculosis. Las anunciadas posibilidades de traducciones al inglés y otras lenguas también se frustraron o nunca se intentaron.

Salones y Legaciones

Una serie de equívocos y clichés, como el de Teresa *femme du monde*, han distorsionado su vida en Europa. Muchos suponen que vivió en medio del *tout Paris*, frecuentando salones aristocráticos; otros exageran sus poquísimos contactos con el mundo literario europeo para imprimirle una falsa gloria internacional. Nada más lejos de la verdad. Que su nombre no aparezca en las múltiples crónicas, epistolarios y memorias de los auténticos protagonistas de aquella fiesta que fue París en los años veinte, prueba que Teresa llevaba una vida bastante desapercibida.

Al respecto, conviene recordar lo que ella misma dijo en *Ifigenia*, acerca del refinamiento mundano de María Eugenia, que era sólo intelectual, de estudios, lecturas, teatro... “o de indumentaria: vestidos de *Patou* o de *Lanvin*... el eterno *Guerlain*, etc., etc. Este género de refinamiento [...] lo adquiere en París cualquier muchacha bonita y adaptable si cuenta con dinero, en menos de dos o tres meses”; cambios que están al alcance de los ojos y del bolsillo de cualquiera en la *Rue de la Paix* y en la *Place Vendôme*. Porque, una cosa es darse un aire de “mundo” (porte, gestos, expresiones) que se mimetiza con facilidad paseando por el *Bois de Boulogne* y frecuentando lugares como el *Près Catelan*, el *Maxim’s* o algún balneario *chic*, en Deauville o La Baule; y otra, muy distinta, introducirse en el gran mundo, que es muy pequeño, cerrado y hostil a cuanto se exhibe por fuera: “en París, como en Caracas, como en todas partes, los salones de buen tono están siempre presididos por el espíritu de Abuelita, tan enemigo de que se enseñen las piernas”. Teresa sí tenía la “soltura de trato” indispensable para ser

bien recibida en esos ambientes, pero las ocasiones en que los frecuentó fueron pocas y no le dejaron huellas profundas ni amistades duraderas. No será en los salones sino en las legaciones diplomáticas latinoamericanas donde comienza a brillar. Su belleza, su francés sin acento y su elegante desenvoltura *Parisienne*, aprendida en la escuela de los Guzmán Blanco, fueron altas credenciales que le valen una acogida inmediata en los círculos de literatos y periodistas que frecuentaban nuestras embajadas.

En aquellos tiempos nuestros países buscan borrar su imagen de barbarie acreditando en las Legaciones figuras de cierto brillo intelectual o social, capaces de engranar fácilmente en la vida cultural europea. En esos años el Ministro de Colombia en París es el poeta Ismael Arciniegas y en Suiza está Luis Eduardo Nieto Caballero; el representante de Ecuador es Gonzalo Zaldumbide; Alcides Arguedas es el Cónsul General de Bolivia; Carlos Morla Lynch, antes de ser destacado en Madrid y convertirse en íntimo amigo de García Lorca, está en la Embajada de Chile; el poeta Mariano Brull está en la Embajada cubana; y en la venezolana, como agregado ad-honorem, había llegado el joven narrador Julio Garmendia. Como Simón Barceló trataba de dorar la pildora del gomecismo imprimiéndole a nuestra Legación un tono intelectual y mundano, ayudó gustoso a crear expectativas alrededor de *Ifigenia*, enviando una nota para *El Heraldo de Caracas*, el 25 de junio de 1923, con el título: “Una bella iniciativa, Teresa de la Parra embajadora”. Una vez en París, las reuniones en su honor no se hacen esperar, convirtiéndose en el adorno principal de nuestra diplomacia. Desde Ginebra, su primo, el reconocido historiador Caracciolo Parra Pérez, encargado de negocios en Suiza, y César Zumeta, representante de Venezuela en la Sociedad de las Naciones, se encargan de ampliar el círculo de sus relaciones.

Pero Teresa nunca sostuvo un “salón literario a la moda francesa”, como han dicho algunos. Ni siquiera tuvo piso propio dónde recibir. Ella fue, eso sí, invitada favorita en las numerosas recepciones, homenajes, y otros eventos culturales o sociales, propios de esos medios in-

telectuales diplomáticos. En estos ambientes conoció a Unamuno, quien por mediación de Zaldumbide leyó *Ifigenia* y se convirtió en su público admirador; a Alfonso Reyes, recién llegado de España, amigo también de Gonzalo, y a Gómez de la Serna, quien escribirá luego sobre ella. Pero, con excepción quizá de Valery Larbaud y Jules Supervielle, pocos intelectuales destacados mantenían relaciones con este mundillo de embajadas, frecuentado sobre todo por traductores, periodistas y cronistas de revistas como *Les Nouvelles Littéraires*, y un heterogéneo grupo de escritores de “segunda fila” dentro de los que sobresalía Francis de Miomandre. Era éste un curioso personaje del París de entreguerra, célebre por su dandysmo y por haber ganado el premio Goncourt a los 28 años. Conoció a Teresa a través de Ventura y Gonzalo; seducido por su talento y su belleza, se ocupó de divulgar su obra entre escritores amigos suyos como Edmond Jaloux, Jean-Louis Vaudoyer, Henri de Régnier y Fernand Gregh. Pero, de ser cierto que Miomandre frecuentaba a figuras como Claudel, Cocteau, Gide y Debussy, ninguno de estos nombres figura entre los recuerdos de Teresa, ni el suyo aparece mencionado en sus biografías. La influencia de Miomandre tampoco bastó para publicar algo sobre ella en la *Nouvelle Revue Française*, la publicación literaria más prestigiosa de la Francia moderna, de la que era colaborador.

Su vida de mujer independiente también fue mucho menos atrevida de lo que se piensa. Fuera de sus compromisos sociales, visita, como cualquier viajero, “ordenada y metódicamente todos los lugares, museos y monumentos más interesantes del viejo París”; toma unas clases de dicción con la actriz Marguerite Moreno, que era entonces una especie de vestigio de la *belle époque*; y asiste a charlas en el Louvre o en la *Société des Annales*, para escuchar a escritores que admiraba desde su juventud y que no son, precisamente, los más interesantes en ese momento. Sus largos paseos por el bosque, el Jardín de Luxemburgo o *Les Tuileries*, concluían en un salón de té rodeada de viejos y nuevos conocidos, venezolanos casi todos, que repiten, en otro decorado, la misma música de las tertulias caraqueñas. París es como el gran

foyer de la Opera venezolana, la interminable representación en que vive una sociedad que ella conocía bien: diplomáticos, becarios, exilados, y rentistas, una colmena *à la page* y algo ridícula, que vive de segregar el especializado humor de los *deracinés*.

Días de despecho y ansiedad

“Ojalá este gran dolor tuviera algún día su primavera y su verano: entonces viajaría y escribiría en cualquier rincón sonriente y apacible, todas estas cosas nuevas que me ha enseñado el sufrimiento.” El 14 de mayo de 1924 muere Emilia Barrios. Sabemos que en marzo todavía estaba en París y es probable que volviera a Caracas poco antes de morir. Como, felizmente, a Marc lo habían trasladado a Francia, doña Isabel puede estar al lado de su hija en ese momento y ambas se instalan en casa de María, en Saint Cloud. Todo indica que ignoraba la enfermedad de Emilia, no así lo relativo a su testamento, al que ésta se había referido a menudo, advirtiéndole que Teresa sería su heredera. Las dos noticias llegan juntas sumiéndola en una confusión de sentimientos: casi huérfana por la muerte de Emilia, el dolor se mezcla con la alegría por una herencia que le permitiría vivir en Europa, libremente, sin tener que casarse. De estos meses de duelo queda una serie de hermosas fotografías de Teresa vestida de luto, con el rostro velado como una viuda, paseando con elegancia su tristeza, frente al lago y los parques de Ginebra, donde se refugió para pasar el verano. Esta fue la primera de sus muchas temporadas en Suiza, junto a su hermana Isabelita.

Teresa trata de distraer su pena con excursiones en automóvil desde Ginebra: Annecy, Evian, Montreux, Berna, Lucerna, Lugano. Pero es inútil, hay otras cosas que la deprimen y mortifican: el veredicto del premio que no termina de salir; su hermano Luis, desde Caracas, que insiste en que vaya a ocuparse de la herencia y ella no quiere porque ha dejado pendiente en París algo más inquietante aún: la única aventura amorosa que le conocemos, su secreto noviazgo con Gonzalo Zaldumbide.

Finalmente, en octubre tiene que ir a Caracas para cumplir los desagradables trámites de la herencia, e iniciar un largo pleito de muchos años con Andrés Ibarra, el hermano de Emilia, a quien un influyente y viejo “enemigo” suyo, el general Manuel Antonio Matos, había indisputado en su contra. Sería este pleito, que por decoro no se ventiló públicamente, lo que hizo correr la especie de un testamento “condicionado” a que Teresa no se casara, cosa improbable y hasta impracticable legalmente. En Caracas recibió la notificación oficial del premio y pasa una temporada en Maracay recordando su querida vida de hacienda.

¿En qué consistía “la fortuna” heredada? La casa de Emilia en la esquina de Las Mercedes, alquilada en seiscientos bolívares al mes; seis “casas, casuchas y casitas de los Canónigos, antiguo barrio pobre que está en plena prosperidad”, alquiladas por mucho menos; unas acciones del Banco Venezuela, sobre las que pesa una hipoteca y otras que se venden para pagar el entierro, las deudas de Emilia, el fisco, los abogados y las reparaciones de las casas. En febrero de 1925 Teresa está de vuelta en París, con la seguridad de contar con una buena renta, aun cuando el reclamo de Andrés Ibarra le impedía disponer del capital: “no hay día en que no me pregunte qué habría sido de mi sin la herencia de Emilia que tanto me han envidiado...” Creo no exagerar si digo que después de *Ifigenia*, esta herencia fue el acontecimiento más importante en la biografía de Teresa.

...este divino París

El hotel es la imagen que permite comprender la clase de libertad que buscaba en París. Antes que irse de su casa, quería librarse de tener que hacer casa en algún lado. No la mueve un afán de rebeldía sino la ilusión de vivir sin amarras. En los años veinte, el hotel era todo un estilo de vida; el vivir cosmopolita por excelencia. Nada que ver con la vida de rebaño y los mezquinos cuartos de hoy. Entonces el hotel proporcionaba menos molestias y más comodidad que una casa. Una legión de conserjes, mucamas, *garçons*, y *valets* estaban al servi-

cio del huésped, conocían sus hábitos y complacían sus caprichos. Basta con pagar la cuenta a fin de mes para que una mano invisible se ocupe de resolver los mil problemas fastidiosísimos de la existencia cotidiana. Esta imagen del hotel se prolonga en la vida que llevaba en casa de sus hermanas, donde ella y su madre siempre tuvieron un cuarto disponible.

Ya sea en la villa de Vevey, en Suiza, o el Boulevard Victor Hugo de Neuilly, con Isabel; ya sea en Saint Cloud o en Suresnes con Marc y María, Teresa vive como un huésped. Para ella, independencia significa no sentirse entrapada por las pesadas coordenadas de espacio y tiempo que rigen el principio de realidad. La vida de hotel le hace posible ese vivir de paso, siempre provisional, libre de entrar y salir a su antojo, como eterno huésped no sólo del lugar sino del tiempo. Y se engañan quienes imaginan una Teresa viajera. Sus viajes no fueron muchos y recorrió muy poco mundo. Más bien, iba y venía entre los mismos sitios: de Suiza a París; del hotel balneario en Bretaña o la Costa Azul, al hotel Vernet de París; de casa de Isabel a casa de María. No vivía viajando, pero vivía como de viaje. Como nunca llegó a habitar el mundo que la rodeaba, su cosmopolitismo no toca el alma.

Por lo que dice a Clemencia Miró en una carta del año 35, vivir así, en una perenne disponibilidad, terminó por cansarla: “cuando se vive en hotel, la voluntad se anula y nos sentimos en plena disolución, sin saber dónde anda el yo ni qué quiere”. Uno de los mayores misterios de la Teresa adulta tiene que ver con su voluntariosa lucha contra esta sensación de *disolución*. ¿No será esto un llamado de su alma colonial pidiendo “claustro”, temerosa de dejarse arrastrar por el afuera y como indefensa ante el llamado “disolvente” o el rapto de una fuerza seductora que ella personifica en París? Porque a poco de haber llegado, ella parece ponerse en guardia ante lo que esta ciudad le ofrece de verdaderamente nuevo, perturbador y hondo: “París es la dispersión, por todos lados influencias que me estorban cuando no me perjudican en el sentido más serio, el de la fe”.

Cuando afirma irónicamente su frivolidad y menciona: el agotador “calvario empinadísimo de las casas de moda”, su “completo ayuno de literatura”, el que abuse un poco “del baile en los *dancings*, de los tacones de siete centímetros, de las *cloches* muy ceñidas a la cabeza y de los vestidos *fourreau*..” parecería, más bien, que se estuviera vacunando inconscientemente contra la embestida de la ciudad. En el fondo, se está defendiendo del *mal de París*, de sus flores del mal y sus rilkeanas ahogadas en el Sena, de todo aquello, en fin, que podía deshacer la trama de esa “fe” donde se atrinchera su alma todavía infantil. Las imágenes que emplea en una carta que le escribe a Alfonso Reyes, en mayo de 1927, hablan por sí mismas: “Creo que este divino París, morfina o alcohol del alma, nos hace mal, no por lo que nos quita de tiempo o de dinero, sino por lo que nos da de realidad y nos roba de ensueño. Como la ley seca, la ausencia de París es triste pero saludable.” ¿A qué le temería más, a los agrados superficiales de París, la “vanidad de los trapos” y las casas de moda, o a esta “divinidad” parisina que somete su alma dionisiácamente, *dándole realidad y robándole ensueños*? Creo que París fue algo así como la continuación de Zaldumbide por una vía mucho más peligrosa. Es la ciudad más seductora del mundo y por eso fue también para ella la más temible. Con el tiempo simbolizó el lugar donde no le fue posible escribir. Y los diez años que pasó en París, son años que pasa huyendo de París.

Teresa y la modernidad

Teresa de la Parra no vivió aferrada al pasado, claro que no, pero tampoco tuvo afinidad con la nueva sensibilidad que surge en Europa a comienzos de siglo y cambiará los cánones expresivos heredados: cubismo, futurismo, expresionismo, todo el vértigo de las vanguardias artísticas es apenas la espuma del mar de fondo que acabó con el estilo elegante y sugerente de la *belle époque*. Teresa ha cultivado su modernidad a distancia; vagamente iniciada por los autores simbolistas, siempre se mantuvo recelosa ante los ambiguos triunfos del progreso. Consciente de su inclinación por valores en decaden-

cia, no se deja llevar por los nuevos credos: “Hay en todo eso, a mi entender (me refiero a las pseudo-nuevas sensibilidades) mucho snobismo, mucha originalidad forzada anti-original.” No es mero prejuicio, hay algo más hondo en su carácter que le impide acoger y aprender de la modernidad.

Ella, tan dispuesta a seguir los caprichos de la moda, como el pelo corto y los cigarrillos, el automóvil y las ropas ligeras, no acepta la progresiva “deshumanización” del arte. Fiel a sí misma, se niega a aplaudir lo que no entiende: “Yo soy un poco impermeable a todo eso. Me encanta el buen pan nuestro de cada día y me gusta caminar entre la multitud gris, del brazo de *monsieur tout le monde* que tiene un admirable buen sentido y es reposante.” En la “advertencia” de las *Memorias de mamá Blanca* afirma irónicamente que esta época se dedica a “matar al pensamiento con la fuerza hercúlea del pensamiento”. Pienso que el ingenio se consagra ahora en “obras de esplendor hermético” que nos obligan a forcejear para llegar a ellas y al final sólo pueden ofrecernos “un punto de interrogación suspendido en el vacío”; “con la dulce satisfacción del deber cumplido [...] vestida de humildad y sedienta de fe”, confiesa haber recorrido las exposiciones cubistas y las antologías dadaístas, pero, “como en la sesiones espíritas [...] no he visto ni oído a mi alrededor sino la oscuridad y el silencio.”

Si bien es cierto que la pintura y la poesía moderna no le gustaban, sí consiguió acercarse al movimiento de renovación teatral que a partir del simbolismo revolucionó el arte escénico. Seguramente aplaudió con entusiasmo a Dullin, Jouvet y los Pitoëff, en sus interpretaciones de Claudel, Giraudoux y Pirandello; y le habrá encantado el célebre montaje del *Train Bleu*, donde Diaghilev juntó en uno de sus últimos ballets la música de Milhaud y la fantasía lírica y plástica de Cocteau y Chanel. Cuando en Madrid, el año 35, admira la *Fuenteovejuna* de La Barraca y *Yerma* de García Lorca, deja ver que no era tan anti-moderna, particularmente cuando critica los actores por “gritones y declamadores -especialmente la Xirgú”, por sus “miradas melodramáticas a lo Echegaray” y agrega: “no me parece peor que lo académico fran-

cés.” Lo que Teresa rechaza es la manera en que el hombre ha comenzado a mirar su propia barbarie, que el arte remonte la corriente en busca de esa fuerza inédita y perenne de lo primitivo. Ni el coqueteo surrealista con el inconsciente, ni el humor absurdo, ni la crudeza de lo irracional, podrán penetrar la crisálida virginal de su mundo emocional.

Vicisitudes de la fama: Teresa *pica-pleito*

Desde que está en París se siente *un peu grisée* (algo mareada) por el éxito y sufrirá doblemente los “daños colaterales” que esto acarrea. A su natural carisma, esa mezcla de gracia, belleza e ingenio, hay que añadirle ahora el éxito literario del libro y del premio. En este terreno ella libró una batalla singular de la que pocos artistas salen airoso. Que su persona fuera objeto de atenciones, y su *succés* y “brillo” social, los halagos de unos y la envidia de otros, es algo que siempre le agradó y supo sobrellevar con elegancia y sin esfuerzo. Mucho más difícil le resultó la fama literaria.

Cuando, después del éxito de *Ifigenia* escribe: “hoy me interesan casi más las críticas que los elogios (...) le temo más a los elogios que a la censura”, es porque ha descubierto que los aplausos no le enseñan nada, que son peligrosísimos porque la alejan de sí misma. Descubre que exaltar y criticar son dos caras de la misma moneda y no duda en reconocer que “la más peligrosa es la de rostro más amable”, porque de lo desagradable se puede aprender o huir, pero de la gloria no: “la gloria se me antoja ahora parecida al maná: es un gran favor, viene del cielo ¡y no sabe a nada!” En una carta a Benjamín Carrión agrega lo siguiente: “Yo he tenido muy a menudo esa tristeza y esa humillación: sentir que me elogian por lo trivial, por lo de escaso buen gusto y mucho efecto, por lo que quisiera no haber escrito. Esa humillación es peor que el ataque injusto, el cual nos hace reaccionar y nos da confianza en nosotros mismos”.

Entre 1925 y 1926, alrededor de *Ifigenia* se ha suscitado una suerte de polémica. Pero las objeciones no son literarias; la mayoría son vo-

ces conservadoras, más o menos radicales, indignadas por la filosofía emancipada de la protagonista, o por lo que consideran una burla a los fundamentos sagrados de la sociedad. Casi todos confunden a la autora con su personaje y son incapaces de apreciar la ironía con la que deja ver que su heroína “no se conoce” y está siendo gobernada por fuerzas inconscientes más poderosas y sutiles que su retórica rebeldía. No es la primera vez que un escritor levanta roncha en una sociedad aldeana que se siente irrespetada por haber servido de materia al novelista. Ignoran que el artista no copia literalmente sino que “anima” esos pedazos de realidad, y cada personaje es como una emanación de sí mismo. Fue así como *Ifigenia* comenzó a gozar de una fama inmerecida como abanderada de cierto feminismo. Lamentablemente, lo que había en ella de crítica social perecedera fue opacando la como obra de arte, única y perdurable.

Después de publicado el libro, declaró que *Ifigenia* era una hija ya emancipada, cuyo éxito le interesaba cada día menos; pero según van apareciendo los comentarios adversos, emprende su decidida “defensa” y le confiesa a Enrique Bernardo Núñez, que a pesar de considerar estériles las discusiones, es “muy pica-pleito” cuando se trata de escribir: “yo misma no me reconozco”. Escribió entonces una serie de artículos “polémicos”, con tanta gracia y tanto ingenio, que leídos hoy, conforman una especie de moral crítica, única en nuestra literatura. El conjunto lo forman dos tipos de escritos: cartas firmadas por ella o por su personaje, con el fin de aclarar malentendidos, y artículos “peleones”, donde ataca a sus detractores. En el primer grupo está la magistral carta de María Eugenia a don Lisandro Alvarado, la carta de agradecimiento a Unamuno por sus elogios y consejos, y su respuesta a las respetuosas críticas del colombiano Eduardo Guzmán Esponda; al segundo pertenecen sus dos réplicas al panfleto anónimo que el Dr. Ignacio Vetancourt Aristeguieta, secretario de la legación venezolana en el Perú, hizo circular por las embajadas de manera anónima con el seudónimo de Carlos Villena.

Según fueron apareciendo las críticas, Teresa se distancia afirmando que el único público que le interesa es el de Caracas: “lo demás es vanidad, y si en París me he apegado un tanto a la alegre vanidad de los trapos, cada día, en cambio me despego más de la vanidad literaria. La encuentro lúgubre, incómoda y llena de responsabilidades.” Al igualar la vanidad literaria con la más frívola de las vanidades femeninas, “los trapos”, su ironía ha hilado fino. Como nunca despreció la importancia de “los trapos”, no se trata de un juicio moral. Su comparación es más sutil porque agrega que la vanidad literaria, siendo tan pasajera como un vestido de moda, es más peligrosa porque acarrea incómodas “responsabilidades”, como tener que mantener un prestigio y, peor aún, ser víctima de las proyecciones de los demás:

Felizmente que en lo que me concierne he descubierto ya que no existe en la vida carga más abrumadora y más cruel que la de sostener a todas horas un prestigio cualquiera, sobre todo, si dicho prestigio es de orden moral. Por lo tanto aprovecho complacidísima la ocasión de descanso siempre que se me presenta, y declaro al momento a mis intelectuales amigos o amigas que yo tampoco creo nada en mí misma.

En la carta a Unamuno, Teresa confiesa cómo al perder la vanidad de creerse la autora de *Ifigenia*, quedó libre de censura y de elogios directos y tuvo la sensación reconfortante de “haber escrito”. Ese desdoblamiento es a la vez una forma de humildad. La única humildad que conoce este oficio. Así, desdoblándose como el torero frente al toro en la suerte de varas, pudo observar *como si no fuera con ella*, cómo y por dónde entra el daño de la fama.

Teresa reaccionó con casta ante la pica del éxito y las críticas contribuyeron indirectamente a un cambio notable en lo que escribió a partir de entonces. Lo verdaderamente valioso de *Las Memorias de Mamá Blanca* no está, como muchos creen, en el lenguaje, sino en la nota *pica-pleitos* con que, en sordina, condimenta cada episodio, convirtiendo esta supuesta fábula idílica en una aguda parodia. No creyendo en sí misma, consiguió moverse, sin lastimarse demasiado, en estas

aguas traicioneras donde la envidia y la fama van de la mano. Al no identificarse con la crítica o el aplauso, pudo aprender de ambos. Y allí donde la mayoría de nuestros autores moralizan con principios o escandalizan con confesiones, ella se aparta y se observa. Tampoco negó cuánto la afectaba la opinión ajena, pero supo recibir el aplauso o la crítica con la naturalidad y la coquetería con que una mujer bonita recibe un piropo o un reproche, de modo que elogios y reclamos se quedaban en la esfera que les correspondía, la de un asunto “social”, sin invadir su intimidad.

*Teresa de **mi** alma*

En un sobre sin nombre Teresa recibe un recorte sin importancia, acerca de un autor que no le interesa: es un aviso; dentro de tres días, otro sobre la espera en la oficina de correos con una carta de Gonzalo. Desde que está en Madrid esta es la forma en que se escriben. La lejanía mantiene una intimidad a toda prueba. Parece que la clandestinidad a que obligaban la delicadeza y el respeto hacia los otros, porque Gonzalo está casado y Lydia es muy celosa, afincó aún más entre ellos un sentimiento único. Atracción, amor, amistad, admiración, todos estos nombres resultan demasiado gastados para describirlo. Lo importante fue aquello que los unió a pesar de los obstáculos, las reticencias, las indecisiones, las cobardías, los malentendidos y la mala suerte. Podemos comprender las razones que ellos y las personas que “sabían” tuvieron para mantener el secreto. Casi veinte años después de la muerte de Teresa, Díaz Sánchez, el primero en esbozar su biografía, conversó con testigos de lo que eufemísticamente llamaban “mutuo embeleso”, “pequeño drama nada fugaz”, hasta que el propio Zaldumbide lo confirmó todo: “Teresa fue la mujer que más profundamente he amado yo en mi vida. Su recuerdo no tiene en mi memoria sombra alguna que la empañe o la altere... todo lo perdona-

ba porque todo lo comprendía.” El escritor Eduardo Avilés Ramírez, testigo del romance, asegura que iban a casarse y no pudo ser “por mil razones difíciles de explicar”. Pero quizá, en las pocas cartas que quedaron, en lo que se dijeron y lo que callaron, podríamos tratar de recrear el contorno y la intensidad de aquellos sentimientos.

Fiançailles en París

Gonzalo Zaldumbide, como Teresa, lo tenía todo para seducir y brillar en los ambientes literarios y diplomáticos: además de linaje, cultura, inteligencia y elegancia moral, era muy apuesto. En 1923, cuando se conocen, lo acaban de nombrar Ministro Plenipotenciario en Francia y ya tenía un respetable renombre como crítico y narrador. Su amigo Alfonso Reyes le llama “el exquisito ecuatoriano”: su fama de hombre galante, muy bien ganada al parecer por sus muchas conquistas, no empañaba su hidalguía natural. Tenía entonces 40 años, estaba soltero y llevaba un tren de vida señorial, con dos sirvientes y una cocinera, en su apartamento de la Av. Elysée Reclus, a unos pasos de la Tour Eiffel. Un aire de gravedad y melancolía estorban sus dotes de seductor. Después de un *flirt* de varios meses, nada parecía entorpecer un romance que empieza seriamente en julio de 1924; nada salvo quizá los caprichos del carácter, siempre emboscados en el último rincón de “las circunstancias”. Los hechos posiblemente ocurrieron así.

Teresa era una señorita bien y no andaba de su cuenta en París. Para aproximarse, Gonzalo debió ir con tiento y preparar encuentros “casuales” en alguna conferencia, en un café, en la casa de una amiga en común, hasta que al fin pudo invitarla a cenar, siempre con alguien más. Así transcurren algunos meses del año 23 y comienzos del 24. Pero cuando Teresa viaja a Ginebra, en junio, ya se escriben. Maestra en coquetería por cartas, sabía cómo seducirlo de lejos, diciéndole cosas así: “A usted no puedo llamarlo, como me dice, porque no me oíría: está siempre tan lejos!”; luego le anuncia su llegada diciendo “necesito irme a vestir a París (no se asuste, no estoy desvestida, sino mal vestida cosa que es peor)”. Entonces todavía lo trataba de usted pero

cuando vuelve a Suiza, en agosto, el tuteo con “Lillo” ha comenzado. El noviazgo, llamémoslo así, se celebró de manera íntima en el apartamento de Gonzalo con una cena de *fiançailles*. Por carta ella le confiesa su preocupación por lo que haya podido ver Eduardo, su *valet*.

Es posible que Isabelita les cubriera una escapada de “seis días inolvidables” que comenzaron en Bordeaux, después de un largo paseo por los *quais* de la Garonne y un “touredos diplomate” en el *Chapon fin*, el templo gastronómico de Joseph Sicard. Siguieron a Bayonne y por último, se detienen en el pueblito de Guéthary, al lado de San Juan de Luz, donde la esperaban María y su mamá. Gonzalo se hospeda a pocos kilómetros, en Biarritz. Por cablegrama ella le avisaba sus visitas. A los quince días de estar allí le escribe una carta, insinuando una rara distancia; la dirige a su *seducteur*, ése que “tiene el don de ponerme a llorar de dulzura y de nostalgia” y continúa diciéndole:

Leerás estas palabras con tu mirada ausente y hundida en su más allá, y no las comprenderás [...] entretanto sigo yo con mis regrêts auestas y tan, tan solita dentro de mi alma. Tú no estás en ella, te puse en una silla para que te sentaras y hace ya varios días que ya ni siquiera la silla veo. Siento el más profundo desprecio por esa cosa que llaman amor, que es brutal y salvaje como los toros del domingo, con los pobres caballos destrozados. No quiero sino ternura, eso que tú crees que yo no conozco y en lo cual soy maestra especialista imposible de equivocarse ni engañar [...] yo pienso sin cesar en esta historia nuestra que no comprendo todavía. Tengo en general, como diría María, miedo a ti y horror a los demás hombres ¡Ah, si supieras quererme con alma de mujer! Me bastaría con el alma y prescindiría del cuerpo.

Por primera vez -a los 35 años- un hombre ha entrado en su vida y le tiene miedo; se siente “caballo destrozado”, asustada por la violencia con que siente la fuerza tremenda de *Eros*, llamémoslo así para no confundirlo con la imaginería dulzona de Cupido. Este será el primero y quizá el principal de los obstáculos que tuercen el curso natural de este romance que apenas empieza.

En septiembre, justo antes de irse por tres meses a Venezuela, al día siguiente de su último encuentro, ella arranca la hoja de un libro para escribirle: “como de costumbre estoy pensando en tí: Guéthary, luego será Bayona, todos nuestros queridos pueblos de amor y automóvil [...] cómo me alegro de nuestra salida, sin ella me hubiera embarcado con impresiones tristísimas.” Como Gonzalo le había regalado su sortija para sellar el compromiso, antes de embarcarse se la regresa con María, porque “no estaba bien aceptarla”. En Caracas, Lola Ibarra se la traerá de vuelta.

Lillo mío querido

Cinco cartas le escribe desde Venezuela. A pesar de reiteradas muestras de amor, tales como este augurio: “¡Felices pascuas! Que el año que viene nos reuna en cualquier sitio para siempre [...] ¿Por qué me dices que podría no encontrarte en París? ¡Qué horror! ¿A dónde podrías irte?”, a veces surgen unos *regrêts* que tienen nombre. Es el fantasma de Emilia creando dudas y distancias:

he observado que a medida que pasa el tiempo tiene menos fuerza tu amor para vencer este drama mío de tristeza y soledad. No sé a qué atribuirlo. Será tal vez que mis once años de amistad con Emilia siendo ya una costumbre, arrolla nuestro mes de amor que volviéndose pasado es débil y fácil de vencer. Esperemos que al hacerse de nuevo presente, con la fuerza de la realidad, habrá de triunfar de todo. Es lo que deseo ardientemente porque no quiero sufrir, ni vivir este martirio de las añoranzas.

La carta siguiente reboza buen humor:

al abrir el periódico encontré la noticia de que el Gobierno del Perú te había invitado junto con otras cumbres hispanoamericanas, al centenario de Ayacucho, como yo también aunque no lo sepas estuve a punto de ir, no sabes lo que acabo de divertirme en pluscuamperfecto de subjuntivo (hubiéramos, habríamos y hubiésemos... ¿es subjuntivo?) pensando cómo la habríamos corrido en Lima.

Vendrán luego días de guayabo: “Aquella comida de *fiançailles* nuestras, con los días de antes y todos los de después, vistos desde aquí me parecen fantásticos, con qué naturalidad los veía yo entonces [...] triste y llena de tí, tu viuda te escribe en la inmensa cama desierta...” Y, por último, desde Maracay, paseando por los potreros, o la laguna, le escribe una carta imitando la de *Ifigenia* desde San Nicolás:

Yo, como lema de sortija, y de tu sortija, “canto mientras espero” y no espero sino tú [...]. El canto que entretiene mi terrible impaciencia es también el canto de tu amor que veo y miro y siento en todos lados, lo mismo en el encanto del río que en las escenas virgilianas de las vaqueras [...] tú, tú y siempre tú hasta en el amor o en el deseo que se levanta a mi paso! la misma carta de María Eugenia que escribí mientras esperaba, en pleno presentimiento, tu llegada.

No hay lugar para citar más de esta correspondencia, donde es evidente la enorme confianza que se tenían para contarse aún los pormenores más íntimos, familiares y financieros.

Un matrimonio por pereza

Cuando vuelve a París se reanudan los encuentros. Es evidente que a pesar de sus cambios de humor, el vacío que dejó Emilia lo ha llenado Gonzalo, y digan lo que digan, él será el hombre de su vida. Pronto en Caracas corren los chismes, pero Teresa los desmiente: “nada de instalaciones, ni de matrimonio; a correr, a errar, hasta que me rinda el cansancio y vuelva quizá a escribir.” Así transcurre el año 25.

Sabemos que en diciembre Teresa viajó a Saint Moritz con Isabelita y que entre febrero y marzo del año 1926 estaba en la Costa Azul, cerca de Niza, en Saint Jean les Pins, con casi toda la familia, para bautizar a su ahijado Boris, el primogénito de María y Marc. Mientras tanto, el 18 de marzo, Zaldumbide se casa, sin celebración alguna, con Isabel Rosales Pareja, hija del Consejero Financiero de la Legación de Ecuador. No sabemos desde cuándo se conocían ni cómo sobrevino la decisión del casamiento. Isabel, además de bonita, también pertenecía a

una de las viejas familias terratenientes de Ecuador. Parece que pocas horas antes de la boda Gonzalo esperaba una sola palabra suya para no casarse. En una carta del año 28 le dirá: “Ya sabes: soy un sofisma inacabable de pereza. Mi matrimonio, te lo dije en fórmula que no sabes hasta qué punto es cierta, fue pereza. Mi desgracia, pereza...” ¿Para qué especular? Las palabras lo dicen: se juntaron el miedo de ella a “instalarse”, a “casarse” y la “pereza” de él para evitar o deshacer un compromiso. Ella echó a *correr* mientras él, cansado quizá de intentar atraparla, se dejó coger *perezosamente* en una relación que seguramente le daba una mayor estabilidad en su carrera política. Pero a los pocos meses del casamiento volvieron a encontrarse, ahora con un ímpetu mucho mayor: “...te miro, te abrazo, te beso, te suelto, vuelvo a mirarte, abrazarte, besarte, y así hasta cuando me contento de estar inmóvil a tu lado, bajo el amparo indestructible de tu amor”. Cosas así le escribe Gonzalo casi a diario. Las cartas de Teresa le llegan antes de comer; luego “con el pijama bajo el paletó” y con sus “cuatro renglones, flojos tentáculos que no bastan para aprisionarte”, se escapa para franquearlos antes de la media noche. Ha comenzado el verdadero romance, el de las imposibilidades, las promesas, la espera y las separaciones; el que llena la vida de aventura a pesar de las desilusiones, las heridas, las sospechas. Podría pensarse que la suerte de su *Ifigenia* la persigue, pero el parecido es superficial. Teresa no es una muchacha casadera a la que un supuesto novio ha despreciado por interés. Ella ha rehuído siempre el matrimonio y ahora que ese peligro está conjurado, responde abiertamente y sin temor, pero su entrega nunca será completa. A lo mejor por eso alienta una pasión cada vez mayor en Gonzalo, a la que responde con esperanzas siempre pospuestas, unos cuantos encuentros clandestinos y muchísimas cartas. Lástima que no hay espacio para comentar en detalle este accidentado epistolario, donde se ve cómo la escritura fue capaz de fundar y trabar una relación entre seres tan afines y caracteres tan opuestos. “Esos cuatro años tan especiales”, como dirá ella un año antes de morir, se prolongaron en verdad hasta 1930, cuando Zaldumbide es en-

viado en misión a Washington. Las cartas de Gonzalo, esperanzadas o melancólicas, se mantienen igual de apasionadas, las de ella no: se van espaciando, se vuelve más esquivia, pero si bien el ardor disminuye, el afecto no.

Teresa es libre de ir donde quiere, viaja a España con Isabelita en el año 27, acepta invitaciones para pasar temporadas como huésped en el cortijo de la Infanta Paz, en España; también fue un par de veces a Varennes, al castillo de Pelabou, invitada por los barones de Fouquier para partidas de caza en otoño. Pero no todo son diversiones mundanas, de repente le fastidia la gente y se encierra en Vevey, casa de Isabelita, en Suiza, para leer y escribir, muy lentamente, su próximo libro. Pero siempre, con la distancia, se renueva la falta de Gonzalo: “Mi Lillo querido...estaba tristísima, me dolía tu ausencia de veras, y tu carta me alivió el dolor.[...] Voy a confesarte que en los primeros días de llegar aquí no sentí que me hicieras tanta falta.” A los 38 años, parece una quinceañera:

Escríbeme dos palabritas siempre que puedas. No sabes cómo se parecen a tus besos lindos. Es más largo ese beso de los ojos con tus palabras escritas que el de los cuatro labios, y me dejan a mí un rastro más pegajoso que el del rojo de Guerlain, que por lo menos se quita con jabón y agua. Tu rojo no se me ha ido Lillito desde anoche, y voy a decírtelo hoy en un telegrama que llegue antes que la carta. No estés triste: piensa que cuentas desde lejos, siempre, siempre, con el calor y el cariño y el perdón diario de tu fiel y tu amorosa Teresa.

La comedia de la Habana del año 28

Así transcurren los primeros dos años de amores clandestinos. Pero al tercero, en 1928, Gonzalo se impacienta, quiere separarse y no halla cómo. La vida diplomática de entonces no perdonaba ese tipo de cosas, menos aún en países como los nuestros, donde adquiriría carácter de escándalo si involucraba a familias de prestigio. Gonzalo pone sus esperanzas en una separación de mutuo acuerdo y resuelve provocar una crisis que acabe con su matrimonio. Teresa, enterada de todo, ac-

cede al complot. En marzo del año 28 él debía asistir a la VI Conferencia Internacional Americana; ella aprovecharía una invitación a La Habana para encontrarse con él en Panamá. Luego, él viajará a Quito y ella a Venezuela y regresarían juntos a París. En Quito él intentaría resolver su situación familiar y financiera, para poder vivir en Francia sin depender exclusivamente del cargo. Teresa, por su parte, quiere resolver el pleito con Andrés Ibarra para disponer libremente de su capital y así poder casarse. Gonzalo cumple su parte y le escribe a su mujer planteándole la separación. Pero el encuentro no se dio y el regreso juntos tampoco. Teresa se retrasó en Cuba, él la esperó hasta el 24 de marzo, perturbado por los celos y los comentarios que escucha sobre Teresa en La Habana, porque esta vez la maledicencia no tiene nada de *gentil*: unos la consideran “chiflada”, otros “pretenciosa” y Gonzalo, desde el barco ya rumbo a Quito, le pide que se cuide del qué dirán y le reprocha su silencio: “necesito pensar en lo que eres para no pensar en lo que haces”.

¿Cuál fue esa *comedia* de La Habana de la que habla Gonzalo en una carta? El poeta Mariano Brull, de la embajada cubana en París, invitó a Teresa para asistir el 8 de marzo de 1928 al VII Congreso de la Asociación Prensa Latina, que se celebraría en La Habana. La presencia de numerosos escritores le daría cierto lustre intelectual: Miguel Angel Asturias, por ejemplo, estaba entre los asistentes. El Congreso, como todos los de su especie, no tuvo ninguna trascendencia. Lo más notable fue un suceso del que Teresa quizá ni se enteró: en complicidad con Brull y el poeta Robert Desnos, que le presta sus papeles de identidad, Alejo Carpentier consiguió huir de Cuba burlando la policía de Machado y marcharse a París.

Pudo ser que Teresa “perdiera la brújula”, como dice Gonzalo, por el exceso de halagos y triunfos mundanos que la rodearon durante la travesía. Coqueta e irónica, debió despertar envidias y provocar comentarios; también parece que se deja impresionar por una cuerda de literatos de dudoso relieve, que integraban la delegación francesa, a la que considera “verdaderamente exquisita”, formada por “la élite

de la inteligencia y del *esprit français*"; quizá coqueteó con Maurice de Waleffe, quien presidía la "exquisita delegación" y se le había declarado varias veces. Una carta que escribe a su madre es bastante elocuente al respecto: se ufana porque "soy yo quien preside diariamente los cocktails", porque la llaman "*la princesse du bord*" y porque sus toilettes son "un gran éxito a pesar de que Mme. Reboux no se viste sino en casa de Lanvin". Cuando finaliza el Congreso evita volver a Francia con el grupo, montando una comedia: se hospeda en casa de la madre de Lydia Cabrera y deja correr el rumor de que Machado, loco por ella, le impide salir de Cuba y le ha propuesto matrimonio.

Una vez en Caracas le escribió a Gonzalo: "amor, veo a través de las noticias, como ví en Cuba a través de tus detestables amigos, que las cosas quizá no podrán ser". Pero en la carta siguiente su estado de ánimo es otro:

Hoy todo el día has estado en mi pensamiento. No ceso de pensar de qué distinta manera te quiero de lo que te quería cuando vine a Caracas hace cuatro años. ¡Cuánto pero qué mal te quería entonces! Cuán nouveau riche del amor era. Ahora lo que me da mayor gusto es pensar que en el tumulto de personas que he visto pasar en todo este tiempo no hay nadie con quien pueda establecer por asomos el acuerdo que tengo establecido contigo. Te soy fiel por impotencia como una vieja de 75 años, el amor con su inquietud de ansias y deseos se ha extinguido en mí. Estoy blasé Lillo, en Caracas no me atrae ni el deseo de gustar, los elogios me aburren mortalmente.

Es como si Teresa hubiera vuelto en sí y acusara el malestar de esos días en que se dejó arrastrar por la frivolidad del ambiente, quizá también resiente el efecto de las imprudentes declaraciones que dio al *Diario de la Marina* en Cuba sobre las bondades del gobierno de Gómez, y que tan duramente criticaron los venezolanos que adversaban la dictadura. Todo esto, creo, la llevaron a apartarse bruscamente de la gente y refugiarse de nuevo en Gonzalo y sus planes:

¿Cuándo llegará el día de mandar al diablo literatos y políticos para vivir mansamente, dulcemente, en esa patria doble que sería nuestro matrimonio en Francia? ¿Cómo andarán las cosas por tu lado? A veces me decepciono, luego vuelvo a reaccionar. Al diablo mandaría todos estos proyectos si no me sostuvieras tú. Para mi sola basta con lo que tenía, con lo que tendré si no tengo éxito. Contigo es otra cosa, todo me parece poco, todo inseguro.

Pero le dice también: “hay maternidad en mi cariño, además de tantas otras cosas”. Sin duda, esta nota *maternal* no combina con la empresa que tienen por delante, mucho menos con ese “mi amor, mi alivio, mi pena, mi todo” que es ella para un Gonzalo desesperado, que le grita: “la zozobra de una nueva liberación fallida me entristece como a un prisionero la vuelta después de la fuga a su prisión”, porque su mujer no quiere separarse y deben mantener indefinidamente esta espera clandestina, llena de cartas y cablegramas.

Ese miedo a cometer una tontería

Cuando Teresa se marchó de Caracas a bordo del “Flandre” a mediados de junio, vía Panamá, rumbo a Francia, hizo escala en Barranquilla donde declaró a un periodista que le pregunta sobre el matrimonio:

es una cuestión... trabajosa. El ideal de la vida es el matrimonio. La mujer va a él siempre con la idea de mejorar. El egoísmo de estas épocas complica el problema... Si nos casáramos con un millonario tendríamos los millones... pero ¿el amor? Y da miedo cometer una tontería que tendríamos que arrastrar toda la vida. En una sesión habida en La Habana, adonde fui como delegada, al congreso de la prensa latina, leí páginas en elogio de la mujer de hogar. Y hubo quienes me tacharon de insincera.

¿Qué será ese “egoísmo” que lo complica todo *ahora*? ¿Se refiere a la independencia de la mujer, que ahora, además de la seguridad de los “millones” aspira también al amor? Pero es obvio que el matrimonio, esa “tontería” que tendría que “arrastrar toda la vida” le da miedo; eso

al menos queda claro y permite comprender mucho de lo sucedido entre ella y Gonzalo de allí en adelante.

En julio de ese año, Teresa pasó unas semanas en Munich y Bayreuth, invitada por la Infanta Paz al Festival wagneriano; se queda luego en Vevey, hasta octubre, y vuelve a París para arreglar un estudio a su gusto, en la nueva casa de Isabelita, en el 84, Boulevard Victor Hugo de Neuilly. A todas éstas, Gonzalo pasa una larga temporada, “preso” con su mujer, en el Grand Hotel Continental de La Beaulieu. Pero desde allí le cablegrafía casi a diario, firmándose Guadalupe, le escribe desde el Café de l’Océan, y ronda el Hotel Splendid esperando respuesta, hasta que un portero cómplice le hace la ansiada señal convenida. Al fin, consiguen estar juntos por cuatro días en el hotel Pont Royal. Gonzalo reboza felicidad: “Me vine tan lleno de tí que fue como si no te dejara”.

El 30 de agosto, Isabelita se casa y Gonzalo cablegrafía: “ruégote presentar Isabelita votos augurios cariñosos. Seguiremosle ejemplo.” Hay que decir que Isabel llevaba tiempo separada de Duarte y vivía con Alfredo Lanser. Como decían sus amigas: “Lanser era belga, riquísimo y la adoraba”, pero como un divorcio era visto como una catástrofe y la madre de las Parra era especialmente severa en estas cuestiones, se comprende que Isabelita se exilara en Suiza para burlar su vigilancia y huir de los comentarios, mientras conseguían formalizar su relación.

Cuando en septiembre envían a Gonzalo en una misión diplomática a Washington por tres meses, él decide aprovecharlo como una oportunidad para intentar nuevamente la ruptura, esperando que Teresa lo siga. Con toda sinceridad le advierte que por razones políticas, el traslado podría perjudicarlo, lo que supondría tener que vivir en otra parte: “siendo evidente que perdido el puesto, al quedarme sin nada, mi refugio en la libertad serías tú; pues nada quisiera recibir de otro lado. *Vámonos juntos*, mi amor y *no volvamos!!*”. Teresa, siempre esquivada, le dice que acepte la misión pero no habla de lo demás, como si el traslado para ella fuera, más bien, signo de separación. Gonzalo, incansable, en una lluvia de cartas insiste siempre:

¡Vámonos, mi amor, y no volvamos! [...] Contigo al lado, un rincón y el olvido de todo el resto. Zambullirse en un remanso cualquiera de buen clima y asomar a los tres o cuatro años, con un hijo, con un libro, con un alma. Si tú no me desamparas un minuto, me río del puesto y su dinero –lo único esencial-, de la sociedad y la carrera, de la familia y la moral.

Después de mucho celar, confiar y rogar, Teresa al fin accede a verlo el 14 de octubre, justo antes de él embarcarse para América, y es evidente que no está dispuesta a seguirlo. Muchas circunstancias que nunca sabremos habrán pesado en su decisión. Pueden conjeturarse algunas como, por ejemplo, el que cada vez esté más ligada a Lydia Cabrera. Yo apuesto sobre todo a la estampida inconsciente que provocarían en ella las palabras de Gonzalo, el susto que sentiría ante la perspectiva de esos cuatro años “en cualquier parte”, quién sabe en qué condiciones, sin “puesto”, sin dinero, aislados de la sociedad y la familia, al final de los cuales podría estar no un libro sino “¡un hijo!”.

Desde Washington Gonzalo le seguirá escribiendo cartas de náufra-go: “...en todo veo un presagio de estar perdiéndote a lo lejos, y me entran ansias de ahogado”, y ella alimenta sus ilusiones; el 18 de noviembre él ha iniciado consultas con abogados para el divorcio: “Lo único que me ha fastidiado es ver que hay que esperar dos años para casarnos. Pero ni eso me importaría, seguro como estuviese de ya no perderte- Averigua tú del religioso.” En febrero del año siguiente, Gonzalo y su mujer se separan y ella se marcha sola a Francia; sin embargo, Teresa no se decidió.

En julio de 1929 él acepta el cargo de Canciller y regresa a Ecuador con su mujer y su hija; desde el barco le escribe a Teresa con un sentimiento de abandono y de vergüenza: “Voy muy mal Teresa, el pensar en tí no es ya mi refugio sino únicamente un dolor [...] Me siento indigno, cobarde, nulo...” De paso por Cuba, anota: “La Habana no me fue nunca simpática. ¿Por qué me acuerdo ahora tanto de que Lydia me trataba de persuadir que debo renunciar a tí? Sobre todo cuando fui a verla a mi regreso. ¿Será que te tiene novio alrededor?” En octubre,

mientras Teresa viaja a Italia con Lydia, Gonzalo le escribe: “No puedo acabar de adormecer los celos que me inspira tu viaje a Italia. No te veo sola en esa peregrinación. Cavilo como un criminal que espera su sentencia y se arrepiente cuando ya no puede servirle un arrepentimiento”. Se obstina en creer que no la ha perdido y seguirá escribiéndole, alentado por cada respuesta suya, hasta que finalmente el tiempo, el silencio o la propia Teresa le hicieron ver que seguirían unidos por un lazo quizá más fuerte que el amor, hecho de todo lo que vivieron juntos y lo que dejaron de vivir.

Cuando Gonzalo vuelve a Europa, en octubre de 1933, ya Teresa está enferma. Él le escribe desde Berna una larga y serena carta que vale la pena citar en parte:

*Dulce y sensata es tu carta de adiós al pasado, ya desprendido de tí como tú de él. Mucho me alivia que lo conserves en recuerdo depurado y grato. A menudo pensé que para tí había sido yo, no yo, sino el instrumento –aunque la palabra es fea y no expresa bien mi pensamiento– para un sondeo de la vida, un *partner* un poco indiferente pero aceptable para un juego sin malicia ni engaño, una cita a la ventura con el destino, de esas que los yanquis llaman a *blind date*. Menos mal que el recuerdo es en suma, para tí, más grato que entrañable. Y lo pasado, pasado. [...] Yo no he renegado, ni tú: yo no me avergüenzo, ni tú, de esa especie de felicidad entre cuerda y loca. Lo que hay es sólo mi tenaz arrepentimiento de no haberme prendido a tí para toda la vida, de cualquier modo, ya que tú no te prendiste a mí. Yo quedé ansioso. Tú estás tranquila. En fin, ya pasó, ya pasaste, te fuiste. Felizmente te has ido para elevarte. Y te has vuelto inaccesible, así de fuerza como de pureza, desde adentro de tu alma más que desde afuera, por tí más que por las circunstancias o por azares de tu vida. Sana acaso habrías hecho otro tanto [...] Me sobrepasas, y tanto!*

Tal como se desprende de la carta que ella le escribe al Hotel Danielli en Venecia, en 1934, la intimidad no ha cambiado; él le cuenta sus “aventuras romanas”, le envía sus borradores; ese verano le avisa que estará en noviembre en París, en el Hotel Majestic, donde probable-

mente conversaron por última vez. Como ya dije, todavía el año 36, en Madrid, seguían escribiéndose.

Cabrita mía querida

Así la llamaba Teresa, quizá porque Lydia era intranquila, voluntariosa y “volantona”. Esta Lydia Cabrera no era todavía la reconocida antropóloga. Se conocieron en 1924 en una escala a bordo del vapor en que viajaba Teresa, durante una cena donde intercambiaron tarjetas de visita. Seguramente le impresionó la espontaneidad con que Lydia le contaría su fantasía bohemia de irse a vivir en un *atelier* de Montmartre para estudiar pintura; lo que logró en 1927, cuando se instala con su madre, doña Elisa Marcaida, en el 11 Av. Junot. Hasta 1930 estudió arte y religiones asiáticas en L'Ecole du Louvre. También fue discípula y amiga de Alexandra Exter, una de las ya legendarias figuras del neoprimitivismo ruso.

Lydia nació en La Habana en 1899, era la menor de los ocho hijos del abogado, historiador y luchador político, Raimundo Cabrera y Bosch, miembro destacado de la generación del sesenta y ocho. Se cría en un ambiente familiar criollo, liberal e intelectual; los cantos, cuentos y refranes de sus *tatas* la inician en lo que será su gran tema antropológico, aunque su interés no cristaliza sino varios años después: “descubrí Cuba a orillas del Sena”. Algo debió influir también la cercanía de su cuñado Fernando Ortiz, fundador de los estudios antropológicos afrocubanos. Como era enfermiza y el padre prefiere que se quede en casa, estudió bajo su orientación “por la libre”, mientras Emma, su hermana mayor, la llevaba “escondida” a la Academia de Artes. En 1926 viajó a España con Emma y allí, por intermedio de José María Chacón y Calvo, conoció a García Lorca. Simpatizaron en seguida: él le muestra sus romances aún inéditos, ella le cuenta cosas de La Habana y de Carmen Bejarano, su doncella negra, “propiedad” de los Cabrera, que escribía poemas. Cuando Lorca publicó su *Romancero* vio que ha dedicado su romance favorito, “La casada infiel”, a *Lydia Cabrera y su*

negrita. Su amistad con el poeta Manolo Altolaguirre y con Francisco Ayala también se remonta a esa época.

La relación de Teresa y Lydia fue anudándose poco a poco; los diez años que Teresa le lleva la colocan en un papel parecido al que había jugado Emilia en su vida. Lydia dirá que fue la “criatura admirable, que mi devoción no sabe si llamar madre o hermana”. Ciertamente, Teresa pudo iniciarla en la vida parisina y la cultura francesa, pero ya Lydia era una mujer “hecha y derecha”, con bastante criterio y una experiencia práctica que Teresa nunca tuvo, y que trajo a su vida agua de otros pozos, más fresca, más moderna, intereses y actitudes ajenas al tono oficial y aburrido de las Embajadas y las *sorties*. Es comprensible que se entendieran. Como Lydia era, además, divertida, audaz y emprendedora, sabía cómo hacerle los días animados y sin complicaciones: “El caso es que todavía me haces reír ... siempre tendrás razón por sobre todo, porque tienes el don leve, divino de la gracia.”

En 1928, de regreso hacia Europa, Teresa hizo de nuevo escala en La Habana y pasó unos días hospedada en la casa de las Cabrera, gozando de esa atmósfera criolla y vecinal que tanto le gustaba. Sin embargo, como anota Lydia en una de sus cartas, eran tiempos en que “la Parra estaba infectada de Zaldumbide”. Fue en octubre de 1929, cuando las dos amigas hacen un viaje por Italia, que comienzan una relación más íntima y estable, en la que Teresa debía sentirse aliviada por no tener que asumir el género de compromisos que la espantan. Lydia puede quererla “con alma de mujer” y no hay que temer aquel amor “brutal y salvaje como los toros del domingo”; “nada de matrimonio ni de instalaciones”, nada que amenace su precario equilibrio de una vida confortable en Europa. A partir de entonces Teresa fue aferrándose a un ideal afectivo donde el amor se reduce a una esfera sensual. Esto se hace evidente en sus cartas, como ésta del año 33, cuando comenta las reacciones que suscitó *Jeunes filles en uniforme*, una película entonces escandalosa por su atrevida homoerótica. A Teresa le molesta que unos empedernidos libertinos hablen “como con asco” del beso de la maestra y la discípula y que no aceptaran “el amor sensual puro sin

realización”: “¡Qué *couche* impenetrable de vulgaridad les cubre el alma y los imposibilita de sentir todo lo que está más allá de las tristes realizaciones del C...!”

Teresa y Lydia nunca vivieron juntas. Lydia vive con su madre hasta que muere en 1932 y casi siempre su hermana Seida está con ella. Después del viaje a Italia, visitó a Teresa en Vevey algunas veces, y aunque se embarcan juntas hacia América, en el año 30, ella se queda en Cuba mientras Teresa viaja a Colombia; en octubre del 31 pasaron unas semanas en Beaulieu, cerca de Marsella. Es decir, ambas mantienen vidas independientes y no creo que fuera tan sólo por cuidar las apariencias. Porque si bien Teresa reconoce que a veces Lydia le hace falta, otras también se siente “invadida” y su presencia la cansa. Esto se hace muy evidente en los años de reclusión en Suiza o en España, cuando Lydia la acompañaba por largas temporadas, compitiendo en devoción con María, Isabelita y doña Isabel.

La convivencia, a pesar del mucho cariño, es algo que a la larga sofoca. Para leer, para escribir, para sentirse, ¿para *ser la que es*?, Teresa necesita estar sola. Por eso se rebela cuando siente el cariño posesivo de Lydia. Es obvio que una de sus “fobias” era Zaldumbide. Estos celos retrospectivos envenenan el presente y la sofocan. Lydia también es impulsiva y vehemente en sus juicios y esto la subleva, “a mí que me fastidia tanto sublevarme”. Para tratar de comprender la naturaleza montuna o intratable de Teresa estos roces y diferencias son más eloquentes que la afinidad y el acuerdo. Resultan particularmente interesantes estas anotaciones del diario de 1935:

*Discusión agria con Lydia: cada vez siento me choca más tono despectivo toma para hablar de ciertas cosas. Quisiera hacerle sentir el mal efecto que me produce respecto a ella misma y todo lo que destruye en mi espíritu: es como la antítesis de la ternura. Creo que es ésta siempre un resultante de la delicadeza y el respeto tan indispensable en todo afecto hondo. Pero ese afán de atacar sin miramientos es un efecto del *débraillé* de la malacrianza.*

Las diferencias se acentúan durante los últimos meses de su vida, cuando convivencia y dependencia se juntan:

*Siento en ella siempre la intención tendenciosa contra lo que me rodea por celo o exclusivismo lo que tiene el mismo resultado de siempre: la reacción en mí. Me une a cosas que sin su matiz de agresión me serían indiferentes, jamás pensaría en ellas. Como resultado de este flujo y reflujo de opiniones se establece el *malentendu*. Esto sigue como cavando una zona de desunión. En mi opinión todo viene de la falta de interés de ella por todo lo que es mundo interior de los demás. Quiere mucho y generosamente y apasionadamente, pero quiere como si se tratara de un animal o un objeto. ¿Será culpa de la costumbre de querer a los perros?"*

Quizá el agotamiento de estar día a día con un enfermo sofoca a Lydia; después de todo, ella tiene una vida propia que Teresa estorba sin querer y esto impacienta o agria el carácter. Teresa, por su parte, resiente las atenciones de Lydia como forzadas y externas: "Llega Lydia tarde en la noche. Me siento y la siento distante. [...] nada de lo que es *mi* sentimiento interior existe para ella. Me quiere como se quiere a un perro."

Estos comentarios van más allá de la manida "incompatibilidad de caracteres" e invitan a ahondar en el misterio de los sentimientos:

Exageraciones melodramáticas y sin razón cuando a ella le da por angustiarse pero indiferencia completa, tabla rasa de lo que pueda ocurrir en mi espíritu. La ternura en las uniones nace de esa especie de atención constante, de oído aguzándose para escuchar lo que pasa en el espíritu del ser querido, de donde delicadezas que mientras más sutiles levantan como un torrente de ternura y de mutuo acuerdo. El sentirse querido como un objeto cierra las corrientes espirituales.

Estos reclamos culpabilizadores, esta demanda continua de atención a lo que ocurre en su espíritu, antes que signos de desamor por parte de Lydia, revelan la exagerada suceptibilidad y el creciente desapego en que vive. Para satisfacerla habría que vivir vaciados, en una exte-

nuante tensión, “aguzándose” en una imposible afinidad espiritual, con alguien que, desde el fondo, confiesa: “siento ganas de irme sola y lejos donde nadie me siga.”

Semejante lejanía es algo que Zaldumbide comprendió bien. En su comentario sobre *Ifigenia*, había notado cómo su heroína ya replicaba uno de los rasgos dominantes de su naturaleza: no sabe lo que es amar y “ha de quedar siempre insatisfecha”, presa de un deseo insaciable; “su heroína –dice- se le parece como una hermana”, pero añade que Teresa era más comprensiva y humana. En efecto, por momentos, Teresa consigue liberarse de su inconformidad y comprende que su “malestar moral” no es culpa de nadie: “creo que insistimos demasiado en tratar los mismos temas y repetir tantas cosas ya dichas”. Esto le abre la puerta grande del respeto y la aceptación del otro: “hay que aceptar a los demás *como son* no como quisiéramos que fueran porque entonces surgen las disputas y a un mal se añade otro peor.” Después de leer sus cartas y sus diarios, tenemos la impresión de que fue en la escritura, a salvo de los efectos disgregadores de la realidad, donde pudo sostener y ahondar sus afectos. Teresa nunca fue una mujer apasionada.

Entre la realidad y el ideal (1927-1930)

Aquí se olvida, se olvida todo, se olvida que se vive... y adelante con Mamá Blanca

“Pienso que en el cantón de Vaud está encerrada en el recuerdo una parte de mi vida”. Partiendo de Ginebra hacia el noreste, bordeando el lago Léman, están los pueblos de Villeneuve, Montreux y Vevey, hasta llegar a Lausanne, capital del cantón. Es un valle del pie de monte alpino, donde florecen los viñedos y un turismo de “reposo a la medida”. La villa donde vivía Isabelita estaba a poca distancia de Vevey, en un pueblito frente al lago. Corseaux, con apenas seiscientos habitantes, era una suerte de gran hotel diseminado entre las colinas. La falta de distracciones, la quietud del lago, no cura la depresión e invita al desengaño. En Suiza Teresa consigue por fin una atmósfera “fuera del tiempo”, donde reina un *fastidio* propicio a la fabulación. Todo lo que escribió después de *Ifigenia* contó con la colaboración silenciosa de esta nota suiza, donde el *confort* y los refinamientos civilizados no se ven estorbados por la barbarie urbana del siglo y la naturaleza ha perdido su salvajismo, domada como está por una idílica monotonía donde “se olvida todo, se olvida que se vive”. El paisaje se aviene con su “teresiana” urgencia conventual. Allí podrá cerrar todas las puertas y

abrir de par en par una ventana al ensueño y la contemplación. A mediados de 1927 logró darle forma a las pocas cuartillas y los muchos recuerdos que llevaba consigo desde 1924, cuando volvió de Venezuela:

Sola, frente a un paisaje muy lindo pero muy triste, escribo toda la mañana; almuerzo, camino una hora a pie, vuelvo a escribir, vuelvo a caminar y de noche, junto a la chimenea encendida sola, oyendo crepitar el fuego [...] En esta vida de ermitaña me siento a veces muy fuerte, a ratos tengo tristezas negras y resuelvo irme a París al lado de los míos, pero vuelvo a la perseverancia y a la fe; y adelante con Mamá Blanca."

Así, mientras su "yo" reposa, la memoria transforma su pasado en un cuento impersonal y eterno. *Memorias de Mamá Blanca* no es sólo la recreación de su infancia sino una inmersión mítica en los "vestigios de una edad fraternal sin timbres ni llave inglesa". Ese libro fue tan sólo el primer brote de una conciencia distinta a la de *Ifigenia*, que aflora de nuevo en sus conferencias del año 30 y se insinúa con mayor claridad en la obra dispersa de sus últimas cartas. La autora es una simple mediadora que transcribe un diálogo intemporal: el mito de cómo la Blancanieves del cuento se convierte en la Mamá Blanca que cuenta.

El origen de todo es la *afinidad espiritual* de esta mediadora con la figura de la *venerable y risueña vejez*, mitad niña y mitad pueblo, con el espíritu del cuento y ese "don de acordar las cosas con la vida". "Me buscaba a mí misma", dice, y en ese anhelo reconocemos una vez más su secreto afán de "ser la que es", de adentrarse en su propio misterio ahora a través de esta Mamá Blanca arquetípica, que reúne los extremos de la anciana y la moza, en la que también podríamos ver como una última metamorfosis de *Ifigenia*: una María Eugenia reconciliada con su suerte, después de mucho trasegar sus ilusiones en el alboroto de los hijos y las realidades de la vida. Aquí lo biográfico pierde su contorno psicológico y queda disuelto en la imagen de un lugar: Piedra Azul, como en los mitos, retrata un momento intemporal del alma.

Por eso no hay personajes. Y aunque el relato parece inclinarse hacia lo típico y lo alegórico, una vez más la espontaneidad y el humor, la gracia, viene en su ayuda para evitar lo pintoresco.

Ella asegura que este libro es mejor y más serio que el primero, pero la seriedad es invisible y se cuela a través de la parodia; una parodia cuyo alcance supera sus propias intenciones. Porque *Mamá Blanca* no es el librito ingenuo, inofensivo y nostálgico en que lo han convertido, sino la cariñosa parodia de nuestros anacronismos sentimentales, regresiones cíclicas y frustrados progresos. Las figuras que brotan de ese lugar no son tipos pintorescos sino seres dobles que retratan la mecánica invisible que rige la peculiar “república” de Piedra Azul. *Mamáta*, por ejemplo, en su afán de embellecerlo todo, se empeña en ponerle moñitos a la realidad del pelo liso de su hija: encrespándola artificialmente fracasará igual que Primo Juancho con sus novedades progresistas. Romanticismo y positivismo tendrían en común esa inconformidad con nuestra naturaleza. *Mamáta* también se desentiende, tanto como *papá*, de la parte amarga del *gobierno* de la casa: como tiene el corazón muy blando, busca su “brazo armado” en *Evelyn*, “*mi tranquilidad*”, la mulata importada de las islas, que sí sabe imponer un orden sin “artículos” ni matices. Todo un arte de mandar se desprende de esa mezcla *créole* de fuerza bruta y sensualidad:

Dentro de su corsé, bajo su rebelde pelo lanudo, algo reluciente y lo más liso posible, Evelyn exhalaba a todas horas orden, simetría, don de mando, y un tímido olor a aceite de coco. Sus pasos iban siempre escoltados o precedidos por unos suaves chss, chsss, chss, que proclamaban en todos lados su amor al almidón y su espíritu positivista adherido continuamente a la realidad como la ostra está adherida a la concha.

Otro tanto se infiere del arte lírico de Daniel, capataz, ordeñador y poeta, tan trabajador como rapaz, tan correcto como ladrón, el “vivo” o demagogo necesario, porque como buen ordeñador, sabe el arte de halagar y engañar con gracia a las vacas para que suelten la leche. Cuando *papá* lo despide para sanear la administración, la producción

se cae porque falta la *maña* que la hace funcionar. Que los lectores de esta “fábula” no hayan sabido ver lo que hay de ironía y no quieran o no puedan verle el machete a Evelyn o Vicente Cochocho, prueba nuestra providencial ceguera hacia el lado oscuro de la vida.

Aun cuando Teresa reniega del progreso que acabó con trapiche y apuesta por “lo que el viento se llevó”, la imagen de Piedra Azul no es un paraíso sin intriga ni dolor, sino un universo lleno de contrastes y oscuridades. Allí están su desconfianza hacia el poder en todas sus formas, su horror al dogmatismo, su recelo hacia los reformadores y su defensa del “disparate”: un canto a la incoherencia natural donde descansamos de la lógica y el énfasis para acercarnos de nuevo a la gracia. Con Cervantes, Teresa parece decirnos en este libro que “la vida es un equívoco, un sí y un no constantes”.

Para los que como yo, miramos la representación desde lejos... Teresa y el General

La vida de Teresa está curiosamente emparejada con la de Gómez: su tiranía comienza, formalmente, el año que Teresa vuelve a Venezuela, y muere apenas unos meses antes que Teresa. Pero esta casualidad es apenas el preámbulo para observar otro aspecto de su biografía: su actitud hacia el gobierno de Gómez en particular y hacia la política en general. Podría pasarse por alto, a no ser porque en Venezuela la vida intelectual ha estado siempre vinculada, por no decir sometida, a la política y sus vaivenes. La mayoría de nuestros escritores, sin excepción, estuvieron marcados por Gómez, ya fuera como funcionarios del régimen, ya como adversarios o víctimas. Teresa no fue ni una cosa ni otra y esto ha dado pie para más de un malentendido. Nos obliga a revisar su correspondencia con el General, su visita en calidad de invitada a “Las Delicias”, en diciembre del año 24, y los pocos comentarios que hizo sobre temas políticos.

Las cartas al General reposan en el Archivo de Miraflores. Veamos la primera, escrita poco antes de marcharse a Francia, el 18 de junio de 1923: “con el fin de exponerle mis actuales proyectos y aspiraciones

artísticas”; se trata, en suma, de una petición de ayuda financiera para editar *Ifigenia* en Europa. Comencemos por recordar que en aquella Venezuela no existían instituciones públicas ni fundaciones privadas para auspicios de esta naturaleza. Por lo tanto, la carta-petitorio dirigida a la persona del gobernante o a sus ministros forma casi un género aparte dentro de la literatura venezolana.

Tomando en cuenta la sagacidad sin refinamiento del destinatario, el gusto desvergonzado y vengativo con que este tipo de tiranos solicitan y reciben las reverencias, mientras más humillantes mejor, es evidente que toda petición que aspire ser escuchada tiene que incluir los tópicos ya consagrados de la adulancia: profesión de amistad e incondicionalidad hacia su persona, elogio de su gobierno y adscripción del favor que se solicita a la causa patriótica y las raíces vernáculas. Nada muy distinto de lo que el poder siempre impone como retórica, variando tan sólo el grado de descaro y humillación. Como Teresa no forma parte de la trama política ni adversa al tirano porque, como tantas familias de bien (y tantos historiadores de hoy), ve que con él se acabó la guerra, que metió en cintura a los alzados y que hay trabajo de sobra para todos, no le resulta forzado escribirle una carta “como a él le gusta”. Decirle, por ejemplo, que su segundo trabajo literario, “La Revista de Carabobo” estuvo “dedicado exclusivamente a usted”, que su libro “venezolanísimo que habla como a usted le gusta que se digan las cosas”, es “un exponente de nuestra cultura y de nuestro progreso actual, obra de sus años de gobierno” y que, finalmente, “soy de usted y de su causa amiga muy leal y sincera”. Pero podríamos mencionar en su descargo que Teresa era mujer y que, en aquella época, la mujer era quien solía solicitar los favores en nombre del marido, los hijos, la familia o de sí misma, sin humillarse ni avergonzarse; la honra de la mujer no dependía, como en el hombre, del orgullo. Podía pues inclinarse graciosamente ante el poder, como lo hacía diariamente en tantas otras circunstancias, sin sentirse vulnerada. Esta diferencia es parte de esa fuerza oculta sobre la que hablará luego Teresa en sus conferencias. Recuérdesse también que se educó en España porque su

madre quiso criar a sus hijos civilizadamente, lejos del desorden y la violencia de nuestras revoluciones. En una casa donde mandan las mujeres, la política se queda por fuera, como uno de los tantos inventos y majaderías de los hombres, que sólo traen desgracia. No hay, pues, que extrañarse ni ensañarse por el hecho de que Teresa respetara sinceramente la obra del General y acudiera a él sin avergonzarse.

Gómez contaba con el apoyo de una serie de venezolanos que sí conocían de política y sí sabían lo que hacían, procedentes de viejas familias con las cuales los Parra mantenían antiguos lazos de amistad o parentesco: Vallenilla, Arcaya, Díaz Rodríguez, Uslar y Revenga, son nombres que sirven de corredor abierto para acercarse al General. Por eso, cuando en 1924, Teresa regresa a ocuparse de su herencia, con la mayor naturalidad se presenta con su hermana Isabelita a “Las Delicias” para saludar, “como es costumbre cuando se llega a Maracay”, y acepta gustosa las invitaciones y atenciones de Gómez y sus ministros. Todo esto se lo cuenta a Gonzalo en una carta-diario desde Maracay. Como no ha sido publicada, vale la pena citar un amplio fragmento donde describe con humor sus días de “huésped” del General:

Como en las auténticas cortes, el General se sienta en el fondo de los corredores de su quinta rodeado de sus hijos, los Ministros y los edecanes, después, en dos filas larguísimas y bastante imponentes (las señoras se sientan aparte, con la familia) viene todo el mundo oficial, diplomático, social, etc. Isabel y yo tratamos de hacer el mayor efecto posible. Entramos elegantísimamente por entre las dos filas que al divisarnos se habían puesto de pie y el General estuvo amabilísimo. Me felicitó por mi premio, me dió el pésame por la muerte de Emilia y añadió que honraba yo a Venezuela habiéndola hecho triunfar en un Concurso. Luego que salimos dió inmediatamente órdenes de que se nos alojase por su cuenta en la casa de la Comandancia, como a los huéspedes de gran importancia, y que se nos pusiese a la orden un buen automóvil y todo aquello que pudiésemos necesitar. Tenemos pues muy buena mesa, muy buen alojamiento y un suceso del otro mundo. ¡No quiero decirte la tête de Laureano al vernos tan por encima de él! Los dos hijos del General, zagalejos de diecisiete y dieciocho años, muy sencillos, habilísimos para todos los sports, dueños de dos estupendos autos, sugestionados por la atmós-

fera favorable que nos rodea, se constituyeron desde el día siguiente de nuestra llegada en nuestros *chevaliers servants*. Nosotras añadimos al grupo afin de tener más “peso” a Elena Uslar, hermana de la Sra. Boulton (¿no la conoces de París?), la mujer más divertida que puedes figurarte, y del público acogemos e invitamos para nuestras excursiones todo aquello que pueda sernos útil o divertido.[...]

Todos los días organizamos un programa estupendo puesto que todo lo soñado está a nuestra disposición. Quisimos conocer la Laguna de Valencia y el General mandó que se pusiese a nuestra orden el vapor Tacarigua con una orquesta, almuerzo y aquellas personas que quisiésemos invitar. No puedes imaginarte la maravilla de paisajes, qué islas, qué haciendas y qué potreros donde atracábamos a nuestro antojo el vapor. Luego, todos los encantos de la vida criolla en la cual quería yo saturarme bien.

Como en Maracay las carreteras se enlazan y se cruzan por los lugares más inaccesibles y salvajes, hemos tenido a más de las excursiones por todos los pueblos de los alrededores, baños de río (todos los días) excursiones a los trapiches a chupar caña y a ver sacar papelón como en tiempos de mi infancia, paseos a los potreros y sabanas a ver enlazar ganado y colear toros por toda la *clique* de dieciocho a veinte años, algunos habilísimos y estupendos jinetes; hemos ido a ver bailes de negros con joropos de arpa y maracas, hemos ido al ordeño a las cinco de la mañana, en donde a cada vaca, para que se quede quieta, se le canta su copla mientras se ordeña, hemos ido a bañarnos al mar de Ocumare de la Costa, una carretera maravillosa y emocionante por su peligro, tres horas de selva virgen, en lugares visitados a veces por los monos y los tigres con torrentes y abismos y todos los verdaderos encantos del trópico. Nuestra mesa, que era al principio mesa pequeña para dos, ha ido creciendo hasta ser la más grande del comedor. Tenemos de comensales a Laureano, Dávila (el historiador), el Ministro de hacienda, los dos Gómez, Pedro Emilio Coll, Díaz Rodríguez, los Uslar y diferentes invitados según las circunstancias. Según me refieren hemos llegado a adquirir tal importancia que el general pregunta al levantarse: ‘¿Qué van a hacer las Parra hoy?’ No tengo para qué decirte que Laureano se encuentra celosísimo de los muchachos jóvenes. [...]

Tengo un enamorado encantador. Es el menor de los Gómez. Aun no tiene diecisiete años y lo llaman “el negro” por su color trigueño. Escribe versos en secreto y me adora en silencio. Yo también, como al Perucho de mi novela, le sonrío pensando en tí y lo quiero como a los novillos que están todavía amarrados en los corralones. Su única declaración consiste en organizar cuánta cosa yo deseo, en regalarme quesos frescos y frutas y en

decirme con una cara tristísima 'y qué me voy a hacer yo cuando se vayan ustedes'. El pobrecito, de resultas de una difteria y un suero que le pusieron hace un mes ha quedado con las piernas débiles, cosa que le dificulta mucho el caminar. Mientras los demás montan a caballo y corren o bailan él se viene a conversar conmigo. Tienen estos dos muchachos una situación muy interesante: son hijos de segundo matrimonio y su madre es de una distingudísima familia de Caracas, muy virtuosa, muy abnegada, muy discreta.

Teresa fue a Maracay para pedir que le restituyeran su pensión de Bs. 200, suspendida porque había heredado, y le exoneren los impuestos al fisco, para lo cual, le confiesa a Gonzalo, debía seguir los pasillos del poder:

había que destruir primero la idea de la gran herencia y pintar las complicaciones surgidas de la forma del testamento, etc. Ya está el terreno dispuesto por José María Cárdenas y por Requena, médico del General, muy simpático y servicial, que es quien ha de leerle mi carta y me ha augurado el éxito más completo. No sabes lo difícil que es hablar directamente. Estas dos personas, que son de las pocas que asisten al coucher del General, es decir al momento en que ya en la cama se queda en tertulia con sus íntimos, me han preparado el terreno.

Del petitorio sólo consiguió la exoneración de los derechos de sucesión.

En 1925, recurriendo a la mediación de Florencio Gómez y de Requena, solicita de nuevo una ayuda para publicar *Ifigenia*, cuya edición tenía problemas con la editorial, y en una corta esquela le agradece el envío de Bs. 12.000 para la edición. Vuelve a escribirle en 1927 a propósito de *Memorias de Mamá Blanca*, y recibirá 25.000 frs. para la edición. Finalmente, en 1933, a causa de la devaluación del bolívar y con dificultades para costear el sanatorio, solicita un aumento de su pensión, pero esta vez lo hace con cierto malestar, tal como le dice a Lydia: “No sé como he podido decidirme [...] Me repugna un poco pedir para mí en esta época en que tantos lo necesitan más que yo. Pero es un sentimiento tonto, puesto que son los ricos del gobierno quienes

de todas maneras han de tomarlo todo.” Todo indica que esta última solicitud quedó en *nada*, como dijo a Lydia cuando recibe “su horrible tarjeta con el escudo en colores de Venezuela” dándose por enterada y ya. Resumamos, pues, a fin de comprender mejor los vínculos de Teresa con el General: respeto por un gobernante que pone orden y agradecimiento personal por las atenciones hacia ella y su hermana; amistad con dos de sus hijos: Florencio Gómez Núñez y, sobre todo, con Vicente, casado con Josefina Revenga, amiga de juventud; gran familiaridad hacia Laureano Vallenilla, los Uslar y una cantidad de funcionarios y diplomáticos del régimen, amigos o parientes, como era el caso de Simón Barceló y Caracciolo Parra Pérez; y como ya vimos que sus días en Maracay no son precisamente expresión de un compromiso con la política o el ideario gomecista, queda claro que se trata de vínculos más sociales que políticos. ¿No resulta entonces exagerado afirmar, como hacen algunos, que formaba parte del “círculo intelectual del gomecismo”? Si algo puede reclamarse a Teresa sería, en todo caso, el que se abstuviera por principio de participar en los debates intelectuales de su tiempo, se desinteresara de los grandes problemas del país y le aburriera la política.

Capítulo aparte constituye, sin embargo, el episodio de sus declaraciones al *Diario de la Marina* de Cuba, en 1928, donde después de advertir que no entiende de política: “yo no me mezclo en ella nunca”, reconoce que es amiga del Presidente, “su actuación presente me parece bien,” y que “un poderoso hálito de progreso, de prosperidad, de riqueza, impulsa hoy a Venezuela”. La resonancia de estas pocas palabras se debe a lo inoportunas, dichas por alguien obviamente ajeno al clima que vivía Venezuela por las protestas de febrero y el aumento de la represión. Su menosprecio por la política no le permite apreciar la gravedad de la situación y considera que la campaña “a tambor batiente” contra el gobierno de Venezuela, con que se habla de estos sucesos en La Habana, no tiene más objeto “que humillarnos a todos”.

A Gonzalo le escribe desde Caracas, el 22 de abril, satisfecha porque sus declaraciones han podido ayudar indirectamente a sus gestiones

personales (recuérdese que estaba deseosa de zanjar lo de la herencia para casarse sin perder su capital):

Se da gran importancia a la propaganda en el exterior. Desde ese punto de vista soy de utilidad; lo demostré con mi interviú. La hicieron publicar "por orden superior" en toda la prensa. Yo no había bronché por temor de atraerme la antipatía de ciertos elementos, pero estoy contenta de que las cosas se hayan definido. Yo soy, tengo que ser, amiga por gratitud, a más de lo que soy por convicción, me parecen los enemigos unos desorientados incapaces de crear nada que no sea anarquía. Las manifestaciones fracasadas nos han hecho retroceder en muchos años, eso es todo, es decir, es mucho.

Pero nada expresa mejor su escepticismo político que la carta a Enrique Bernardo Núñez, donde coloca el "tacto" y el qué dirán internacional por encima de la justicia de las denuncias: "verdad o mentira son cosas que no se dicen por tacto, por ese pudor con que guarda ante la gente de cumplido la intimidación de una casa pobre, en donde todo falta o todo está roto y sin limpiar". Dice que cierto "pudor patriótico" le impidió callar ante una campaña que "sin riesgo para ellos y mucho descrédito para el país hacen esos descontentos". Por otra parte, reconoce que "el gobierno no es capaz de apreciar la prueba de valor que se da ni en el bien que se le hace, no lo toman en cuenta, al contrario, lo comparan con los grotescos elogios que se escriben allá mismo y les parece que casi se les ha ofendido." Es posible que pensara como tantos, de buena fe, que oponerse al gobierno es bochínche y ganas de alborotar el país; sin embargo, en esa misma carta confiesa que le interesó el movimiento de protesta:

era un despertar de la conciencia pública, icon una unidad y una fuerza extraordinaria! Una verdadera sorpresa para quien como yo llegaba de fuera. Era un movimiento contagioso: a usted, como me pasó a mí y a todos los enfermos de escepticismo, le hubiera interesado mucho. Pero hemos vuelto a lo de antes, a lo de mucho antes: y el callejón sin salida de siempre. Los que no teniendo una situación independiente, han de trabajar, se encuentran frente al dilema: o en favor o en contra. Esto último es imposible puesto

que es la vida de todos los días lo que está en juego, queda la resignación estoica con una sonrisa de ironía hacia adentro. Yo no veo en la mayoría de los políticos del exterior sino candidatos a una novísima tiranía; de los que callan y aguardan es de quienes espero todo. Personalmente no necesito ya nada de allá en lo que a material se refiere, sólo guardar provisión de cariño para la ausencia. Siempre me quedará la tierra con su paisaje o la memoria de los que murieron.

A Carías le escribe ese año en el mismo tono:

Sé que se dice allá que se me dió una importante suma. Es absolutamente falso, una falsedad con mala intención. No he obtenido ni siquiera mi pensión a la cual tenía derecho. La injusticia de unos y de otros, lejos de amilanarme, me hace reaccionar. Ahora me siento sin obligaciones; enteramente libre e independiente.

Aunque no se interese por la política, Teresa va madurando: lecturas, amistades, la prensa europea, no sólo la informan sino que despierta en ella la conciencia de cómo esa vida civilizada que tanto admira de Europa tiene su resguardo en realidades democráticas como la opinión pública y las libertades políticas. Enterada de los sucesos en Cuba del año 32, le escribe a Lydia:

me dejó muy triste tu carta y la lectura de los crímenes. Se me representó por un momento, de una manera muy patente, todo lo que hay de bajo, de inculto en aquellas tierras, lo mismo se manifiesta en esos asesinatos salvajes y cobardes como en la envidia siempre dispuesta de unos contra otros. Es cierto que todos los países del mundo han pasado por ahí, pero ¡Qué agradable es la vida sin luchas ni odios en los lugares donde se tienen ya las ventajas de la vida civilizada y culta. El respeto a la vida y a la libertad y a la opinión de cada uno, qué agradable ambiente forma alrededor de la vida! Eso lo olvidamos cuando recordamos románticamente las bellezas naturales. En realidad, aquella gente es feroz, el crimen es lo de menos; la intención de odio latente, que es lo mismo, se traduce en calumnias de toda clase, en faltas a la honradez; es lo desconsolador.

Pero el espectáculo diario de la política la desazona; juzgando a distancia y con criterios morales de pureza, su idealismo *apolítico* la conduce inevitablemente de vuelta no sólo al escepticismo sino a preferir con todo y sus males, la mano de hierro. Tan es así que ante los sangrientos sucesos de Cuba, el año 33, le dice a Lydia: “Aquí, entre tú y yo, lo que me gustaría es que un Gómez mandara a cada estudiante con su pica a hacer carretera durante un año. Verías cómo se acababan en un decir Jesús los robos y matazones. La carretera, por otro lado, saldría casi de balde, sería hasta una manera de reponer lo robado en tiempos de Machado”. “Yo digo, como decía Goethe, que ‘prefiero sufrir de la tiranía y de la injusticia que del desorden’.” Para 1936, apenas muere Gómez, anota en su diario: “si el gobierno de Venezuela llegara a constituirse en una forma legal y decente me sentiría encantada aunque me perjudicara personalmente al perder la pensión”. Y como la lectura de los periódicos le dan “una triste impresión de prensa mala y de falso civismo”, sólo le interesa la iniciativa “para *formar* una opinión pública que contrarreste cualquier tiranía”. Entre sus últimas anotaciones, lo que dice de Vargas y Carujo son especialmente lúcidas: “[Vargas es] todo honradez pero sin combatividad, *apolítico*, precipita el tiempo de los demagogos.” “Tenían que ser los tipos como Carujo y el viejo Guzmán los más fuertes en aquella época [...] en que se imponían los audaces”.

La forma en que los venezolanos vivimos “el país”, la manera en que la política nos “desvive”, es tan obsesiva que inevitablemente estamos sujetos al impulso opuesto, igualmente nefasto, de convertir en una forma de felicidad, de utopía privada, el vivir “desintoxicados” de política, como si ésta (y el país) fueran un lastre venenoso del que hay que salir. Abominar de la política es, de manera aberrante, una de las maneras como el venezolano “hace” política. La relación se subjetiviza y atrofia lo impersonal que requiere una conciencia ciudadana. Teresa de la Parra, como tantos de sus compatriotas, considera la política como un asunto “sucio” que las mujeres tenían la ventaja de poder dejárselo a los hombres. De allí que es inútil esperar de ella una

visión política de la historia. Su conservadurismo también carece de esa dimensión. Creo que más útil que acusarla de reaccionaria o de indiferente, es reconocer cómo esa actitud es parte de cierto idealismo sumamente difundido, y de forma más retorcida, en la mayor parte de nuestros actores políticos de cualquier bando. Todos hacen política como un sacrificio, despreciándola, “ensuciándose” por el bien de todos. Los sucios, por supuesto, siempre son los demás. Teresa intuía algo de esta diabólica dinámica, desde afuera, “viendo la representación desde lejos”; frecuentando a embajadores y exilados por igual, vió como todos exageraban, falseaban y despreciaban íntimamente, tanto la política como el país: “Estoy tan desencantada de los falsos valores, de los que hacen de todo retórica, sin el pudor de callar a tiempo y tan dispuestos a cambiar la actitud de protesta por la de servilismo, si el azar, en vez de mostrarles un número par, les dejase entre las manos el impar.”

Colombia: patria de la nostalgia

Colombia era el “país sagrado para su alma idealista”, la patria ideal que su tía Teresa Soublette y doña Carolina O’Leary, su amiga bogotana, sembraron en su alma desde niña, “porque en Colombia, hija, ilos viejos cuentan! los hombres son unos caballeros y a Bolívar y Soublette se les venera como debe ser”. Colombia era un bastión del sentimiento contra la realidad y sus decepciones. ¿Por qué extrañarse entonces de que la llamada para volver a escribir y el último impulso a su vocación llegue de allá? Las tres conferencias tituladas “Influencia de la mujer en la formación del alma americana” las escribe a su regreso de Italia, a finales de 1929 y comienzos de 1930. Dos años antes, Ismael Arciniegas y Luis Eduardo Nieto Caballero la escucharon decir a bordo del vapor que hacía escala en Barranquilla: “con mucha pena me alejaré esta tarde sin haber realizado uno de los sueños más queridos de mi vida: remontar lentamente el Magdalena y quedarme algún tiempo en Bogotá, ese plácido remanso de la raza.” Los colombianos le toman la palabra y al año siguiente llega la invitación para una gira

de conferencias. Aunque le inquieta que nunca se había dirigido a un público desde un escenario, realizar el sueño de su vida bien vale un susto. Seguramente esta doble presión la ayudó a escribir algunas de las mejores páginas de su vida.

Teresa zarpa rumbo a La Habana a finales de marzo del año 30 donde pasa algunos días corrigiendo el manuscrito en casa de las Cabrera; el 23 de abril, leyó en el Teatro Principal de la Comedia su tercera conferencia, con el título: “Influencia de la mujer en la libertad del continente”. El 18 de mayo hace escala en Colón y por la vía de Buenaventura, un tren especial, enviado por el Presidente de la República, Dr. Miguel Abadía Méndez, la lleva hasta Cali. El 23 llega a Armenia, sigue en automóvil para admirar el valle del Cauca desde la serranía, descansa en Apulo, y el 27 de mayo llega finalmente a Bogotá donde la reciben efusivamente en la estación de la Sabana; un auto presidencial la lleva al hospedaje más elegante de entonces, la Pensión Augusta.

El 30 de mayo lee la primera conferencia del ciclo: “Las dolorosas”, donde habla de su vocación y de mujeres como “La Malinche” de Cortés y de la *ñusta* Isabel, madre del Inca Garcilaso; el 2 de junio le toca a “las soñadoras”, con su hermosa evocación de la Colonia, y el 6 concluye el ciclo con “las inspiradoras”, las mujeres de la Independencia, con sus magníficos retratos de doña Manuelita y de sus propias parientes, mamá Panchita Tovar y Teresa Soublette. Es tanto su éxito que debe repetir todo el ciclo ante un público de 3.000 personas en el Teatro Colón, además de la gira por Santa Marta, Medellín, Cartagena y Barranquilla; en esta última ciudad unos exilados venezolanos la insultan públicamente, único incidente ingrato de su viaje. Rómulo Betancourt expresó después su pesar por haber sido parte del grupo. Mes y medio duró lo que Nieto Caballero recuerda como la gira de un caudillo:

en todas las estaciones del ferrocarril de Girardot fue menester que el tren se detuviera más de lo acostumbrado, para que frente a Teresa de la Parra desfilaran las escuelas con banderas, o para que se le entregaran, con palabras efusivas, artísticos ramos de

flores o para que dejara en álbumes, cuadernos, hasta en simples hojas de papel, su magnífico autógrafo.

“En Colombia, -escribe Díaz Sánchez- tierra de intelectuales, un gran escritor es un caudillo, en Venezuela, donde por esos días se hablaba de Teresa con reticencia y aún con desdén, el general Gómez era aclamado con entusiasmo.” Ella tenía razón: en Colombia se la quiere más que aquí y la han leído con más comprensión. Popular, intelectual y oficialmente, su visita fue un gran acontecimiento y no hubo homenaje, atención o muestra de afecto que no se le rindiera.

El 29 de mayo el Presidente ofrece una cena en su honor en el Palacio de la Carrera, donde concurren sus ministros (muchos de ellos conocidos escritores), diplomáticos, intelectuales y lo mejor de la sociedad bogotana. Teresa se sorprende cuando Méndez Abadía comenta sus libros y elogia su estilo diciéndole “¡qué cosa difícil es la facilidad en literatura!” En casa de Doña Fenita Restrepo recibe los cumplidos de una serie de destacadas figuras de Colombia, como Eduardo Santos, y conoce al Dr. Luis Zea Uribe, el gran amigo y consejero de sus últimos años, y quien encarna para ella el espíritu de Colombia: “en usted están sintetizadas todas las cualidades superiores que hacen de Colombia uno de los países de verdadero valor moral, no por las condiciones cuantitativas, sino cualitativas, que son las verdaderas creadoras de cultura.” La superioridad moral de Colombia estará en lo que llamó su *doble cultura*, “la de la inteligencia y la de los sentimientos”, por haberse mantenido fieles a un vivir criollo, que sabe asimilar lo que llega de Europa o Norteamérica, sin indigestarse y sin faltarle el respeto a las tradiciones. Es decir, ve en Colombia la viviente comprobación de las bondades del régimen colonial español. Este valiente rechazo a la “leyenda negra” es algo que siempre compartió con Gonzalo: “Tu discurso sobre la obra de España en América no sólo me gustó mucho sino que me conmovió por todo lo que coincide con el verdadero fondo de mis sentimientos. Yo quisiera hacerme una especie de religión de esas ideas.” Y esto mismo es lo que la separa de Gabriela Mistral:

“siento que Gabriela cae ya en el sectarismo militante contra España, la Colonia, etc, y me desagrada [...] sin darse cuenta emitió juicios sobre inercia de los indios y repite impresiones de Keyserling que corroboran que hay mucho de leyenda romántica en su indianismo”.

Si en estas conferencias nos deslumbra la belleza del mosaico que construye alrededor de todas esas figuras femeninas, lo que en verdad nos atrapa en sordina es su virtud narrativa. Allí se comprueba que su don está en saber contar. La evocación de una ciudad del siglo XVIII al inicio de su tercera conferencia tiene ya la complejidad, el suspenso y la sutileza de una gran novela. Teresa, como Scherazade, encantó a su auditorio colombiano al dejarlos prendidos en los hilos de los muchos relatos sin acabar que forman el cuerpo de sus charlas. Pero a su valor como escolio narrativo del libro que no pudo ser, se añade el que sean un contrapeso a lo discursivo de nuestra historiografía. Su historia no es la de los historiadores. La de éstos es localizable en hechos y en documentos, en objetos y edificaciones; la suya muestra un continuo sin fecha que sobrevive, sumergido en los sentimientos, en los hábitos, las fantasías y la lengua cotidiana.

Esta narración entrecortada retiene lo que escapa al hilo de los períodos y las cronologías: “a través de lo poco que se dice se adivina lo mucho que no se cuenta”. Es decir, a la elusiva verdad temporal se le añade ahora una nueva dimensión, el sustrato imaginativo gracias al cual puede rescatar y reunir dos universos marginales que la historia grande olvida: la Colonia y las mujeres. No es deleznable su aporte a la visión histórica: la mujer, la vida colonial y el relato, son agentes invisibles de cohesión en la vida de un pueblo. Colonia e Independencia, con su secuela de opuestos: atraso y progreso, campo y ciudad, dejan de enfrentarse como polarizaciones simplistas para revelar el hilo subyacente que genera las tensiones. Teresa proyecta en la mujer, como fundamento de la casa y la familia, una continuidad más básica e inquebrantable, frente a esa otra, política y tan frágil de las instituciones. Dice que la historia política, la que hicieron y escribieron los hombres, es aburrida y vocinglera. Al otro lado están los que la cuentan,

murmuran o adivinan detrás de una puerta o una reja: los que la padecen. En ese padecer o sufrir la historia ella confunde en una misma imagen al pueblo y las mujeres. Es decir, observa a la mujer en su papel colectivo y anónimo de enjambre y no como individuo. Para decepción del naciente feminismo, no hizo de la mujer un asunto de derechos. Quizá por lo mismo que no tuvo niños que cuidar, ni marido que atender, ni casa que barrer, o dinero que ganar, pudo dejar a un lado la “cuestión” femenina y desplazar el tema a un terreno menos contingente pero no menos real: en los cuentos y las fábulas de esas mujeres, en lo abnegado, la irrealdad y lo sacrificado de sus vidas, descubre una fuerza poderosa de cohesión que media entre las razas, las creencias y los valores para forjar esa peculiar contribución de la Colonia a la Independencia: un patrón heroico invertido, centrado en el idealismo de los mártires y los derrotados.

Bolívar: el origen de otra enfermedad

Teresa, como su vieja tía prócer, encarnará un oxímoron: será, a la vez, rendida admiradora de Bolívar y furiosa defensora de los valores coloniales. Ambas cosas se unen para afianzar en ella una sed de ideal que sirve de preámbulo a la ansiedad espiritual que la domina después que se declara la enfermedad.

Teresa escribió estas conferencias en apenas tres o cuatro meses; la frescura y libertad con que hilvana sus estampas y elabora sus impresiones son la señal más evidente de que sus intuiciones no han sido ahogadas por el fárrago documental con que tiene que lidiar el historiador. Pero allí comenzó para ella un conflicto que la vida no le dio tiempo a resolver. Entusiasmada por la veta narrativa que le abre la historia, se deja llevar por la peligrosa fantasía de escribir una especie de biografía novelada de Bolívar: el Bolívar íntimo del antes o el después de las batallas. Consciente de no poder hacerlo sin un estudio a fondo de la historia, cumple un ambicioso plan de lecturas orientadas por Vicente Lecuna, con quien inicia una estupenda relación epistolar. La novela de Bolívar no se escribió nunca, ni siquiera esbozos. Pero

en sus cartas quedó insinuada la novela vivida de su pasión bolivariana. Para leerla debemos comenzar por ver cómo se funden indisolublemente en ella la imagen del héroe y su sed de ideal. Apenas dos meses después de regresar a Europa, le resume a Lecuna no ya el tema de una novela sino todo un proyecto “heroico” (uno más) estimulado por la figura de Bolívar:

...debe aparecer el hombre extraordinario. Más que el héroe, el apóstol, el Mesías y el mártir. Es esta faz entre las múltiples de Bolívar la que más excita mi fervor y la que más quisiera hacer resaltar. ¿No cree usted que hasta ahora la han sacrificado a la otra, es decir, al héroe que despierta un entusiasmo más fácil pero que es quizás menos útil a nuestra regeneración moral? Los héroes exaltan el nacionalismo, la ambición personal, la fiebre de mando, la guerra. Bolívar apóstol, profeta y sacrificado por el individualismo de los demagogos, que anteponían sus mezquindades del momento al ideal eterno, es el que más debe predicarse y difundirse. Es el más sensible al alma, el llamado a despertar los más nobles sentimientos de abnegación y virtud. En Venezuela hemos perdido la fe y todos debemos tratar de despertarla de nuevo. Si yo llevase un grano de arena a esa obra de regeneración me sentiría satisfecha pensando que no habré pasado enteramente inútil por la vida. Hasta ahora, lo confieso, no me había ocupado sino de poner en evidencia el escepticismo de mi generación y en negar con ironía, obra en suma demoledora y que a la larga, fuera de la satisfacción personal, -itan vana!- no deja nada. Quisiera en adelante sin cambiar de forma, tratar de hacer obra de alguna trascendencia ética, reunir en lugar de dispersar. He entrado ya en la edad en que se deja de ser revolucionario y comienza a buscarse algún ideal místico.

Estas líneas son sumamente reveladoras para comprender lo que sucede con ella en sus últimos años. Teresa comienza a apartarse de lo que ha sido hasta entonces la fuente de su vivacidad espontánea: reniega de la ironía y se aleja de su natural escepticismo. Ahora busca hacer “obra de regeneración” y quiere emplearse en una empresa mayor, al servicio de la cual estará su escritura. Por debajo de la “trascendencia ética” o el “ideal místico” reconocemos un llamado, tan común entre nuestros escritores, que en lugar de contar los invita a

“regenerar”. No puedo dejar de sentir en esta posesión heroica un báculo afín a ese otro que, casi simultáneamente, le afectará el pulmón, para sofocar la libertad con que había escrito hasta entonces. Lo “vivido” pierde entonces su cualidad fabuladora, ha dejado de ser memoria para convertirse en pieza de evidencia histórica.

Antes de volver a Europa, Teresa se detiene en Washington y Nueva York y luego pasa el verano en plena montaña suiza en un ambiente “reposante” rodeada de “césped, abetos y vacas”, en Villars-sur-Camby, junto a su madre, María y los niños. El resto del año se queda en París, quejándose de haber perdido “la *fiebre santa* que la atacó en el trópico”, pero sigue estudiando historia de Venezuela “como muchacho de escuela” y llena tres cuadernos de citas y resúmenes. Esto, combinado con el despuntar de un interés por filosofías orientales, las conferencias de Keyserling y lecturas sobre budismo, desemboca en la extravagante fantasía de ver a Bolívar “como a un yoghi”. Releer nuestra historia desde esta “sed de ideal”, supuestamente anti-heroica, no da como resultado una perspectiva distinta, sino la misma, vista desde el otro extremo. Renunciando a la política, las batallas y los “adjetivos” surge un Bolívar apóstol y mártir, donde sus fracasos son glorificados también heroicamente como sacrificio.

La señorita que **no necesita nada** (1931-1936)

Del balneario al sanatorio, esa oscura dualidad que nos conduce

El año 1931 parece un año en blanco en la biografía de Teresa porque todo le sucede puertas adentro. Desde hacía dos años, cambios profundos se están incubando; esta carta a Carías los resume bien:

voy entrando en la edad en que sólo se vive gratamente en la vida interior. Cuando no se tiene un hogar, ni hijos, ni cuidados y preocupaciones necesarias a la vida material, vivir en profundidad y no en extensión es lo único que interesa. La paz del alma y la serenidad es el único cielo de este misticismo sin fe ni esperanza en el más allá de la muerte. Los libros y unos pocos amigos a quienes se aprecie y que nos aprecien acaban por ser la única verdad, lo demás es ruido que aturde y que nos impide oírnos a nosotros mismos y a los que nos dicen cosas gratas por sinceras y sentidas.

Su vocación de sacrificio se hace más apremiante cuando siente el vacío de su libertad y necesita algo que la sujete: “Es cierto que la vida independiente, sin la responsabilidad y las mil preocupaciones, que implica una familia nos deja correr libres, como y cuando queremos,

hacia lo que nos gusta; pero ¿no queda entonces la tristeza infinita del vacío, esa nostalgia de responsabilidad y de sacrificio?”.

El verano está por llegar, Teresa está en París desde enero, lee muchísimo y huye de las invitaciones, las visitas y los “telefonazos”. Cada día se vuelve más huraña: “¡Qué razón tenía Emilia! ¡qué fastidiosa es la gente!”; y más crítica de “la piñata” del siglo XIX: la rebatiña materialista de un siglo “demoledor por ateo, suficiente y charlatán”. De las grandes ciudades, donde el individuo puede aislarse y disolverse en la multitud, sólo celebra el anonimato. Además de estudiar historia de la filosofía, ese año también leyó a Ortega y Gasset y a Proust, a Rainer Maria Rilke, los románticos alemanes y Nietzsche; después de leer a Freud intentó, sin mayores consecuencias, una especie de autoanálisis de sus sueños. La autobiografía de Tolstoi y la vida de Ghandi alimentaron seguramente su nascente vocación de renuncia y sacrificio. Pero todo esto forma parte de un mar de fondo que se hace consciente en el mes de junio, tal como lo registra su diario en una larga reflexión que vale la pena citar ampliamente:

Me encuentro, lo quiero creer para que me sirva de esperanza, en un período de crisis moral. Siento en mí una inmensa miseria de iniciativa, de deseos, sólo tengo ojos para mirar esa pobreza que me paraliza. ¿De dónde puede venir el remedio? ¿De dentro? ¿De fuera? Adentro no hay más que el espectáculo deprimente y siempre alrededor de él, ahogándolo el no saber qué quiero, qué quisiera querer. Es la ruina por falta de nervio y de fe. [...] Me parece vivir desde hace algún tiempo en un clima espiritual que no es el de mi espíritu. No llevo en mí la suficiente fuerza de concentración para hacerme mi clima dentro de otro opuesto y me siento decaer sin elementos ningunos para aislarme y defenderme. Tal vez un viaje. ¿Este deseo continuo de viaje, de salir, no será la señal de mi inutilidad en el mundo como ser colaborador de la vida por haber equivocado mi vocación, cualquier estado definido y humilde, que evité siempre por egoísmo: temor de perder libertad y adquirir responsabilidad y trabajo? El trabajo físico, gimnasia de la energía, habría sido mi salvación, me habría salvado de la abulia que confunden con la bondad. Yo sé que no es bondad. Dice Rilke (acabo de leerlo) que todo comienzo es bello. Yo quiero comenzar hoy. [...] La vida interior es un mundo maravilloso, a condición de

que en ella nazcan y se muevan las cosas, o se reflejen las de afuera ¿A qué profundidad misteriosa se encuentra esta mía que sólo pasa por instantes, tan caprichosa, tan opaca, y tan rápida que ni siquiera pueda exprimirla yo misma en palabras?

Este malestar parece ser la señal de algo nuevo que su conciencia no alcanza a definir y se mueve con una evidente autonomía, a espaldas de su voluntad. En los últimos cuatro años que le quedan de vida veremos cómo “hacerse su clima dentro de otro opuesto” no es ya la búsqueda de una idílica armonía sino el surgimiento de una vocación distinta a la literaria, que avanza a contracorriente de la vida misma. Esta crisis fue el primer aviso de una misteriosa danza entre la vida y la enfermedad, donde la muerte despunta como un nacimiento.

Pero Teresa no advierte que los movimientos de su interioridad pueden afectar o reflejarse en su organismo y que una extraña colaboración pudo haberse iniciado entre ambos. Ella atribuye su cansancio y la continua pérdida de peso a trastornos hepáticos irrelevantes. Separando alma y cuerpo, resuelve combatir la astenia con comprimidos revitalizadores *Del Biase* y unos días de playa en Bretaña, en un balneario de La Beaulieu, bajo un régimen de sol, mar, bicicleta y... cigarillo: “cuando acababa de hacer ejercicios, me ponía a fumar”, confesará luego lamentando su ceguera. En agosto se va con Lydia al Hotel Métropole de Beaulieu, un balneario de la Costa Azul, y sigue la misma dieta. Allí se intensifica la crisis vital que arrastra desde París: “6 de septiembre: Sensación desagradable de ausencia, desconexión. Veo que me hago de día en día menos sociable, no tengo *engranaje* espiritual con casi nadie. Me aburro con la gente. Me siento miserable de soledad”.

El 12 de septiembre Lydia se marcha a Cuba y por primera vez debe soportar casi un mes a solas consigo misma. En octubre vuelve a París pero ya no se queja, como antes, de las distracciones mundanas, sino de un vacío interior que surge por la pérdida de cosas “que al desaparecer no siento reemplazar por otras.” Se pregunta: “¿Habrà evolución latente que yo no alcance a sentir?” En efecto, sí la había: fue precisa-

mente en estos días cuando aparecen las primeras manifestaciones de la enfermedad: unas verruguitas en la mano que crecen hasta convertirse en furúnculos. Un “profesor”, cuyo nombre ella omite, consideró irrelevantes estos síntomas, aunque un dermatólogo advierte que podría ser una reacción del organismo contra la tuberculosis; además, en seis meses había perdido trece kilos. Con la fiebre vespéral y la tos, a fines de año, el síndrome estaba claro, pero el profesor seguía negándolo. Fueron tres meses de avisos. Cediendo a su insistencia, a finales de enero del 32 le hacen una placa que evidencia la lesión en el pulmón derecho. En febrero viaja con Isabelita a Suiza y consulta al Dr. Jaquerod, quien la interna en el sanatorio de Leysin con un diagnóstico más bien benévolo: curación por medios naturales, sin intervención alguna, dejando al tiempo hacer su obra ayudándola con reposo y aire puro. “Yo no soy desgraciada en Leysin, al contrario, me considero feliz, más feliz de lo que he sido quizá en todo el resto de mi vida anterior, pero es una felicidad triste y negativa”. La reacción de Teresa puede resultar incomprensible si no la seguimos en su aventura interior.

¿Un misticismo sin fe?

Para comprender mejor esta “evolución latente” que brota junto con la enfermedad habría que indagar en su peculiar “misticismo”. Teresa desde muy joven dejó de “creer”; quizá el colegio de monjas contribuyó, sin querer, a desarrollarle un alma mística, libre de dogmas, que hará de su vida interior un territorio abierto a la aventura espiritual y a las influencias teosóficas. Aunque escéptica confesa, ella no se empeña en “negar” nada sino en evitar lo excluyente de cualquier fe. Pero a medida que los opuestos, mundo y vida interior, se hacen inconciliables, se forma un “credo” muy personal:

Creo que he dejado completamente de lado la fe en los dogmas positivistas y naturalistas, como en otro tiempo los católicos. Creo en la superioridad absoluta de las fuerzas inconscientes sobre las intelectuales. Dios es todo lo misterioso que deseamos conocer y

que sólo es perceptible al sentimiento que es mucho más poderoso que la inteligencia y sus conceptos limitados al testimonio de los sentidos.

Pero Teresa subordinará esas “fuerzas inconscientes” a un impulso ascendente, espiritual. Así, para finales del año 32, bajo el influjo combinado de sus lecturas, ciertas amistades y la enfermedad, habla de su “conversión a la fe” y de cómo ésta “no pudo venir en momento más oportuno”. En una carta a Lydia lo deja bien claro:

Ser místico es indispensable para que la vida tenga gusto a algo. El positivismo es odioso, estéril y fastidiosísimo. El es responsable de toda la pedantería de nuestros escritores. Cuando no se puede ser pedante por falta de egolatría y de vanidad, es el vacío, la nada, el triste ¿para qué? ante el menor esfuerzo. Creo que a Emilia y a tí les debo haber vuelto a este mundo sonriente y amplio de la fe en el más allá. La vida interior sin fe es un cuarto oscuro y cerrado. Pero no es ya el catolicismo la religión de nuestra época. Su disciplina limitada es contraproducente, se cae forzosamente en el materialismo por necesidad de libertad y luz. La caída es peligrosa porque puede ser definitiva. Es ir de un cuarto cerrado, pero con ventanas que podrían abrirse, a otro más amplio pero sin abertura posible de ninguna clase.

Esta “conversión” no la lleva de vuelta al catolicismo tradicional; la sensación de vacío la conduce a una ambigua “fe en el más allá”, donde doctrinas teosóficas y experiencias espirituales y metapsíquicas de todo tipo se codean y confunden.

La primera de ellas fue “el método Coué”, una especie de ejercicio de autoayuda, muy divulgado entonces, que desarrolló a comienzos de siglo el farmacéuta francés Emile Coué. Teresa admite que sólo sirve para cuestiones morales, la memoria, la alegría interior y no para las materiales o la salud. Tal como le explica al Dr. Zea en una carta del año 33, lo combina con un sistema de “visualización” parecido a las composiciones de lugar de los ejercicios espirituales: “Desde hace más de un año hago, después de vestirme y antes de comenzar el día (nunca estoy sin hacer nada), cinco minutos de autosugestión. Luego, al

rezar por Emilia Ibarra, trato de verla en los diferentes lugares donde solía estar en vida [...] y estas imágenes me acompañan después mientras leo o tomo mis notas.” Coué se basa en la autosugestión mecánica por repetición de palabras; no hay que “concentrarse” porque esto “estorbaría al inconsciente que es como una tercera persona que escucha lo que decimos. Es a él a quien necesitamos domar y enseñar como a un animal que se educa para el circo.” Esta comparación habla por sí sola del ingenuo voluntarismo con que estas prácticas desprecian y pretenden domesticar el inconsciente poniéndolo al servicio de un “yo” domador. Teresa no está siendo irónica, su intención es meramente descriptiva y dice mucho de cómo lo irracional es quien manda en estas “técnicas”. También comenta con Zea una experiencia que tuvo en Beaulieu, en 1931, cuando siente que “algo raro”, una luz, entró en su cuarto y cree que se trata de Emilia. Lo significativo de todo esto está en cómo se erosiona la individualidad de Teresa en la medida en que se deja arrastrar por “filosofías” que apelando a la imaginación (“hay que imaginarse curado” decía Coué) y lo espiritual, amputan la psique de su dimensión profunda. Expulsando las representaciones “negativas” para imponer el santo remedio universal del “pensamiento positivo”, las tensiones se aflojan y una luz uniforme borra el claroscuro de la vida.

Creo necesario decir unas palabras sobre el Dr. Luis Zea Uribe, a quien ella consideró como su guía en estos asuntos, “la voz en el camino de Damasco”. Cuando lo conoció en su viaje a Colombia, enseguida se dio una corriente de amistad y admiración mutua, fortalecida luego por una correspondencia honda y hermosa. Zea era uno de los médicos y cirujanos más prestigiosos de su país; fue miembro destacado del Partido Liberal y estuvo al frente de importantes trabajos de sanidad; se le debe en parte el control biológico de ciertas enfermedades y los primeros estudios de entomología colombiana; ocupó las cátedras de Histología y Bacteriología de la Facultad de Medicina en Bogotá; también fue un notable periodista y hombre de amplísima cultura. Pero sus credenciales más sólidas estaban en su carácter, su entereza

moral y esa aristocracia del alma que parece abundar en Colombia. No sólo como médico y como sobreviviente de una grave dolencia Zea fue un excelente consejero para Teresa, sino porque ambos compartían una misma curiosidad por el misterio y un anhelo de perfección interior. Zea desarrolló, al lado de su competencia científica, su sensibilidad especulativa; su libro *Mirando al misterio*, que Teresa leyó con fervor, llegó a ser un clásico en estas disciplinas. Pero no era ningún fanático, y cuando Teresa le comenta sus experiencias metapsíquicas, le recomienda excesiva prudencia; sabe que desgastan y exigen demasiada energía. Él reconoce que ella tiene “mediunidad” y él mismo dice haber recibido bajo el aspecto de “un globo de luz roja” la visita de la Sra. Ibarra para agradecerle por haber despertado en ella el sentimiento de la vida inmortal. También le aclara que lo metapsíquico se aplica sólo a fenómenos misteriosos sobre “la posible existencia del alma más allá de la muerte”, creencia ésta “intransmisible”, que no podría convertirse en religión. Teresa se entusiasmó con el lado apostólico del libro de Zea porque “desafía los dos fanatismos feroces, el católico y el materialista”; entre ambos, prefiere el catolicismo por ser “menos ciego y menos soberbio”. Una anécdota completa el retrato de este hombre singular: el Arzobispo de Bogotá, Bernardo Herrera Restrepo, lo excomulgó por sus ideas liberales avanzadas y sus trabajos de espiritismo. Cuando la madre del Obispo enfermó de gravedad, le dicen que sólo Zea podría operarla exitosamente. Zea acepta, la paciente se recupera y en agradecimiento el obispo le ofrece, además de sus honorarios, levantar la excomunión, a lo cual Zea responde: “Nunca he pensado cobrar un centavo a su Señoría y en cuanto a la excomunión, por favor, no me la quite, que es lo único que tengo”.

“Mi querida y noble Teresa”; “Mi buena e ilustre Teresa”, “Mi noble e inolvidable amiga”, “Mi dulce y preclarísima Teresa”, “Querida y gran Teresa”... esta cálida y respetuosa correspondencia concluye el 24 abril de 1934, cuando Zea muere súbitamente de un ataque al corazón. Podemos imaginar la falta sin fondo que ella sintió. Quién sabe cuánto

desasosiego y precipitaciones se habría evitado de haber contado hasta el final con los consejos de este amigo.

Pero Teresa no se deja llevar por cualquier moda y así lo demuestra en su crítica a un libro de Annie Besant, que habla de la comunicación entre los vivos y los muertos. Besant, discípula de Mme. Blavatsky, era una divulgadora de las corrientes teosóficas en boga que predicaba la receta del “busca el dios que está en tí”. Teresa ve que cae, igual que los teólogos, en el dogmatismo de la demostración y la explicación lógica, y ello acaba con “el encanto misterioso y poético que anima a las religiones” donde está “su verdadera fuerza”. A la Besant, dice, “le queda algo del racionalismo protestante” cuando habla de la reencarnación como “la única *teoría* justa, moral y *científica*”. Al rechazar esta retórica del “*sólo así se explica*”, Teresa deslinda bien el territorio de lo religioso: “El salvaje no trata de demostrar lógicamente su animismo [...] Los fundadores de la religión no eran teólogos porque eran demasiado poetas y hablaban a la intuición que es lo que alcanza lo infinito”, mientras que las prácticas católicas, por ese afán de explicar lo infinito que no está hecho para nuestra inteligencia, “acaban por aburrirlo a uno de la fe”.

De todas las reflexiones que Teresa dejó sobre sus creencias religiosas y vivencias místicas ninguna más completa y elocuente que estas dos últimas confesiones dirigidas a su querido Gonzalo. La primera es del 16 de noviembre de 1933: “desde que estoy enferma siento como si se me hubiera despertado un sentido interno por medio del cual percibo cosas que me son difíciles de decir, pues me considero muy pobre de expresión para todo lo que no sea puramente exterior y positivo”, y continúa diciéndole que ahora puede apreciar mejor el misticismo de la poesía por estar abierta al mundo misterioso “que antes no veía casi y ahora entreveo con mi *nuevo sentido interno*, pero de un modo todavía incompleto, intermitente; pero no reniego de la vida común y corriente, con su interés y su belleza.” El 4 de abril de 1935, ya desintoxicada de teosofía, parece haber vuelto a su “misticismo sin fe”:

así como no me gusta el catolicismo dogmático que me hizo atea durante tantos años, tampoco me gusta el budismo que viene a ser la misma cosa con otro nombre. Mi espíritu religioso es enteramente libre e indefinido. Por él pasan como a pleno aire todas las doctrinas como posibilidades y ninguna con certidumbre. Y así como rechazo con horror el infierno rechazo el Nirvana. Gabriela dice que es sensualidad y superstición y Lydia le hace coro. Me han dado a leer muchas obras pero yo sigo cerrada a la idea del Nirvana y digo que si es sensualidad y superstición me gusta serlo y que en cuanto a lo sentimental prefiero al Cristo que es como un país de mi infancia.

Cuando se tiene esta enfermedad que inventaron los románticos

En otoño, cuando la montaña “tiene una luz muy fina y un tinte de melancolía que se parece a la música”, Teresa, al igual que Thomas Mann, siente que la vida es *una enfermedad del espíritu*. Por momentos cultiva un “desgano pesimista por la vida” y piensa “con bienestar en el no ser de Schopenhauer y en el Nirvana búdico.” En 1933 le describe a Zea sus nuevas vivencias:

Aquí, en Leysin, no hay tiempo. Kant (si no me equivoco) dice que el tiempo no es sino una forma de nuestra sensibilidad o manera de ver nuestra. Aunque nunca he llegado a comprender bien esta verdad metafísica, aquí en Leysin la he comprobado; de modo que ha venido a ser para mí una especie de dogma. *El tiempo no existe*, me digo a cada rato. Y creo que me consuelo de que vaya pasando sin casi vivirlo. Contra lo que se figuran los enteramente vivos, los de *la plaine* como dicen aquí, los días vuelan. Me recuerdan los caballitos de madera de la feria allá, en lo más lejos de mi infancia.

Por más que cite a Kant y renegara de Thomas Mann, nadie que haya leído *La montaña mágica* puede dejar de recordar el momento en que Hans Castorp llega a una conclusión casi idéntica. La vida del sanatorio de montaña encarna esa gran paradoja temporal: como nada sucede, la duración se deshace. Digamos como Thomas Mann que el aire de las lejanías es “un brebaje semejante al Leteo que nos desprende de las contingencias, transportándonos a un estado de libertad inicial

que estimulan transformaciones interiores, mientras una luz indirecta, con su claridad lechosa se derrama para embellecer al mundo y a los hombres.” Teresa cede fácilmente al terrible poder de seducción del sanatorio porque toda su vida ha estado buscando un clima semejante. Independencia, esa palabra clave en su vida, despliega ahora su opuesto: no era sólo cuestión de libertades efectivas, sino una fuerza impersonal que busca desprenderla de la vida misma. Ahora podemos darnos cuenta: ella sólo conoció la felicidad y la libertad en tres lugares donde se sintió “fuera del tiempo”: en la hacienda de su infancia, en el blanco de la página cuando se aísla para escribir, y en Leysin donde el tiempo “a fuerza de ser idéntico casi no existe”.

Teresa acepta con entusiasmo lo que llama su “nueva vida”, no sólo porque confía en curarse en poco tiempo sino porque la vida de sanatorio parece resolver la ambivalencia que venía padeciendo entre el mundo y su interioridad: “aquí hay lugar y tiempo para sentir que se quiere. En las grandes ciudades (aunque sea París), no se sabe de sí mismo.” Por lo visto, para “ser la que es”, necesitaba que algo más poderoso y fatal la condujera a ese *lugar* donde al fin puede sentirse:

Yo estoy encantada de someterme a todo porque mi estado moral es excelente: un verdadero estado de gracia; nunca he sentido tan intensamente la dulzura de vivir. Y es que vivo dentro de la resignación; es lo que nos hace falta quizá cuando nos agitamos allá abajo en la plaine: renunciar a la voluntad y a los deseos. [...] desde el principio he estado de acuerdo con todo cuanto pueda venir: el dolor, la muerte, la salud. Mi vida es suave y feliz a pesar de que estoy presa, bloqueada por la nieve, todo el día en cama, ante el balcón abierto de par en par.

A estas primeras líneas dirigidas a Zea en abril del 32, siguen las que escribe poco después a Lecuna:

Como he renunciado a toda voluntad y a todo deseo, me siento en una especie de paraíso búdico y vivo feliz [...] Creo que esta vida que tiene de cielo de prisión y de convento me va a hacer mucho bien. Siento una serenidad inmensa y una especie de

benevolencia, de amor casi por todo y por todos. La vida de *la plaine* como llaman aquí la vida de los sanos, aparece en el recuerdo como algo infernal: ruido, velocidad, odios, luchas. Aquí es la paz y la bienaventuranza...

Teresa ya está atrapada por los demonios de la montaña; el espíritu de “esa enfermedad que inventaron los románticos” es la realización de su vieja *sed de ideal*:

Creo que la tuberculosis trae a menudo, si el ambiente es propicio, un estado de euforia que asusta a veces, porque parece ser el de la felicidad por desmaterialización completa (la bienaventuranza de los que ya no viven). Creo también que ésta es la razón por la cual tantos poetas y artistas fueron tuberculosos, y pienso, aunque me llamen positivista o hereje, que fue su enfermedad la que dio a Santa Teresita su perfume de santidad.

La inconformidad que la sofocaba cede ante una resignación, fruto de una renuncia impuesta por la fuerza de lo inevitable: los bacilos y los médicos harán las veces de carceleros para cerrarle el paso al *mundanal ruido*. Ni voluntad ni deseo interfieren ahora con la serenidad de una vida, al fin, “conventual” donde descubre “una cosa que no conocía: una gran amistad conmigo misma”. Esta feliz coincidencia de tiempo y lugar hacen de su reclusión la oportunidad que esperaba para un renacimiento. Durante esta primera fase de la enfermedad, que se prolonga hasta bien entrado el año 33, no parece tener plena conciencia del proceso de destrucción que está ocurriendo en su organismo; es como si se hubiera desprendido del cuerpo para vivir exclusivamente en un plano espiritual. Considera que “estos años de descanso son preparación para otros que vendrán después” y que “hay mucho que leer y que aprender”; “Veo estos meses o años de cura como un camino blanco, todo lleno de vida espiritual, algo parecido a la luz de la luna sobre la nieve. Es el estado de gracia. Ojalá no me abandone nunca.”

En la postal que envía a Zea desde el sanatorio marca el lugar donde se encuentra: “Mi cuarto está en el piso más alto del Grand Hotel, que está en lo más alto de Leysin”. Pero, no lo olvidemos, la altura también deshumaniza: “Aquí, Carías, la tristeza se depura, se limpia. Es la vulgaridad humana la que ensucia allá, en el mundo. Por eso no quiero que me manchen mi tristeza pura.” ¿No hay allí una gota de desprecio? A Lydia le dice cómo la impresiona “lo fea que es la humanidad en su apariencia vulgar” y aunque agrega que sólo le disgusta la *mundana* “que viene a violar el mundo interior y a angustiarse a uno consigo mismo”, es obvio que resiente como violación el contacto con quienes no coinciden con su patrón ideal.

El sanatorio suizo, a diferencia del madrileño, le permitía aislarse con más facilidad del resto de los enfermos. En la estación climática la vida impersonal de los hoteles atenuaba lo ingrato de la clínica, dejándole amplio margen para idealizar a los enfermos: “esto es una especie de *presidio* con mucho confort y buena comida”, y piensa que “el país ideal para los poetas” es “esta enfermedad que tanto afina el alma” y crea la gran nivelación fraternal de los enfermos. Aquí, la palabra “presidio” no tiene connotaciones negativas: “Esta vida de prisión y soledad en las alturas bloqueada por la nieve se me ha ido haciendo tan dulce y me ha dado tanta serenidad que a veces me pregunto si no será esto un principio de la buenaventuranza, de la verdadera vida.”

El Grand Hotel de Leysin, además de su ambiente de lujoso trasatlántico, con sus amplios salones y terrazas, tenía una enorme biblioteca. Como era previsible, Teresa la frecuenta e inicia una serie de lecturas que hablan del mundo de los enfermos. A finales del año 33 cuando ya está plenamente aclimatada, un libro de Mauriac la impresiona mucho porque habla de esos seres a los que largas enfermedades los destierran del mundo. Es como si aquel ideal heroico de martirio y sacrificio que empezó con *Ifigenia* y continúa en su visión de Bolívar, se traslada ahora a la figura del enfermo:

Sí, Clemencia, somos como soldados en lucha para defender o reconquistar un gran imperio espiritual. [ellos] sufren aislados y son el crisol, el altar del sacrificio en el cual se purifica y avanza en perfección la humanidad entera. Es la renovación del sacrificio de Cristo. El elegido debe penetrarse de su misión y hacerse digno del privilegio; la corriente de dolor será entonces una fuente de felicidad ultraterrena, y de ella se beneficiará la vida entera. Este soldado *pasivo* [...] se transforma y florece en una existencia nueva en la que predomina el espíritu puro. Usted ya la conoce, puesto que el día que se despidió de mí, no lo olvido, más que alegría alborotada de regresar, parecía tener nostalgia.[...] Qué lejos de la aversión natural (pero tan vulgar!) de los que se van renegando de Leysin porque no sintieron nunca su ambiente sagrado parecido al que se respira en las iglesias vacías.

Pero Teresa no se engaña del todo, sabe que Leysin es un subterfugio:

me he descubierto un poco tarde que tenía esta vocación de enclaustrada, pues esta soledad absoluta, lejos de desesperarme, me ha dado una gran serenidad y como un anhelo de alcanzar la perfección interior.(...) pero no es mérito la mansedumbre cuando se vive lejos del mundo sin el choque con el prójimo inevitable.

Leysin no es la meta, sino apenas un refugio, un remedo del verdadero desprendimiento.

La cárcel blanca de la escritura

Mientras vive en el sanatorio, el libro sobre Bolívar se va desdibujando y sus nuevas fantasías tampoco cuajan. Aspira escribir “el reverso de *Ifigenia*”: un libro escrito desde la conformidad; también fantasea con escribir sobre los sanatorios y recrear las historias que ha escuchado de tantos enfermos. Pero el impulso para comenzar no llega. Aún cuando Leysin le ha dado “serenidad y don de escribir fuera del tiempo”, aquella “migajita de fe” no llega, y así se lo dice a García Prada, su amigo de Washington: “si pudiera volver a escribir me sentiría enteramente feliz. Pero si viera qué lejos estoy ahora de la fe y del entusiasmo que incita a trabajar”. En octubre del 33 le hace a Lydia esta profunda reflexión:

Te digo con mucha sinceridad y profundo regret que mi espíritu no ha llegado al estado de madurez necesario para emprender nada en que él mismo se exprese o se dé. Sigo en el mismo período de receptividad en que se tiene ansia de recibir y repugnancia (a veces terrible) por comunicar. [...] Quizá algún día ça viendra y tú tendrás entonces que contener el torrente.

Pocas veces tenemos la oportunidad de apreciar la importancia de esos períodos de “repugnancia por comunicar”.

Ella intuye que los momentos de receptividad o *ansia de recibir*, son momentos forzosamente improductivos por inmaduros, lo que no quiere decir que sean estériles porque algo está incubándose, aunque nada asegure que llegará el tiempo de cosechar.

El clima de escritura creado por la enfermedad ¿habrá sido un engaño? Leysin le ofrece la gran página en blanco, el aura de un nuevo comienzo, pero la obra posible quizá progresaba en una dirección distinta a la convencional. Digo esto porque si algo hizo en esos años de reclusión, además de leer, fue escribir. Pero lo que escribe son cartas. Cartas magníficas, en las que se convierte en espectadora de sí misma y un enjambre de figuras animan la monotonía de la identidad; Teresa será esclava de las nieves, prisionera del tiempo, monja, peregrina y cautiva, moribunda y recién nacida. A Gonzalo le confiesa que “lo que hubiera querido haber escrito si hubiera escrito” era “una especie de reportaje espiritual, fino y doloroso”. Su correspondencia tiene ese carácter, es un libro desencuadernado, disponible para el lector que quiera juntarlo. Las cartas le ofrecen una vía indirecta para seguir escribiendo sin traicionar el nuevo llamado que le hace su interioridad.

Si bien Teresa escribió cartas toda su vida y muchísimas se perdieron o quemaron, si bien todas las que conocemos tienen una espontaneidad y una agudeza particular, en las que escribe al final de su vida puede notarse algo más. Recordando a la otra Teresa, a la santa, podríamos decir que durante esos años la carta fue a un tiempo *morada* y *fundación*. El espíritu de conformidad y su anhelo de perfección in-

terior quizá no se prestaban para escribir buenas novelas pero, en cambio, propiciaron un ámbito de intimidad y confidencia epistolar en el que pudo narrar de manera intermitente, sin darse cuenta, su última aventura: la del alma buscando una imposible sintonía con la vida. Si lo vemos desde el punto de vista de su biografía, esta escritura blanca le regala lo que tanta falta le hacía: un vínculo con el mundo que ni la dispersa ni la sofoca; un intercambio lento, envuelto en silencio, que reclama intimidad pero respeta su soledad. El cuerpo disperso de este relato inconcluso está en el conjunto de cartas que escribió a Lydia y a Gonzalo, a Carías, Clemencia Miró, Vicente Lecuna, Carlos García Prada y Luis Zea Uribe, entre 1930 y 1935. Y el título podría ser “la señorita que no necesita nada” porque ésta es la figura en que ha estado labrando la vida entera, donde cristaliza la tarea última que se impuso de “ser la que era”.

Esta figura interior nace el 25 de marzo de 1933 cuando su amiga Clemencia Miró, después de pasar cuatro años en Leysin, se despide antes de bajar a Lausanne y le pregunta ¿qué necesita? y, después de pasar mucho rato repitiendo “¿qué necesito?”, se convence de que no necesitaba nada. Enseguida le escribe a Zea:

Acabo de descubrir que soy la mujer que no necesita nada y que este descubrimiento me ha dado tristeza. ¿Cree usted que es para alegrarse o para entristecerse descubrir en sí tan gran falta de ambición? ¿No será, Zea, una señal precursora de la muerte? ¿La vida que siente o sabe que debe desprenderse?

Teresa usa el término “nirvana” para referirse a esto:

ausencia de deseo hasta la negación de la vida. Ni goce ni sufrimiento. Un bienestar continuo de limbo, donde nunca llega nada que nos hiera, ni el alma ni los sentidos, ningún ruido desapacible, un servicio impecable, una cama blanca y caliente, los libros, la linda vista, la radio [...] que nos lleva como fantasmas invisibles a los teatros y salas de conferencias, de donde nos vamos sin ruido y sin que nadie nos vea. Pero todo ese bienestar es silencioso y negativo como la nieve que cubre los árboles y el suelo.

Un poquito de tierra

No es verdad que la cercanía de la muerte aligere su ansiedad, que no protestara, que no tuviera miedo. Cuatro meses después de internarse, el 13 de junio de 1932, le dice a Lydia lo contrario: “¿Sabes que he visto aquí que detrás de mis bravatas y mi valor le tengo miedo a la enfermedad, le he tenido siempre miedo? Esto me humilla.” Aquí no idealiza su “prisión”, habla de la “argolla de presidiario” que le ha colocado la enfermedad. Quizá el sentimiento de humillación sea todavía una *bravata*, una manera de alejar el miedo. Hasta el final su naturaleza la impele a huir y no se deja raptar. Pero la enfermedad tiene dos orillas, una transparente, liviana, casi consoladora, como una morada sin dolor. La otra, la más remota, es espesa y plomiza, amenaza y no se deja tocar. “Me aburro como si algo muy profundo y lejano me solicitara fuera de la banalidad ambiente que me pesa”, escribe en su diario en abril de 1935. Durante más de cuatro años su biografía se mueve siguiendo este cauce sin cronología, oscilando entre la euforia y la depresión, la neurastenia y la conformidad, el bienestar espiritual y el dolor físico.

Sus ocho primeros meses en Leysin son de aprendizaje: “observo, admiro, aprendo”. Se dedica casi exclusiva ~~mente~~ a conocer la enfermedad y a tener filosofía”. Como en la guerra de trincheras, piensa que está en guerra con la enfermedad, “desafiando la amenaza con una alegría afirmativa que acaba por ser sincera” porque “hay que estar siempre preparado para recibir una sorpresa desagradable con el ánimo alegre, sin decaer y *con elegancia*” Así le escribe a Carías. Ella no lo sabe pero también ha empezado a acostumbrarse a la muerte: el tiempo que al principio pasa con lentitud, luego desaparece y “todo se va haciendo leve, hasta creer que ya no se vive en la tierra.” Y a Zea:

La monotonía de los días exactos de esta prisión, ha aumentado a mis ojos la velocidad de la vida: tengo la impresión de volar en un tren hacia un punto, al que no puedo tardar mucho en llegar. A veces me pregunto si será un presentimiento esta sensación de

viaje, pero son tales los progresos que he hecho, que no es posible ya que sea éste el tren de la llegada definitiva.

Quizá el tren se mueve en dos direcciones a la vez y no es fácil distinguirlas, porque su naturaleza reacciona bien a la cura: aumenta siete kilos, el pulmón se aclara, disminuyen los bacilos y se ha detenido la descalcificación. Le han permitido bajar a Lausanne y pasar el otoño en Vevey, donde ve a su madre, que nada sabe de su mal. La vida parece llamarla todavía desde los cinco años de su sobrinita Elia. Teresa juega y anota las fábulas que la niña inventa en la graciosa confusión de sus tres lenguas, rusa, francesa y española. Pero el invierno le dará la razón a Zea: esta enfermedad renace como el Fénix; el año 33 comienza mal y termina peor. En diciembre la enfermedad recrudece y comienzan sus desvelos financieros: el bolívar baja y la inflación aumenta. Trata de ahorrar mudándose del Grand Hotel, pero al mes abandona la modesta clínica Richmond, con todo y su “ambiente espiritual de belleza y armonía”, para volver al *confort* “imbécil y engreído” que trató de abandonar. En mayo la recaída obliga a practicarle un neumotórax. Se trata de la primera terapia “invasiva”: por vía quirúrgica se reduce el volumen del pulmón, comprimiéndolo, obligándolo a colapsar para luego infiltrar las cavidades pleurales. Por dos años tendrá que vivir el castigo semanal de las compresiones. Recuértese que todavía faltan diez años para que aparezcan los primeros antibióticos. Con la operación también colapsa su optimismo y, acosada por tantos frentes a un tiempo, por primera vez Teresa se deprime. Le dice a Lydia que tiene la impresión de tiempo limitado y se pregunta “¿Será ya vejez o que voy a vivir poco?”

Finalmente, en otoño, cuando la crisis económica se agudiza, tendrá que mudarse al Hotel Montblanc que le cuesta la mitad. Todo el año 34 transcurre siguiendo el mismo ritmo: “hago viajes alrededor de mi cama”, oscilando entre promesas de mejoría y recaídas negras. A mitad de año su paciencia se colma, el *neumo* pierde eficacia y ella se decreta un descenso veraniego a *la plaine* que los médicos aprue-

ban “a su riesgo”. Sorpresivamente, cuando regresa, su pulmón está casi sano. En septiembre, como su estado financiero era cada vez más precario, empeorado por la pérdida de dos mil francos suizos con la quiebra del banco suizo, resolvió “declararse curada”, despedirse definitivamente de Leysin y volver a instalarse en París. Pero la bronquitis asmática también se instala “definitivamente”.

No se sabe por qué se marchó a Barcelona, con Lydia, en febrero del año 35. Ciertamente allí estaba una amiga querida, Gabriela Mistral, también el Dr. Sayé, un renombrado especialista; quizá Lydia y sus hermanas insistieron; quizá ya no confiaba en los médicos franceses, quizá trataba de engañarse. Lo cierto es que al llegar el asma se ensaña, la humedad le provoca una recaída feroz, y comienzan los *regrets*: “El asma, Clemencia, me hace a veces sentir el *regret* de aquella euforia de Leysin en que todo era serenidad y bienestar físico y moral y en la cual hasta la imagen de la muerte era dulce y bella.” Desesperada ya por la cronicidad del mal, se refugia en el sanatorio de Fuenfría, en las afueras de Madrid.

Nada resume mejor su estado que la carta que le escribe a Gonzalo en abril, desde Madrid:

Desde que llegué a Barcelona la bronquitis asmática que se había atenuado mucho en París empezó a hacerse más aguda y continua de día en día hasta hacerme la vida insoportable. Hay muchas enfermedades peores y más dolorosas, pero no hay ninguna tan exasperante como la bronquitis asmática en esa forma aguda. Durante todo el mes de febrero y hasta fines de marzo las horas de mi vida eran una especie de agonía: cuando no me estaba ahogando por la opresión tenía crisis de una tos convulsiva como la tos ferina, para pasar luego al estertor asmático: lo peor de todo, un ronquido siniestro que va subiendo y bajando por los bronquios al ritmo de la respiración. Y eso todos los días y a todas horas desde que me despertaba hasta que lograba dormirme con algún calmante. Lo único bueno eran las noches. Era como si un espíritu de paz bajara a encadenar al demonio que tenía suelto en el pecho y que se soltaba otra vez al abrir yo los ojos. Si supieras cómo comprendí entonces el deseo de la muerte y que sinceramente la deseaba a ratos para no seguir sufriendo.

Su condición no mejora y el 15 de junio el Dr. Sayé viaja a Madrid para operarla nuevamente: hay que hacerle cortes dolorosos. En su diario Teresa anota minuciosamente su calvario: Primero le hacen el neumo (le insuflan aire) hasta 600, la radioscopia muestra el lóbulo inferior despegándose; como admite más aire, lo llevan hasta mil; la radioscopia muestra un gran espacio que asegura el éxito de la operación. Sigue la radiografía y largos preparativos:

Me asombra mi sangre fría. Me colocan espalda placa aisladora electricidad. Me cubren sábana y comienza Sayé por encajarme dos agujas neumo. Sigue anestesia, bisturí, introducción instrumentos. Cuando apaga luz para exploración interior me he desmayado. Pero comprendo enseguida. Comienza la cauterización. Unos segundos de dolor intenso y la voz de Sayé: Teresa, hija, ya no tiene usted adherencia. Alegría consiguiente. Sigue exploración y otro corte más doloroso que el primero. Por fin termina Sayé sacando instrumentos. Me he quejado tres veces pero sin perder sangre fría.

A María, con un tono doblemente fanfarrón (por médico y por español) el Dr. Tapia le dice que el pulmón “está asegurado de curación completa”. Con la misma seguridad, la autoriza a vivir en Madrid y luego, a pesar del recrudecimiento del asma, a viajar en automóvil por Castilla hasta llegar a París. Teresa viaja con María y un amigo belga, quizá el último de sus postrados admiradores, el Barón de Terwagne. Ávila, Segovia, Valladolid, Burgos, San Sebastián, Bordeaux, Poitiers, Tours, Chartres, Rambouillet, Versailles, y finalmente Suresnes, en las afueras de París, donde vivía María. Todo esto en siete días de viaje. A los pocos días sobreviene una de sus peores crisis asmáticas. Le practican una dudosa limpieza de bronquios que pudo haber contribuido a dañar aún más su pulmón. En esas condiciones, después de una romería de médicos, llega finalmente a la consulta con el nieto de Pasteur. El resto ya lo sabemos. Teresa vuelve al sanatorio de Fuenfría donde pasó las navidades; en enero de 1936 regresa a Madrid, y en febrero se interna nuevamente.

Desde que baja de Leysin su biografía podría resumirse en una monótona e interminable lista de remedios: sanocrisina, neurinase, pantapón, sedobrol, efedrina, creosota, caryfedrina, adalina, spasmalgine, génatropine... También podríamos resumirla en una variada y larga lista de libros y de autores. Medicinas para el cuerpo y libros para su espíritu. Acorralada entre ambas cosas, el alma trata de sobrevivir tendiendo escasos puentes con el mundo: un afecto, un interés, una añoranza. La memoria parece ser el único alimento compatible: “¿No es más intenso el pasado cuando queda abolido de un todo por la muerte?” Nuevamente, será Gonzalo el confidente de su doble nostalgia:

Tengo como nostalgia de la vida de Leysin y de la verdadera enfermedad, te lo digo con cierta vergüenza pues me parece como una especie de sadismo, pose o degeneración. Pero no llego a acostumbrarme a esta vida de la tierra baja. Tengo una tristeza profunda, una tristeza mortal como si hubiera roto con todos los lazos que me unen a la vida y no pudiera volver a empatarlos. El sol resplandeciente y el cielo azul de Castilla en lugar de atenuar esta tristeza la aumenta. Tú sabes de estas cosas, estas penas indefinidas que se irritan con la luz y el sol. En la sombra nos recogemos y estamos como acompañados por nosotros mismos. Me sorprende a cada rato echando de menos no ya los años brillantes y felices sino los meses de este último otoño en París. Recuerdo con ternura la mañana en que corrí de Suresnes a la place de Ternes. Sólo disponía de unos minutos pero qué impresión de libertad de salud y de juventud que volvían juntas sentía! Me aburre el reflejo de mi enfermedad en los que me rodean: los consejos, los cuidados, las prohibiciones! Cuando me puedo escapar me siento como un niño que hace l'école buissonnière o como un pájaro fuera de la jaula.

Ella lo dice, ya no puede acostumbrarse a la vida de la tierra baja, que es como decir la vida a secas.

El 18 de diciembre se entera por la prensa de la muerte del general Gómez: “Parece como si a pesar temores por intereses personales sintiera renacer una posibilidad de *patria*, idea que me ha sido hasta ahora como extraña.” Y el 21 de diciembre anota: “Me acuerdo de todo

con ternura, sensación de felicidad que desconocía y deseos de regresar a lugares donde viví mi juventud.” Pero hay momentos en que la trama que la une al pasado también se ha consumido:

¡Qué puñados de cenizas los días vividos y qué poco nos queda de ellos. Qué otros somos! Qué absurdo es castigar por lo que fuimos en el pasado, por eso que es ceniza sin sustancia ninguna de nosotros mismos. Hay cuentos que tienen mayor realidad que la vida. Yo me relato mi vida y me parece que es mentira, que no era yo.

Tampoco siente que sea del todo, aun el presente carece de sustancia. Cuando lee los papeles de Lydia dice: “me dan la impresión de que tu vives y yo no”. El 23 de abril había anotado: “Es como si aquella vida no me perteneciera a mí sino a otro ser que me la hubiese contado. Tampoco siento simpatía por aquellos tiempos. Tanto cambiar y tanto evolucionar por dentro me ha cortado todo lazo sentimental.”

No es verdad que muriera en perfecto acuerdo con su naturaleza, pero en el fondo de su desapego encontró una conformidad rara, ¿un cierto estoicismo? “No temas nada y bendice todo lo que acaeciera”, estos versos de Hölderlin resaltan en su diario. Leyó mucha poesía en los dos últimos años de su vida, y mucho a Rilke y a Hölderlin. Me gusta imaginar que fue la mejor de las medicinas, la única que le proporcionaba algo más verdadero que todos los diagnósticos y los consuelos. Quisiera creer que relejó esta última cita de Hölderlin, cuando llegó a Fuenfría por última vez: “A menudo el corazón del hombre permanece dormido como una simiente que estuviera envuelta inerte en su cáscara hasta que un día llega su hora.”

Lydia cuenta que la madrugada del 23 de abril, cuando le ofrece una taza de café recién hecho, le contestó: “Yo comeré un poquito de tierra”. A lo mejor todavía deseaba vivir; después de todo, “los dioses mueren cuando muere el entusiasmo” (Hölderlin).

Gabriela Mistral le escribe a Gonzalo cuando se entera de la muerte de Teresa: “...este cariño mío me ha hecho pensar, cómo la quería usted

y en qué estado de ánimo tan menesteroso le habrá dejado este desastre”, “yo no he visto mujer más depurada, más perfilada, más cabal.”

Teresa de la Parra hubo de morir silenciosamente en un instante en que los venezolanos ni siquiera nos detuvimos a meditar cuánto significaba su nombre en la más depurada tradición cultural del país. Se mezclaron en esos meses de 1936 la primera liquidación de la dictadura gomecista con todas sus luchas y esperanzas y la trágica zozobra de la guerra civil española. Muchos sin leerla, y enceguecidos de política, consideraron superficialmente la obra de Teresa como un elegante testimonio aristocrático que nada decía a las pasiones de ese momento. Pero ya venciendo tiempos y modas, Teresa se destaca como uno de nuestros pocos escritores clásicos.

Mariano Picón-Salas

Fuentes Manuscritas

- **Correspondencia, cuadernos, agendas de 1931 y 1935.**
- **Diario de Madrid de Teresa de la Parra.**
- **Cartas de Gonzalo Zaldumbide.**
- **Cartas del Dr. Zea Uribe.**
- **Archivo de Elia Bunimovich de Pérez Luna.** (Actualmente gran parte de este archivo se encuentra en la Biblioteca Nacional de Venezuela, donadas por la familia; las cartas de Zaldumbide fueron entregadas a su hija).

Obras y correspondencia de Teresa de la Parra

- **Obras completas.** Caracas: Editorial Arte, 1965.
- **Obra Escogida.** Prólogo, notas y edición al cuidado de María Fernanda Palacios. 2 tomos. México: Fondo de Cultura Económica / Caracas: Monte Avila Latinoamericana, 1992.
- **Cartas a Lydia Cabrera.** Comp. Rosario Hiriart. Madrid: Ediciones Torremozas, 1988.
- **Cartas a Rafael Carías.** Alcalá de Henares: Talleres Penitenciarios, 1957.

Sobre Teresa de la Parra

- Díaz Sánchez, Ramón. **Teresa de la Parra. (Clave para una interpretación).** Caracas: Ediciones Garrido, 1954.

- Fombona, Julieta. "Teresa de la Parra: las voces de la palabra" en: **Teresa de la Parra, Obra**. Caracas: Biblioteca Ayacucho, 1982. p.ix-xxvi.
- Fuenmayor, Víctor. **El inmenso llamado. Las voces en la escritura de Teresa de la Parra**. Caracas: Dirección de Cultura.Universidad Central de Venezuela. 1974.
- Hiriart, Rosario. **Más cerca de Teresa de la Parra. (Diálogos con Lydia Cabrera)**. Caracas: Monte Avila Editores, 1983.
- Lemaître, Louis Antoine. ***Between flight and longing. The Journey of Teresa de la Parra***. New York: Vantage Press, 1986.
- Lovera De-Sola, R.J. "El esplendor del escribir teresiano". En: **Teresa de la Parra. Infuencia de las mujeres en la formación del alma americana**. Caracas: Fundarte, 1991. P.5-52.
- _____. **Ifigenia. Mitología de la doncella criolla**. Caracas: Ediciones Angria, 2001.
- María Fernanda Palacios: "Las cartas y el diario de Teresa de la Parra: una intimidad con la escritura". **III Jornadas de Investigación de la Facultad de Humanidades y Educación**. Universidad Central de Venezuela, nov.1984.
- Picón-Salas, Mariano. "Cartas de Teresa de la Parra", en: **Formación y proceso de la literatura venezolana**. Caracas: Monte Avila, 1984, p.265-270.
- Uslar Pietri, Arturo. "El testimonio de Teresa de la Parra". **Obras Selectas**. Madrid: Edime, 1953.
- Varios autores. **Teresa de la Parra ante la crítica**. Editor, Velia Bosch. Caracas: Monte Avila, 1980.

<i>Sé lo que eres</i>	9
Una existencia fuera del tiempo	13
Los misterios del asma, los misterios del clima	13
Los misterios del carácter: Madrid, 1936	17
Esa patria que es la infancia (1890-1908)	23
Un dios silvestre	23
Los misterios del lugar	25
Una hacendosa colmena donde reinan las mujeres	27
La buena crianza	30
El país de Vicente Cochocho	32
La felicidad se acabó en Navidad	34
La buena educación	36
La casa del regreso (1909-1922)	41
<i>¡Ay, qué triste es llegar a cualquier sitio!</i>	41
Entre la buena y la alta sociedad	43
<i>...el horrible fastidio de divertirse demasiado</i>	44
Caracas, capital del desengaño	47
Emilia y la <i>gentil maledicencia</i> de Caracas	48
<i>¡Somos países de opereta!</i>	51
<i>Ifigenia y los misterios de la vocación (1922)</i>	55
La brisa de Macuto al atardecer	55
Teresa ya no es Ana Teresa	56
El llamado de la vocación	58
Ni rebelde ni sumisa	59
<i>París y esa gloria que no sabe a nada (1923-1927)</i>	61
Vicisitudes de un premio	61
Salones y Legaciones	63
Días de despecho y ansiedad	66

...este divino París	67
Teresa y la modernidad	69
Vicisitudes de la fama: Teresa pica-pleito	71
<i>Teresa de mi alma</i>	75
<i>Fiançailles en París</i>	76
<i>Lillo mío querido</i>	78
Un matrimonio <i>por pereza</i>	79
<i>La comedia de la Habana</i> del año 28	81
Ese miedo a cometer una tontería	84
<i>Cabrita mía querida</i>	87
Entre la realidad y el ideal (1927-1930)	93
<i>Aquí se olvida, se olvida todo, se olvida que se vive...</i> <i>y adelante con Mamá Blanca</i>	93
<i>Para los que como yo, miramos la representación</i> <i>desde lejos...</i> Teresa y el General	96
Colombia: patria de la nostalgia	105
Bolívar: el origen de otra enfermedad	109
La señorita que no necesita nada (1931-1936)	
Del balneario al sanatorio, esa oscura dualidad que nos conduce	113
¿Un misticismo sin fe?	116
<i>Cuando se tiene esta enfermedad que inventaron</i> <i>los románticos</i>	121
La cárcel blanca de la escritura	125
<i>Un poquito de tierra</i>	127
Bibliografía mínima	135

Biblioteca Biográfica Venezolana

Títulos publicados

1. Joaquín Crespo / Ramón J. Velásquez / Tomo I y Tomo II
2. José Gregorio Hernández / María Matilde Suárez
3. Aquiles Nazoa / Ildemaro Torres
4. Raúl Leoni / Rafael Arráiz Lucca
5. Isaías Medina Angarita / Antonio García Ponce
6. José Tomás Boves / Edgardo Mondolfi Gudat
7. El Cardenal Quintero / Miguel Ángel Burelli Rivas
8. Andrés Eloy Blanco / Alfonso Ramírez
9. Renny Ottolina / Carlos Alarico Gómez
10. Juan Pablo Rojas Paúl / Edgar C. Otálvora
11. Simón Rodríguez / Rafael Fernández Heres
12. Manuel Antonio Carreño / Mirla Alcibíades
13. Rómulo Betancourt / María Teresa Romero
14. Estéban Gil Borges / Elsa Cardozo
15. Rafael de Nogales Méndez / Mirela Quero de Trinca
16. Juan Pablo Pérez Alfonzo / Eduardo Mayobre
17. Teresa Carreño / Violeta Rojo
18. Eleazar López Contreras / Clemy Machado de Acedo
19. Antonio José de Sucre / Alberto Silva Aristeguieta
20. Ramón Ignacio Méndez / Manuel Donís Ríos
21. Leoncio Martínez / Juan Carlos Palenzuela
22. Ignacio Andrade / David Ruiz Chataing
23. Teresa de la Parra / María Fernanda Palacios

Próximos

Cecilio Acosta / Rafael Cartay Angulo
Francisco de Miranda / Inés Quintero
José Tadeo Monagas / Carlos Alarico Gómez
Arturo Uslar Pietri / Rafael Arráiz Lucca

Este volumen de la Biblioteca Biográfica Venezolana se terminó de imprimir el mes de diciembre de 2005, en los talleres de Editorial Arte, Caracas, Venezuela. En su diseño se utilizaron caracteres light, negra, cursiva y condensada de la familia tipográfica Swift y Frutiger, tamaños 8.5, 10.5, 11 y 12 puntos. En su impresión se usó papel Ensocreamy 55 grs.

La biografía es un género que concita siempre una gran atracción entre los lectores, pero no menos cierto es el hecho de que muchos venezolanos notables, más allá de su relevancia, carecen hasta ahora de biografías formales o han sido tratados en obras que, por lo general, resultan de difícil acceso.

Todo lo que contribuya a reducir la desmemoria de los venezolanos se me antoja como tarea principal de los tiempos que corren. Si nos cuesta relacionarnos con el pasado porque lo desconocemos, lo malinterpretamos o lo explotamos a nuestro antojo, una manera de volverlo diáfano y plural es recorriendo las vidas de quienes lo han forjado. Allí yace un múltiple espejo donde nuestro rostro se refleja en mil pedazos, tan variados como compleja y fascinante ha sido nuestra hechura de país.

Antonio López Ortega

Para entender nuestra historia, hay que conocer a sus protagonistas. Son ellos los que dieron forma a nuestra identidad actual. De ahí el estimable valor de poder leer sus biografías.

Isaac Chocrón

Antes que tratar de adivinarlo mediante ilusorios horóscopos, el verdadero futuro hay que aprender a leerlo en las obras y logros del pasado. Nada mejor, por tanto, que una colección de biografías de venezolanos distinguidos, de vidas esenciales de nuestra historia, para entrever el porvenir del país que nos espera.

Eugenio Montejo

Teresa de la Parra

Biblioteca
Biográfica
Venezolana

María Fernanda Palacios

"Como toda vida hermosa, la de esta encantadora musa caraqueña gozó, tuvo gloria, esplendor, padecimiento y melancolía y a ratos ha sido su propia biógrafa". Mariano Picón-Salas vio así a Teresa de la Parra. Sin embargo, cuando se lee su biografía escrita por María Fernanda Palacios, uno tiene la tentación de pensar que paralelamente Teresa fue su propia novelista. Su vida parece ser su tercera y última gran novela: la aventura de una mujer de radiante belleza, su talento, su soledad, sus contradicciones, sus secretos, y sus infortunios de amor y de muerte.

Esta percepción surge de una afirmación de Palacios muy bien fundada, la cual tiene que ver, en otras palabras, con las cartas que escribió al final de su vida. Dice la autora: "...durante esos años la carta fue a un tiempo *morada y fundación*. El espíritu de conformidad y su anhelo de perfección interior quizás no se prestaban para escribir buenas novelas, pero, en cambio, propiciaron un ámbito de intimidad y confidencia epistolar en el que pudo narrar de manera intermitente, sin darse cuenta, su última aventura: la del alma buscando una imposible sintonía con la vida". El cuerpo de ese relato, insiste MFP, radica en el conjunto de cartas que escribe a Gonzalo Zaldumbide, su único amor, y al círculo de sus persistentes amigos entre 1930 y 1935, y cuyo título podría ser *La señorita que no necesita nada*.

Gran figura de las letras, la autora de *Ifigenia* y *Memorias de Mamá Blanca* ha sido estudiada a fondo por MFP como lo muestra su obra *Ifigenia, Mitología de la doncella criolla*. Esta biografía nos descubre papeles de la novelista sobre sus encuentros con el general Gómez: un agudo retrato de la época. Palacios aporta a la vez una contribución invaluable y un verdadero deleite para el lector.

Simón Alberto Consalvi



EL NACIONAL



BANCO DEL CARIBE